



FERNANDO
DIEZ DE
MEDINA

**EL
IMPERIO
QUE
SUCEDIÓ
AL
IMPERIO**

EDITOR Rolando
Diez de Medina

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

**EL IMPERIO
QUE SUCEDIÓ
AL IMPERIO**

y otras narraciones

Escrito el año 1977

Primera edición electrónica 2007

*
*
*
*

Portada: Grabado en madera del artista Belga Víctor Delhez
Arquitectura y Nostalgia XIV.- Torre de Babel

EDITOR © Rolando Diez de Medina
La Paz - Bolivia

INDICE

[EL IMPERIO QUE SUCEDIO AL IMPERIO](#)
[ATALANTA](#)
[ORGANIZACION](#)
[EL ENCUENTRO](#)
[TEMOR](#)
[ENVIDIA](#)
[LO QUE SE DEJO CAER](#)
[¿CUÁL DE LAS DOS?](#)
[EL CONDOR Y LA ESTRELLA SOLITARIA](#)
[EL SENSITIVO](#)
[ERA LA ÚLTIMA](#)
[NADA MAS QUE UN SUEÑO](#)
[UN EXTRAÑO SUJETO](#)
[PASOS EN LA NOCHE](#)
[EL JEFE DE LA BANDA](#)
[SONABAN MUSICAS](#)
[SOLEDAD](#)
[MALLKU KAPHAJ](#)
[FANTASMAS](#)
[LOS "CLODIONES"](#)

Relato al modo clásico, para aquellos que rechazan la estructura laberíntica, el masoquismo idiomático, y las acrobacias de trama y estilo.

EL IMPERIO QUE SUCEDIO AL IMPERIO

Unos hombres que exploraban la selva vieron surgir las cabezas de algunas torres muy altas, porque en esa zona boscosa los árboles subían vertiginosos.

Dieron parte al mandón del lugar, éste lo comunicó a su superior, y así escalonadamente hasta llegar al Soberano del País de Altura que pocas veces descendía a los trópicos.

Quiso el Soberano investigar personalmente de qué se trataba y se encaminó con gran comitiva al paraje descubierto por sus gentes. En ese tiempo no existía el tiempo. Ni la rueda. Ni el caballo. Jefes y guerreros marchaban a pie; y veinte jóvenes robustos, en turnos sucesivos con reemplazantes siempre bien dispuestos, conducían sobre sus hombros las andas imperiales. Sobre ellas impasible, inmutable, el Jefe de Hombres se dejaba llevar, sin que nada revelara, exteriormente, su emoción frente a las bellezas del paisaje o el flujo de sus pensamientos, porque la ley del Imperio era esa: dominar las alturas y el Soberano, quieto, impenetrable, rigiendo vidas y sucesos, pero sustrayendo la suya y sus designios a todo acercamiento.

El concentraba en sí al Soberano, al Sumo Sacerdote y al Señor de los Ejércitos, de manera que el poder político, el religioso y el militar dependían de un movimiento de su mano. Estaba en la flor de la edad, ágil, vigoroso, de gran penetración mental. Decíase que poseía secretos mágicos para dominar a la naturaleza y adivinar lo que pensaban sus súbditos. Amado y temido a un tiempo mismo — era justo sin dejar de caer, ocasionalmente, en los arrebatos y extravíos del sumo poder — nadie se atrevía a mirarlo de frente. Hermosas muchachas alejaban las piedras y limpiaban el camino para que nada perturbara el ritmo sereno conque avanzaba el cortejo imperial. Todos estaban, ahí, para servirlo. A un signo suyo, cualquiera daría la vida por complacerlo. Tremendo poderío: nada ni nadie se oponía a sus deseos. Tenía sometidos muchos pueblos a su dominio. Sus campañas guerreras acrecieron su fama, aunque él no combatía en persona como otros reyezuelos, pero su vista de águila y su mente fértil regulaban con tal precisión los movimientos de sus tropas, que resultaba imposible vencerlo. Era el dueño del mundo, de las altas planicies, porque el mundo era la vasta extensión del País de Altura, en tanto la selva impenetrable y el mar desconocido se alzaban en los confines del misterio. Mas ahora descendía al trópico para examinar el raro descubrimiento que le fuera anunciado. ¿Qué serían esas torres sobresaliendo del bosque virgen? ¿Acaso la selva pudo estar poblada? ¿O serían sólo configuraciones naturales? Ya lo vería.

El cortejo avanzaba lentamente, con ritmo majestuoso. Durante varios días cruzaron sierras y quiebras, recibiendo grandes homenajes de los pueblos que atravesaban. Después sólo silencio y soledad: ya no había gentes.

Los valles de clima templado sedujeron al Soberano. En contraste conforme se internaban por las zonas bajas el calor acosaba su cuerpo; sentíase incómodo. Pero el Amo de la naturaleza y de los pueblos no podía demostrar su descontento, debía esconderlo. El Amo... ¿o era mas bien el prisionero? En los descensos bruscos o en las cuestas empinadas, los portadores de las andas se doblaban o estiraban para evitarle molestias, pero no podía trabar diálogo con ninguno. Envidiaba a sus nobles y a sus generales que podían alternar entre sí, hacerse bromas, confiarse deseos y proezas, en franca comunicación, en tanto él, señor de todos, debía permanecer apartado porque así lo mandaba la tradición. El Hijo del Monte, dios y rey, no podía descender a la vinculación humana: daba órdenes mas no se dignaba escuchar consejos ni entablar conversación, a no tratarse de pocos familiares que no lo entendían. Observaba las mudanzas violentas del paisaje, habría querido cambiar impresiones con alguien, pero el cortejo avanzaba inalterable y en los momentos de reposo, se hacían vacío y distancia en torno suyo, porque ¿quien habría osado aproximarse al Soberano sin ser llamado? Impenetrable en público, temido y reverenciado en la intimidad, no había resquicio para la confidencia; pensaba y obraba por sí solo. Cumbre solitaria: eso era en verdad y como ella, debía mantenerse aislado, inmutable.

Después de dos lunas llegaron a los lindes de la selva. Sus gentes habían abierto ancho paso en la maleza, tumbando árboles y despejando la espesura vegetal.

Condujeron al Soberano al punto desde el cual se divisaba cuatro altas torres orientadas a los puntos cardinales, ya medio desmalezadas para que el Señor las contemplara mejor.

— ¿Qué es esto? — demandó el Soberano —. Creí que las torres sólo existía en el País de Altura, pero éstas, aunque semidestruidas por la espesura, son más altas, más grandes, debieron alzarse, antes, muy poderosas.

Los hombres de saber no se atrevieron a opinar acerca del hallazgo. Sólo el arquitecto Siripaka aventuró opinión:

— Tal vez haya una ciudad escondida en la selva.

Entonces el Soberano mandó que se desboscara el lugar anunciando que lo visitaría después de diez lunas.

Regresó al cabo de ellas hallando que a mucha fatiga de millares de sus súbditos, se abría un vasto claro en la selva. Y las torres no eran cuatro sino muchas, de diversa altura, diseminadas geométricamente en un grande espacio que pudo haber contenido a numerosos pobladores. Habitado a extraer sus propias conclusiones, el Jefe de Hombres, después de algunos días de observar y meditar acerca de las ruinas, lanzó lacónico a su corte:

— Aquí hubo un imperio...

Nadie osó contradecirlo. Y efectivamente, torres, palacios, templos, huellas de calles bien trazadas, restos de mercados populares, rastros de canales de conducción de agua, incontables puntas de flecha atestiguaban la existencia de un reino abolido y de grandes combates. Los sabios del País de Altura no pudieron descifrar el lenguaje simbolográfico de las figuras y los signos tallados en las estelas de piedra diseminadas en el vasto recinto. ¿Cómo se transportaron los grandes bloques líticos al corazón de la selva, cómo se condujo el agua, perecieron todos o buscaron nueva vida en otros parajes? Las mentes del imperio se perdían en conjeturas.

Pero el Señor de Señores de cavilación en cavilación, concluyó que el gran imperio de la selva pudo dejar algo más que ruinas si hubiera existido la previsión de levantar edificios más sólidos, no como éstos, que ceñidos inextricablemente por la marejada vegetal, habían permitido que lianas, líquenes y árboles los desintegraran implacables. Decidió, entonces, que sus grandes maestros de construcción, dirigidos por Siripaka, abrieran un gran claro en la selva, próximo al lugar ya desbastado. Allí se levantaría una nueva ciudad que señalaría a los pueblos que vinieran después la grandeza del País de Altura. Se trasplantarían millares de familias para poblarlo y las construcciones serían perdurables, erigidas con las duras piedras de la cordillera y con esa argamasa indestructible cuyo secreto de composición solo él conocía, de manera que aunque pasaran incontables lunas, la nueva ciudad, es decir el nuevo imperio, ya no sería destruido como el anterior. Y aunque por alguna razón futuros moradores abandonaran el paraje, ni las fuerzas destructoras de la vegetación podrían atentar contra la compacta solidez de sus edificaciones. No era imposible que algún día la espesura volviera a cerrarse sobre las nuevas edificaciones, pero ellas serían invencibles, como escudos maravillosos en los cuales se estrellarían las flechas lentas de la espesura.

Regresó el Soberano a su reino de las alturas. Pasaron muchas lunas al cabo de las cuales retornó a la selva: la nueva ciudad, con sus torres soberbias, sus vastos templos, y sus amplias avenidas refulgía al sol, porque todos los techos tenían los filamentos de oro del imperio.

Sintióse orgulloso de su poderío: la nueva ciudad superaba, en mucho, a lo que debió ser la ciudad en ruinas.

Preguntó a Siripaka:

— ¿Estás seguro que mis construcciones resistirán más que aquellas de la ciudad en ruinas?

— Señor — contestó el jefe de arquitectos — examiné muchas veces los restos del imperio caduco; y puedo asegurarte que tu nueva ciudad vivirá mucho, mucho más... Aunque las gentes la abandonen y la espesura vuelva a cerrarse, la tuya quedará intacta para que la admiren los que todavía no han nacido. La piedra rocosa que bajamos de la cordillera y la argamasa que sólo nosotros conocemos, resistirán de cualquier enemigo.

Volvía el Jefe de Hombres a su país de origen. Conforme ascendían los peldaños de la sierra, sentía una leve fatiga pero apesar de sus años que no eran pocos la sangre corría impetuosa en sus venas y se sabía sano, vigoroso. ¿Quién podría disputarle grandeza y poderío? Un mensajero le informó que su hijo Willka, el joven guerrero, acababa de vencer y someter a los hombres de la costa. Mientras la litera avanzaba lentamente en hombros de gallardos mozos, y lindas muchachas limpiaban por delante el camino, el Soberano se entregaba a sus pensamientos. Era el Rey del Mundo. Sometidos todos los pueblos de las altas planicies, vencidos los costeros, había extendido sus dominios hasta el corazón de la selva. Nadie podía escapar a su poder. Era el Amo absoluto de vidas y naciones. Y así como la tiana de oro que lo llevaba se mecía suavemente al vaivén de la marcha de sus portadores, él podía regocijarse de sus muchas victorias, de sus deseos jamás incumplidos, en un movimiento retrospectivo que no conoció huella de imposibles. Crecer, crecer siempre ¿por qué, y hasta cuándo? La montaña le dió fortaleza, astucia su natural inteligencia, y un don de actividad, brotado de su interior, lo inducía a prodigarse en guerras, obras, empresas de toda laya.

— La gente se debilita si no se mueve — era su máxima favorita y tenía ocupados a todos para que no pensaran mucho.

Orgulloso era el Soberano, se sabía el más poderoso, único dueño del mundo conocido; porque el otro, el de los mares, que algunos pudieron conocer, yacía despoblado. Y en las selvas sólo existía el rastro del imperio abolido que él reemplazara con la nueva ciudad erigida sobre las ruinas de la antigua.

Uno de los portadores de la tiana imperial tropezó provocando un leve desequilibrio que hizo vacilar a los demás. Los veinte jóvenes temblaron: el monarca se incomodaría imponiéndoles castigo. Pero no hubo gritos ni signo alguno de molestia. La comitiva real prosiguió su marcha como si nada hubiera ocurrido.

"El Jefe de Hombres está abstraído en sus pensamientos" — pensó el general Manco-Serpa.

El Señor de Altura seguía ensimismado. Dos días después comenzaron el ascenso a la meseta cordillerana: largo y pesado. Pero las tropas y los jóvenes, habituados a la fatiga, soportaban bien el esfuerzo físico. Los nobles y funcionarios de más edad debían recurrir a yerbas mágicas. Al tercero día culminaron el ascenso a 4500 metros recorriendo un extenso desfiladero al pie de un glaciar. Antes de emprender el descenso, el Soberano ordenaba:

— Aquí pernoctaremos.

Hizo levantar las tiendas, ardieron las fogatas, y como el viento no soplaba muy fuerte pudieron soportar el intenso frío. "Es una imprudencia" — pensaba el Sacerdote Pumidarco

— estamos al pie del "Nina-Kollo" y el cerro de fuego castiga a quienes no le rinden tributo. El soberano estaba cansado, se negó a que yo realizara la ceremonia ritual. Mal nos irá."

El Señor de Hombres no quiso bajarse de la litera para recostarse en el lecho con mantas de alpaca y de vicuña que le habían preparado. Se hizo conducir a su gran tienda, ordenó que depositaran la tiana imperial en el suelo y permaneció sentado en ella, cubierto por mantas y circundado por el débil calor que se desprendían de las hogueras que rodeaban su tienda.

"Qué extraño" — comentaban otros dignatarios — es la primera vez que nuestro Jefe se niega a dormir en su lecho."

Al amanecer, cuando los venablos del sol se quebraban en las aristas y los filos cordilleranos, Pumidarco entraba a la tienda real para atender al Soberano. Se aproximó respetuoso sin atreverse a pronunciar palabra esperando ser llamado. Silencio absoluto. Se aproximó: la respiración del Monarca había cesado. Rígido, hierático, estatuario el Señor de Altura dormía su último sueño.

Conducidos sus restos a la capital del País de Altura, se le tributaron grandes honras. Las exequias duraron treinta días. Nadie lo había superado en hazañas guerreras ni en la construcción civil, por lo cual se ordenó que un gran Monolito, mayor que todos los conocidos, perpetuara su efigie y su renombre. Así fué hecho.

Pasaron muchas, muchas lunas... Tantas que se perdió la cuenta. Pasaron, también, muchas cosas, hombres, sucesos por la meseta cordillerana. El país de Altura, poderoso unas veces, otras en eclipse temporal, siguió rigiendo el curso de los pueblos altiplánicos. El último Soberano conocido creía ser el hombre más grande del mundo.

Nuevas lunas, nuevos hechos... Luego el olvido tendió su manto de siglos sobre todo lo ocurrido. Algunas pequeñas masas nativas, sin fuerza y sin memoria erraban por los altiplanos.

El paraje-ombligo de muchos reinos, muchas guerras, capital de sucesos grandiosos y soberanos magníficos cayó en oscuridad.

Después de un largo tiempo hombres que exploraban la meseta del planalto, vieron surgir inmensos bloques pétreos, monolitos, ruinas imponentes descuajadas de su primitiva ubicación.

Nadie pudo dar razón de su origen ni descifrar sus glifos.

Y cuenta la leyenda que así como las lunas se repiten en otras lunas, los imperios se eslabonan en imperios. Sólo que el Astro de la Noche es siempre el mismo, y los reinos que el hombre edifica siempre diferentes. Y ella se afirma en el espacio, y ellos se desvanecen en el tiempo.

ATALANTA

Sentado en una silla de lona bajo la sombrilla protectora leía en la terraza del club hípico. A veces levantaba la vista y me entretenía observando a corceles y jinetes en la pista de entrenamiento. También me agradaba separarme de la lectura y del movible espectáculo de los caballos para observar la belleza del paisaje: ese fondo de montañas que siempre me parecía nuevo aristado de filos y pináculos, el cielo azul esmaltado de albas nubes, las tranquilas arboledas, la fuente que borboteaba en el jardín, y el oro de las retamas alzándose como una llamarada sobre la verde grama.

Orgullosa y reservada, no podía alternar con muchachos de mi edad porque ellos no asistían al club y los otros, ya mayores, en plena juventud, no ocultaban su desdén por mi persona. Mi padre era fundador y presidente vitalicio del club lo que me daba derecho para andar por donde

quisiera. No me agradaba el hipismo como deporte, solamente como espectáculo, pero el paraje era tan atrayente que solía pasar las mañanas de vacaciones en la piscina y en los jardines del club.

Esa mañana terminaba de leer unas líneas que decían: "Atalanta, hija del Rey de Esciros, fué una hermosa doncella, atlética y velocísima que vencía a todos en carrera. Tenía ofrecida su mano a quien pudiera vencerla. Durante muchas lunas derrotó a príncipes y atletas: nadie podía aventajarla. Hasta que un día el joven Hipomenes, valiéndose de una treta — dicen que arrojándole manzanas de oro que ella se detenía a recoger — logró vencerla. Y desde ese instante comenzó la desdicha del victorioso. (De un fragmento de Diodoro Sículo)."

Me puse a pensar en lo leído. ¡Qué hermoso sería vencer a una joven bella y audaz, sin tretas, por sola voluntad de varón! No soñaba en una competencia física, sino más bien en doblegar un carácter por la fuerza del mío. Me regocijaba suponiendo que ella sería cortejada por todos para caer rendida en mis brazos. ¿Cómo? Eso lo veía confuso, no podía precisar los atributos de mi victoria, pero el pensamiento fijo mandaba así: yo la sustraería al cortejo de los otros y sería solo para mí. Una mujer superior, de belleza deslumbrante, cuerpo armonioso, fina y culta, de presencia siempre grata y encanto indefinible y además con una personalidad dominante, de esas que se entregan difícilmente porque hay que saber ganarlas previamente. Claro que una mujer con tantos atributos no existe y además, de existir, no podría reparar en un adolescente, menos rendirse a él. ¿Más qué importaba? Mi hermoso sueño se configuraba atrevido en la mañana de invierno. Alcanzar lo lejano y lo imposible tentaba a mi juventud.

Cerré el libro y antes de entrar a la piscina bajé a la pista para observar a los équites.

Recostado en un pretil de piedra observaba los incidentes del entrenamiento ecuestre. Saltos arriesgados, troles concertados, maniobras de destreza hípica. Había excelentes jinetes, lindas cabalgaduras, y una tal movilidad de acciones que no me cansaba de mirar, sin que faltaran los aprendices que se atemorizaban o eran descabalgados antes de comprender lo que les ocurría. Estaba sumergido en el espectáculo, criticando a mi manera los aciertos y las faltas de los jinetes, cuando una voz imperativa vino por la izquierda:

— ¿Me alcanza la fusta?

Volví la cabeza. Montada en un soberbio alazán, erguida y esbelta, una hermosa amazona me miraba desdeñosa. Un rayo iluminó mi mente: "Atalanta — pensé — si te entregas pierdes. Resístela. "La miré fijamente, impávido, sin proferir palabra.

El rubor encendió a la bella.

— ¿Ha escuchado? Páseme la fusta.

— No tengo por qué hacerlo — repliqué —. Bájese del caballo y levántela. Si hubiera dicho usted "por favor", lo habría hecho. No recibo órdenes de nadie.

La amazona lanzó una carcajada nerviosa:

— ¿Sabe usted quien soy? La campeona Heller; aquí todos obedecen mis órdenes y mis deseos.

Dominando el impulso que me impelía a obedecerla, persistí en mi actitud hostil:

— No me importa quien sea usted.

La joven descabalgó, recogió la fusta, y golpeándola contra su mano izquierda añadió:

— Debería cruzarle la cara por su insolencia.

Sus ojos brillaban de cólera. Le devolví la mirada furiosa y me erguí desafiante:

— ¡Atrévase!

La joven alzó la fusta. Me disponía a cogerla en el aire para arrojarla lejos, pero ella vaciló y bajándola lentamente agregaba con gesto despectivo:

— Muchacho díscolo; no debía ni siquiera mirarlo.

Permanecí inmóvil viendo como subía al alazán y se alejaba haciendo caracolear al caballo.

En ese instante la odiaba. Había querido humillarme. Me consideraba sólo un muchacho díscolo.

El segundo encuentro fué menos belicoso. Con mi libro bajo el brazo miraba yo los saltos ecuestres cuando un rumor de voces y una risa cristalina tocaron mis oídos. Voltee la cabeza: era la amazona seguida por un grupo de jóvenes con quienes discutía animadamente. No sé si repararon en mi presencia. Se detuvieron y entre risas y frases agudas siguió la discusión. Ella estaba algo al sesgo y yo podía verla sin que se fijara en mí. Dominaba a los hombres con su belleza radiante, sus respuestas prontas, y un ingenio alerta que lo mismo divertía que amoscaba a sus interlocutores. Erguida, fina en los ademanes, era la imagen de una beldad segura de sí misma y en los ojos oscuros ardía una llama jubilosa. Su risa tenía un timbre musical de innegable encanto.

Un movimiento brusco me puso en su círculo visual. Me reconoció, frunció el ceño y con despectivo gesto dijo a sus acompañantes:

— ¡Vamos! Ya es hora de entrenarse.

El grupo se alejó y poco después se incorporaba a los otros jinetes. Yo estaba cerca de una sucesión de tres saltos y vera el curso distinto de las pruebas, unas salvadas con perfecto dominio del obstáculo y del animal, otras con menor regularidad, y también las caídas y vacilaciones de los aprendices. Algo bello y divertido a la vez. La primera vez que la Heller vencía los obstáculos desvió la cabeza en intencional desaire, pero en los saltos sucesivos no pude sustraerme a la fascinación de su arte ecuestre. Montaba y saltaba con ajustada perfección sin dar resquicio a la crítica. Montura y jinete parecían un solo ser, acordando a maravilla sus movimientos y salvaban las vallas con elegancia y facilidad aparente, sin que nada denotara el esfuerzo calculado y la precisión de velocidad y sentido del tiempo que exigían los saltos. No pude menos de admirar su maestría. Salvaba los obstáculos con naturalidad, en estilo impecable, al punto que un genio maligno inducía a pensar: "que se equivoque, siquiera una vez." Pero no se equivocó. Al descender del alazán fué rodeada nuevamente por sus cortejantes y la risa cristalina sobresalía sobre otras voces y otras risas.

"Atalanta" — pensé nuevamente —. Los vence a todos y todos quisieran ser sus vencedores.

Pasaron dos semanas. Ya me había olvidado de la linda amazona. Una tarde, tomando mi café solitario y leyendo el vespertino, escuché, sin querer, la conversación de una mesa próxima. Varios hombres se atropellaban para emitir sus juicios.

Se referían a una joven a la cual juzgaban con las opiniones más opuestas. Para unos era orgullosa, pedante, despreciativa, fría, esnob, engreída, tonta, demasiado pagada de su persona; para otros linda, bondadosa, inteligente, culta, delicada, esquiva a la confidencia, franca, ingeniosa.

Quedé sorprendido: ¿cómo podía existir una mujer capaz de suscitar juicios tan diversos? Creí adivinar que unos la ensalzaban porque aun no habían sido rechazados, mientras los desafectos la vituperaban por resentimiento de haber sido despedidos. Estaba ya a punto de levantarme, cuando alguien expresó: "La verdad es que la Heller es un enigma, altiva y bien educada sabe alejar sin herir." Volvió el interés y seguí escuchando. Así pude saber que la amazona era nieta de una famosa équite campeona de Europa y que seguía sus huellas. Viajaba mucho, su padre, millonario, satisfacía sus menores deseos, y traía locos a sus adoradores. Volvía después de ganar un concurso ecuestre en Dinamarca. Tenía amigos de ambos sexos sin entregarse íntimamente a nadie. En el club hípico ni los más avezados jinetes podían aventajarla. "Se quedará solterona — aventuró alguien — ha vencido los 25 y no se le conoce novio."

"Glorioso sería — pensé — someter a una mujer así, admirada o denostada por todos precisamente por su extraordinaria personalidad. Pero yo estaba descartado del juego porque en ese tiempo la sociedad se regulaba por valores, jerarquías y un sentido de proporción que impedía a los adolescentes alternar con los jóvenes ya logrados: ¿qué podía ofrecer un muchacho estudiante de arquitectura y empleado bancario a una joven que lo excedía en edad, ciencia del vivir y con todos los atributos de la encumbrada posición social? ¡Bah! Soñaba... Además, no estaba enamorado de ella sino que su singular temperamento, el incidente del club hípico y el desvío que según escuchara la amazona sentía por los hombres, despertaron en mí el ansia de combate. Haría, a mi vez, de la indiferencia un arma para hierla. Claro que nada positivo obtendría en mi favor, mas le demostraría que un muchacho puede darse el lujo de desdeñar a la mujer más bella del mundo. ¿Pero era realmente la mujer más bella del mundo y por qué me empeñaba en suscitar su atención aunque en modo pasivo? Un estremecimiento me recorrió el cuerpo; lo superé rápidamente. "Vamos — me dije — será un experimento interesante: la reina y el paje. ¿Quién vencerá?"

Estaba yo concentrado en el "Hyperion" de Hölderlin, cuando describe su amor por Diotima. Una sombra se proyectó sobre el libro. Alcé la vista y ella me miraba con sus grandes ojos oscuros; despojados de la cólera anterior su mirar era dulce e inquieto a la vez. Se me antojó mucho más linda. Sus miradas me hacían daño e infundían felicidad a un tiempo. ¿O quería burlarse de mí y cobrar venganza del incidente? Me puse en guardia, tal vez hosco y la contemplé con desconfianza. Pero los ojos oscuros no amagaban agresividad, más bien invitaban a la comunicación. Después de unos instantes de vacilación, ella preguntó:

— ¿Qué lee usted? Y el tono de su voz resonaba familiar, como si se tratase de dos viejos amigos.

— El "Hyperion" de Hölderlin — repuse desarmado de hostilidad.

— No me fío de los poetas, idealizan demasiado, les gusta mentir. Prefiero las novelas.

"Hay que hierla — pensé antes de contestar — es la única manera de despertar su interés."

— Para hablar así hay que saber primero qué es poesía.

La joven me miró enojada:

— ¡Estúpido! — profirió antes de alejarse.

Dudé si mi táctica había sido o no afortunada.

Un tiempo después supe que se llamaba Diana.

Volví a verla en un baile. Me miró desdeñosa y en toda la noche hizo gala de no reparar en mi persona. Yo, en cambio, observaba su flexibilidad y su gracia al danzar, y cuanto más la

contemplaba crecía en mí la admiración por la joven. Incansable pasaba de una pareja a otra ágil, llena de energía, brillando los ojos de entusiasmo como si el baile fuese un rito de ofrenda al júbilo de la juventud. Yo la seguía atentamente en sus movimientos. Cambiaba de pareja continuamente sin que pareciera importarles particularmente ninguna. Sus ojos no buscaban a nadie como lo hacen las muchachas enamoradas. Me latió el corazón apresurado: no amaba, era libre. Pasó varias veces a mi lado y advertí su propósito deliberado de no verme.

Al terminar un baile ella resultó muy próxima a la columna en la cual yo me apoyaba. La rodeaban cuatro hombres. Oía confusas sus voces sin recoger lo que decían, pensando con envidia a quien escogería. De pronto ella giró hacia mí y dijo en voz alta:

— Tengo comprometido el baile con el señor.

Paralizado de asombro y de alegría sólo atiné a cogerla en mis brazos y empezamos a danzar.

Lo que sucedió durante el baile se me grabó para toda la poca vida. Cruzamos pocas palabras por orgullo o desconfianza. Sólo me quedó la sensación de haber entrado a un país misterioso guiado por un hada; y el hada tenía el rostro, el cuerpo, la sonrisa de Diana Heller.

Al terminar el baile sólo pude balbucir: "gracias". Ella contestó: "gracias por dejarme mentir." Y se alejó.

¿Había sido un capricho, el deseo de dar celos a otro, el propósito de romper mi hosquedad? Yo sólo sé que desde ese encuentro la amazona fué mi amor secreto.

Pasó algún tiempo. Ni en el club hípico ni en otras ocasiones sucedió nada que me diera esperanza. Ella proseguía su vida alternando con muchos. Yo retraído, al margen. A veces, al pasarme saludaba serena, sonriente, sin detenerse. No me atrevía a aproximarme y contestaba muy serio su saludo.

Cierta vez al caer la tarde, el club hípico se hallaba desierto. Sólo Diana Heller realizaba sus ejercicios de salto. Yo en la explanada, bastante lejos, no quise acercarme para demostrar indiferencia. Fingía estar concentrado en mi lectura y en realidad sólo pensaba en ella. Vi, de la distancia, que avanzaba penosamente, cojeando. Corrí a su encuentro.

— ¿Cayó del caballo? — pregunté ansioso.

Ella contestó con una sonrisa forzada:

— Ningún animal me ha derribado todavía. Al bajar de un salto de "Oliver" pisé mal... una piedrecilla... creo que me lastimé el tobillo.

Rehusó mi brazo para apoyarse, pero el dolor debió ser tan intenso que a poco lo buscaba. En el corto trayecto prolongado en el tiempo por la dificultad con que avanzábamos pensaba lo maravilloso que sería tener a Diana Heller por esposa y compañera de la vida... No había otra que pudiera sustituirla, pero estaba tan remota para mi incipiente hombría... De pronto como si rasgara los velos del tiempo "sentí" que ambos teníamos 20 años más y que ella me contemplaba con esa mirada tierna y profunda que sólo conoce un largo amor... Era mi mujer y habíamos hecho tanto camino juntos... De pronto la voz encantadora me despertó de mi ensimismamiento:

— ¿Por qué tan hosco?

Me disculpé: no quería perturbar su padecer.

En el salón del club, al inclinarse en el sofá, empalideció a punto de desvanecerse. Traje un cognac. Luego le palpé el tobillo lastimado: no había fractura sino sólo una distorsión muscular muy dolorosa. Pedí alcohol y le friccioné el tobillo, un tobillo fino de mujer de raza. Ella soportaba el dolor con entereza; un hombre no lo habría soportado mejor. Admiré una vez más su carácter y la belleza perfecta de su cuerpo. Cuando la ví reanimada llamé un taxi y la conduje a su casa, una mansión señorial, con un amplio parque. Tuvo que apoyarse nuevamente en mi brazo.

— El caballero sin querer — dijo esbozando una sonrisa.

— No; voluntario — repuse — porque desde que la ví avanzar penosamente sentí el impulso de ayudarla.

— Caridad cristiana...

— Tampoco: deseo de ayudar a la amazona valiente.

Ella me miró con malicia:

— El joven sabe aliviar a la que está en apuros.

Su sonrisa me turbaba pero la mirada afectuosa me dio coraje para contestar:

— Cualquiera haría lo mismo. ¿No es usted la campeona del club?

— ¡Ah! entonces el auxilio fué sólo a la campeona...

Me avergoncé:

— No, no sólo a la campeona, a... a...

— A la mujer que hay en mí.

— A la mujer que hay en usted.

Diana Heller echóme una mirada astuta. Luego el dolor contrajo sus facciones y se apoyó con más fuerza en mi brazo.

— No es nada, joven gentil. Ya llegamos.

Abrió la puerta un hombre alto, canoso, de aspecto imponente:

— ¿Qué le ha pasado a mi niña?

— No es nada padre; sólo me torcí el tobillo.

Enseguida el caballero preguntó:

— Y éste chico ¿quien es?

Me enfurecí, ya estaba a punto de responder agresivamente cuando Diana se adelantó:

— Es el señor Sabadell, hijo del presidente del club hípico que ha tenido la bondad de atenderme y traerme a casa.

La cara del hombre se suavizó:

— Pase usted — dijo — descansará un poco.

Mi orgullo se me subió a la cara. Se me ocurrió que el amo de la gran mansión y también la amazona requerían una lección.

— Gracias — contesté — la señorita ya está en su casa y nada tengo que hacer aquí.

Ambos se miraron sorprendidos. Diana Heller me tendió la mano para despedirme. Hice que no lo advertía y girando sobre mis talones me alejé no sin oír sus últimas palabras:

— ¡Solitario: ya tiene una amiga!

Transcurrieron varios meses. Probablemente Diana Heller viajaba y triunfaba en los torneos hípicas del mundo. Yo ingresaba a un nuevo curso de universidad llevando su imagen grabada en mi alma. No existía otra mujer en el mundo y debía ser mía. ¿Pero cómo descenderla del trono en que se alzaba? Nos volvimos a ver a la entrada de un cine. Mientras su acompañante adquiría las entradas ella me reconoció denotando contento:

— ¡lván! — exclamó — ¿siempre tan huraño? No olvido su ayuda cuando el accidente y su brusca partida; ¿fué porque mi padre dijo "este chico"?

Tuve que reír.

— No era por eso. ¿Pero... pero... ¿qué puede esperar un mocito de Diana Heller?

— Diana Heller es una mujer.

— Una mujer para hombres que la merezcan.

La joven calló un instante. Luego, sería, contestó:

— Somos nosotras las que calificamos y elegimos.

Y se alejó silbando.

¿Se burlaba de mí? ¿Quería darme una esperanza? ¿O simplemente la divertía dialogar con un jovenzuelo orgulloso?

No supe qué pensar. Y fué peor conforme transcurrieron los días, porque la amazona abandonando toda aproximación pasaba indiferente, como si no me hubiese conocido. Después de varios días creí comprender la verdad: Diana Heller sólo quiso vengarse del primer encuentro, humillarme, y cansada de punzarme me daba la espalda: no era nada para ella.

El incidente en la terraza aumentó mis temores. Apoyado en la balastrada leía "El Jardín de las Rosas" de Katanzaki y al propio tiempo, por un extraño desdoblamiento mental que me era habitual, podía captar la música que venía del salón, recoger gritos y palabras. Se bailaba, unos en el salón, otros en la terraza, no muchas parejas pero si las suficientes para poblar el ambiente de un confuso vocerío. Se detuvo la música, tardaba en escoger el nuevo disco y pude escuchar la voz de la amada imposible:

— He bailado con todos una vez y no lo repito.

Un grupo de hombres la asediaba. De pronto alguien dijo:

— Le falta bailar con ese jovenzuelo — y me señaló.

La joven me miró. Sostuve su mirada sin esconder mi enojo, irguiéndome desafiante y volví la cabeza. Cerré el libro y abandoné la terraza.

Me siguió un coro de murmullos y dominándolos resonó la voz aguda de Diana Heller:

— Déjenlo: es un tonto!

Quedé satisfecho: había logrado herirla.

Nada notable sucedió en días posteriores. Ella pasaba altiva, indiferente. Yo vagaba solitario por los jardines del club hípico, leía, a veces contemplaba las pruebas ecuestres en las cuales ella se imponía fácilmente sobre todos.

Una mañana observando la energía y la destreza con que salvaba los obstáculos, el dominio perfecto que tenía del alazán, y la elegancia impecable de sus saltos me puse a razonar fríamente: ¿cómo interesar y cómo ganar a la dea, a quien nada faltaba para señuelo del varón más encumbrado? Y si ocurriera el milagro de conquistarla; ¿cómo alejarla del hipismo y del alto círculo social en el cual se movía? Porque yo quería una mujer para mí, no para el mundo. Bueno: era sencillamente absurdo. Jamás la obtendría. Diana Heller no era, no podía ser para mí. Y el mismo instante en que la lógica me dictaba renunciar, una fuerza secreta me aceleró el corazón: "¡atrévete, será tuya si eres capaz de luchar para rendirla. ¿No venció el doncel Hipomenes a la virgen Atalanta?"

Creí que mi destino estaba fijado: la amazona sería mi mujer y mi amada; para toda la vida.

Un punto a mi favor se anotó con motivo del episodio del puma. No era un animal muy grande, sino algo más que un cachorro pero de extrema agilidad que con aspecto feroz apareció una tarde en el club sembrando el pánico. Había pocas personas: casi todas huyeron en busca de refugio. Diana Heller se quedó inmóvil, pálida pero intrépida, armada sólo de un endeble latiguillo. La fiera no había reparado en mí. Miraba colérica a la amazona, meneaba la cola, parecía presta al salto. Cogí un trozo de cañería del suelo y quitándome el saco llamé la atención del puma voceando, tratando de imitar sus gruñidos. El puma volteó velocísimo lanzándose sobre mí. Le arrojé el saco a la cabeza cegándolo momentáneamente, circunstancia que aproveché para asestarle dos golpes sucesivos con todas mis fuerzas. El animal cayó en tierra seriamente lastimado pero antes de alejarse cojeando pudo lanzar un zarpazo que me desgarró el brazo izquierdo.

La joven se acercó solícita, restañó la herida y me vendó el brazo con una servilleta que halló a mano. Estaba conmovida, sus ojos brillaban de ternura:

— Se arriesgó usted por mí — dijo — y es un valiente.

La miré impassible y con voz seca repuse:

— No tiene importancia; lo habría hecho por cualquiera.

Antes de que ella pudiera reaccionar recogí mi libro y me alejé.

Todo siguió igual, pero cuando nuestras miradas se cruzaban creí que la amazona lo hacía con respeto y curiosidad.

Se produjeron varios lances en los cuales, alternativamente uno buscaba y la otra se evadía; y a la inversa. Orgullo contra orgullo. Yo la amaba desesperadamente escondiendo mi pasión. Y ella ¿me amaría acaso? Pensé que por lo menos suscitaba su interés y me esforcé en singularizarme con diversa suerte: unas veces recogí el asombro de sus ojos, otras una sonrisa burlona cuando captaba lo forzado de mis actitudes.

Soy melómano, nada sé de técnica musical pero tengo mi pequeña discoteca, prefiriendo a los clásicos sobre los modernos. Me gustaba asistir a los conciertos y más aún a las reuniones reducidas de música de cámara. Cuando Paula Meriles, una compañera de universidad me invitó a su casa para escuchar un disco recién llegado de Tschaikowsky acepté encantado. Una docena de personas, casi todas conocidas y sólo una pareja de franceses. Acomodados en sillas con brazos, en dos filas, absorbíamos el trío del ruso ejecutado con extraordinario vigor y perfección técnica. Ignoro por qué causa esa vez la música conmovió las fibras más íntimas de mi alma. Tempestuosa y tierna a un tiempo como todo lo que brotó del gran eslavo, se me antojó que expresaba un amor imposible, como el mío, lleno de vacíos y desgarramientos, hecho de ansiedad y desesperanza, lo mismo que de fugaces victorias y centelleantes anhelos. El cuarto en penumbra apenas si dejaba percibir a los demás. Sentí que se entreabría la puerta y Paula, sentada a mi lado, se levantó. Poco después recuperaba su sitio o creí que volvía a él. El trío avanzaba en un delirio pasional, era, para mí, un torbellino frenético, el espejo de un amor frustrado y sin embargo inducía a soñar en una larga y cruenta batalla que terminaría en triunfo duramente logrado. Siempre tuve el dominio de mi mismo, supe esconder mis emociones, pero esa tarde, no sé por qué se desbordó la poderosa ambición que me agitaba; o fué la pena que me consumía; tal vez el estallido del sentimiento reprimido. Sentí que las lágrimas afluían a mis ojos. El corazón me latía apresurado. Apreté las manos en los brazos del sillón para contener mis nervios. Gozaba y padecía intensamente. Estuve a punto de abandonar la estancia. De pronto una mano tibia y suave se posó en la mía: "querida Paula — pensé — quiere aliviar al amigo conmovido." Pero no era la piel de Paula sino otra y extraña piel que rozaba la mía y más que una caricia transmitía sensaciones de paz, de confianza, de alegría. Una piel vibrátil de fina sensualidad que mandaba contener las lágrimas y serenarse. Obedecí, me fuí dominando aunque la música tempestuosa de Tschaikowsky proseguía su marcha impetuosa. La palma afectuosa se deslizó dos veces sobre el dorso de mi mano y una ligera presión concluyó de tranquilizarme.

Terminó el disco, se prendieron las luces y Diana Heller me contemplaba. Su mirada desprendía bondad y comprensión. Retiró su mano de la mía y dijo sólo: "Adiós".

Quedé dichoso y avergonzado. Me había visto llorar: me consideraría un niño. Duda atroz. Pero la había conmovido mi emoción, algo significaba para ella. Y la esperanza volvió a mi espíritu.

— Las semanas siguientes sembraron desilusión. Nada hubo en la joven que denotara haber cambiado respecto a mi persona. Tan pronto altanera como indiferente, muy de tarde en tarde me obsequiaba con un saludo y se alejaba presurosa. "Tengo que vencerla — me decía tengo que vencerla. ¿Mas qué puedo hacer para alcanzar su altura y hacerme digno de ella?"

El trance final que decidió mi destino llegó en forma inesperada, justamente en un periodo depresivo, cuando ya creía infranqueable la distancia que me separaba de la joven. Yo acababa de cumplir 21 años; ella andaba por los 26. Nos separaba todo: la edad, la posición social, su fortuna y su extraordinaria personalidad que le permitía alternar con todos sin confiarse en nadie. Diana Heller, presa codiciada, ¿qué podía, importarle un simple estudiante?

Fui a buscar a Paula Meriles, pues debíamos estudiar juntos un problema intrincado para vencer el curso de arquitectura. Entré al living y mientras esperaba su llegada, por la puerta entreabierta recogí una conversación:

— Yo jamás le di esperanza ni asidero para que suponiera tal cosa — resonó la voz femenina.

— Verdad — contestó la voz masculina en la cual reconocí a Javier, el hermano mayor de Paula, un joven médico — usted nunca — me alentó... pero, pero... también es verdad que la quiero desde que la conocí... y... y.... quisiera hacer la mi esposa...

— Yo no quiero casarme. ¿Por qué no podemos seguir de buenos amigos?

El hombre insistía en tono vacilante:

— Yo haría lo que usted quisiera. Le daría plena libertad, que siga con sus caballos, que viaje cuando quiera, me amoldaría a su modo de ser, a sus hábitos.

La voz femenina vibró despreciativa:

— Un hombre que se someta a mis caprichos no podría ser mi marido.

La voz de Javier se alzó áspera:

— ¿Entonces es cierto el rumor que se casará con el conde Fredericksen, el campeón ecuestre de Dinamarca, el centauro que la dominará?

— Completamente falso. Fredericksen y yo somos dos excelentes amigos; nada más.

La voz masculina volvió a suavizarse:

— Diana: yo lo daría todo por ser su esposo.

Ella respondió serena:

— Usted sabe cómo lo aprecio ¿por qué turbar esa buena amistad?

Javier calló unos instantes. Luego en tono triste:

— Ama usted a otro — dijo —. Comprendo que he perdido.

La mujer se rió festiva:

— No estoy enamorada. No hay motivo de celos.

El hombre persistió, casi implorante:

— ¿Me deja usted una esperanza, tal vez más tarde?

— No. ¿Por qué habría de engañarlo? Sólo siento un sincero afecto por usted. El amor debe ser otra cosa...

No escuché cómo se despidieron. A poco salía Javier violento y ensimismado. Ni reparó en mí.

La puerta seguía entreabierta. Oí que se abría otra más lejana y escuché la voz de Paula:

— ¡Diana! No sabía que me buscabas.

— Oh, algo simple: se trata de Helena, mi hermana, tu mejor amiga.

— ¡Claro que lo es! Pero te advierto apenada; ¿qué pasa?

La voz de Diana vaciló al responder:

— No es ese el motivo de mi visita. Antes de hablar de Helena, te diré lo que ocurrió. Te aguardaba cuando entró tu hermano Javier y volvió a asediarme con su petición de matrimonio. Tú sabes como quiero a tu familia, a todos, incluso a Javier, pero con un cariño fraterno. ¿Por qué me

hablan de amor si saben que soy refractaria, por ahora, al casamiento? Me duele haberlo rechazado... Yo no quise herirlo... Javier es un amigo encantador... Sin embargo no lo amo, ni a él ni a ningún otro. Acaso quede soltera ¿No sería lo mejor?

— Eres demasiado mujer para quedar soltera. Yo aconsejé a Javier que no te molestara, pero él no quiso escucharme.

— Es un hombre de mucho valer; fácilmente hallará una joven que lo ame y lo comprenda. Yo no quiero someterme a la tutela masculina.

De pronto Paula se sobresaltó:

— ¡Espera — exclamó — alguien me aguarda en el living. Cerraré la puerta para que sigamos conversando.

¿Qué siguieron hablando Diana y Paula? Transcurrieron diez minutos que me parecieron diez horas. Luego la puerta se abrió y apareció Diana primero seguida por Paula. Estaba turbada al darme la mano y saludar:

— Señor Sabadell.

— Señorita Heller.

Paula la acompañó hasta el umbral. Se despidieron. Nos pusimos enseguida al trabajo: una hora después habíamos terminado. Abandoné la casa de Paula. Regresaba a casa por la extensa avenida de cipreses, cuando detrás de un tronco surgió la amazona. ¿Era casualidad o me estuvo esperando?

— Hola.

— Hola.

Ella inició el diálogo:

— Quiero saber que impresión tuvo usted de mi conversación con Javier Meriles.

Cruzaron muchas ideas por mi mente. “La soberbia — pensé — que se da el lujo de despreciar al campeón dinamarqués y a un profesional de brillante porvenir como Meriles, y tantos hombres distinguidos que la rondan...” Jugaría mi última carta, dándole la sensación de ser yo quien la evitaba. Seguimos caminando en silencio hasta que me decidí a contestar:

— Desde su punto de vista, puede ser. Desdeñar a un hombre excelente como Javier me parece torpe. ¿Qué espera usted: un príncipe?

Ella tuvo un gesto de extrañeza:

— Otro sordo que no quiere oír. Si no estoy enamorada ¿por qué habría de aceptarlo?

— El dijo con gran gentileza que se amoldaría a usted, que le dejaría hacer la vida que hace.

— Precisamente por eso no me agrada.

Luego pensativa mirando el suelo preguntó:

—¿Usted qué habría hecho en lugar de Javier Meriles?

Me encolericé:

— No se burle de mí. Bien sabe que no puedo aspirar a una mujer como usted.

Ella lanzó una risa algo forzada:

— Hombre, si es una simple hipótesis. Quiero que me aconseje...

Volví a reflexionar antes de contestar. Enseguida en tono despectivo repuse:

— Yo le exigiría abandonar el hipismo y la estúpida vida social que lleva. Viajar sólo conmigo. Ser mi esposa, es decir mi compañera, vivir para mí y para nuestros hijos. Que sea el hada del hogar, no una figura de escaparate.

La joven me contempló aparentando sorpresa:

— ¿Usted cree que haya una mujer capaz de entregar su personalidad para convertirse en simple ama de casa?

Quise herirla con mayor fuerza:

— Una amazona, una mundana, no; pero una mujer de verdad, sí.

— La vida ofrece pocas compensaciones para perderlas y renunciar a la libertad.

— La vida está cuajada de maravillas. Sólo que no sabemos verlas y menos sentirlas.

Entonces la amazona preguntó irónica:

— ¿Y cómo se puede llegar a descubrirlas?

La miré fijamente:

— Uno solo, cerrado en su egoísmo, no las descubre. Es el amor de dos el que abre las puertas de la dicha.

Ella quedó pensativa. Brotó el orgullo en mí y con dureza agregué:

— Diana: pronto me iré al exterior a proseguir mis estudios. No quiero verla más.

Ella me miró con los ojos velados de ternura:

— No te irás — dijo — porque yo quiero ser tu mujer.

Así fué cómo la altiva y esquiva amazona se comprometió con el joven Sabadell.

Pero no llegaron a casarse porque Diana Heller no existe ni ha existido. Acaso un día la encuentre en un tiempo futuro.

ORGANIZACION

El Subsecretario entró ceñudo y grave. Sin preámbulos espetó a sus colaboradores:

— El Presidente quiere un plan de reorganización del Ministerio en tres días. Recomienda que sea estructuralmente científico y técnicamente irreprochable.

Los colaboradores se miraron sorprendidos: ¿un plan de reorganización técnica y científica en tres días? ¡Imposible: eso se hace en muchas semanas de estudios y consultas.

El Subsecretario los sacó de su perplejidad:

— Hay que hacerlo, están en juego nuestros cargos. Traigan el organigrama en vigencia.

Se trajo el organigrama y fué extendido sobre la mesa. Era un sencillo esquema de trabajo: pocas líneas, pocos rectángulos de clasificación, pocos funcionarios, todo bien trabado. Se podía abarcar de una sola mirada. Estaba en uso desde hacia diez años.

— ¡Diez años! — anotó despectivo un tecnólogo — pero si es más viejo que las ruinas de Tiwanaku en relación a la velocidad de transformación que vive el mundo. El Presidente tiene razón: necesitamos un nuevo plan de organización.

Al cabo de cinco horas de discusión, el proyecto de nuevo organigrama se insinuaba en vasta y complicada arquitectura. El "corpus" ministerial se dividía en tres grandes ramas: la ejecutiva, la técnica, la administrativa. Cada una de ellas, a su vez, en direcciones generales, subjefaturas, departamentos y secciones. La biblioteca se ramificó en tres. La oficina de personal en cuatro. El archivo se dividió en fototeca, mapoteca, legajos históricos y correspondencia ordinaria. Las asesorías se desdoblaron en órganos de consulta y órganos de análisis cualificativo. Cada jefe de oficina vió el alumbramiento de su respectivo subjefe. La portería, antes atendida por tres empleados, se multiplicó a ocho. Fueron creadas seis nuevas reparticiones. Tan sabia redistribución del trabajo significaba que en vez de los 59 funcionarios del Ministerio su número se elevara a 177.

— Si esto no es científico y técnico — dijo uno de los proyectistas — que me asen.

El Subsecretario lo contempló adusto:

— Está bien, pero quiero algo mejor. Nos hemos limitado al aumento de reparticiones y personal. Lo que nos falta es ordenar, coordinar, dar un movimiento funcional y una precisión de relojería a este complicado organismo burocrático.

Todos se miraron las caras, compungidos, comprendiendo que el Subsecretario tenía razón. De pronto otro de los colaboradores sugería tímidamente:

— ¿Por qué no crear el departamento de coordinación?

Fué creado el departamento de coordinación y el número de empleados aumentó a 192.

Cumpliría importantes funciones el nuevo departamento ¿pero cómo saber si sus funciones andarían bien reguladas con la marcha general del Ministerio? Tras corta discusión fué preciso agregar el departamento de aceleración, para que ningún documento quede rezagado y todo engrane a la perfección.

El organigrama registró el añadido: nuevo departamento de aceleración y ocho empleados más.

Doscientos funcionarios y empleados, cifra respetable que infundía respeto: ya se tendría un verdadero Ministerio complicado, numeroso, funcional y de efecto multiplicador. Para entonces la hoja del proyecto de nuevo organigrama se hizo insuficiente; hubo que pedir una hoja mucho más grande para dar cabida a las nuevas ideas y las reparticiones por crearse.

Los proyectistas estudiaban con ahínco el difícil problema. Súbitamente alguien preguntó:

¿Y si los de aceleración se exceden a imprimir ritmos de rendimiento exagerados, y decretan índices iguales de trabajo a todas las secciones, cuando es sabido que la prudente manipulación del papeleo impone diferencias de nivel y rendimiento horario, y hasta de calidad productiva?

Su razonamiento fué atendido. Se aprobó crear el departamento de freno y regulación de los procesos de aceleración del trabajo. El personal subió a 210.

El asunto parecía ya terminado. La planificación era tan perfecta, que para cada tarea habían tres empleados: uno podía enfermarse, otro salir a la calle y siempre existiría un tercero para hacer el trabajo. Ciencia previsiva. Si el papeleo aumentaba, también aumentarían en razón directa los ojos para controlarlo. Técnica pura. Y en cuanto a descentralización del trabajo y aminoramiento de responsabilidades acumuladas en sólo algunos superiores, nada más logístico: si se extraviaba un documento, se tardaría sólo cuatro días en encontrarlo después de recorrer todos los escritorios. Mejor sistematización burocrática ni en el Pentágono.

Siguió el estudio y las nuevas secciones creadas — control sistematizado, evaluación periódica, ajuste de etapas — desembocaron en 17 empleados más.

Todo aparecía hermosamente redondeado, cuando uno de los proyectistas objetaba:

— Los asesores suelen desenchufarse en sus dictámenes. Convendría guiarlos en su trabajo.

Se añadió el departamento de asesoramiento de los asesores. Seis funcionarios más.

A esta altura el Subsecretario se azoraba: él, solo, tendría que manejar más de 200 empleados y 66 reparticiones. Tratado el caso se creó la Subsecretaría General y cuatro subsecretarías secundarias. A la primera se le asignó dos nuevas oficinas: una de incentivación y otra de control sistematizado de cuanto entrare y saliere a la Subsecretaría General. Más empleados.

El segundo día se trabajó durante ocho horas consecutivas. El análisis fué implacable para que todo ajustara debidamente. Brillaron iniciativas de toda laya, nuevas secciones, supresión de otras, cortes y añadidos; y al cabo el flamante organigrama de nueva organización del Ministerio salía tan armonioso, compacto, redondeado, subdividido y contrabalanceado en sus partes constitutivas, que se diría una estructura geométrica de inigualada perfección. No había resquicio para la crítica.

Al dibujar el esquema final, aun se agregó las subasesorías y las inspecciones de primera y segunda categoría. A esta altura el personal del Ministerio totalizaba la respetable cifra de 288 empleados.

— Cuatro veces más que antes: esto es ocupación plena y repartición del esfuerzo en mínima regulación productiva — anotó un indiscreto.

Otro, más cauto, preguntaba:

— ¿Y se ha previsto cuántos huevos locales, oficinas, escritorios, máquinas, servicios e implementos se requerirá para el frondoso nuevo Ministerio?

— ¡Cállese! — mandó el Subsecretario. Nosotros planificamos y el gobierno paga.

El plan de reorganización del Ministerio, estudiado, analizado y perfeccionado en tres días y tres noches, pasó en revisión a las oficinas técnicas de la Presidencia de la República.

En dichas oficinas técnicas sin cuya aprobación ningún proyecto de los ministerios podía cobrar vida, se encontró cuasi perfecto el nuevo organigrama, salvo ligerísimas adiciones que en nada alteraban su constitucional estructura.

— Es bueno este estudio — expresó el Director de las oficinas técnicas de la Presidencia de la República — pero como los partidarios del Gobierno crecen sin cesar y las adhesiones al partido oficial también, mejor le agregamos un veinte por ciento más de funcionarios y empleados que después veremos cómo se distribuirán.

Así el organigrama del Ministerio aumentó de largo, de ancho y en profundidad. Ahora se trata de organizar y distribuir científica y técnicamente el trabajo de 500 personas.

EL ENCUENTRO

Andaba, en ese tiempo, en la flor de la edad: treinta años, sano, rico, viajaba cuando le venía en gana. Componía música y coleccionaba cuadros por afición sin que le importaran crítica ni éxitos. Mimado en la familia y en la sociedad estaba habituado a imponer su voluntad, sin abusar del privilegio que le brindaba su don de simpatía. Era un hombre feliz.

Ricardo Fanerolles, amigo de sus amigos, codiciado por las mujeres, envidiado por todos. ¿Pero qué sabían los otros del río interior de Ricardo Fanerolles? El afortunado no era, en el fondo, un hombre feliz. Buscaba, hacia tiempo, la mujer ideal para fundar familia, el ser amado al cual consagraría su vida. Y no lo encontraba acaso porque exigía demasiado: soñaba con un rostro maravilloso que de sólo mirarlo uno quedaría deslumbrado; un cuerpo perfectísimo; debería tener, además, la elegida inteligencia, finura de trato, bondad, adaptarse a su carácter, ser unas veces alegre y vibrante, otras serena y recatada. Adivinar sus deseos y amarlo intensamente. En suma: la compañera insustituible, aquella cuya presencia jamás cansa.

Pedía mucho y naturalmente la imagen ideal no podía corporizarse en las mujeres que conoció.

Ellas se descartaban por sí mismas. A poco de tratarlas descubría fallas y defectos. Luego jamás se encontró con esa cara admirable que soñaba, la que al primer impacto visual debería cautivarlo en cuerpo y alma para siempre. ¡Bah, mujeres! Las había tantas, tantísimas, bellezas frías o interesadas, ardientes o astutas, de fingida indiferencia o de calculada precisión al tender sus redes. Decepcionado de no hallar lo que buscaba en su país, solía pensar que en sus vacaciones o en los viajes de negocios tropezaría con la beldad soñada. Más no fué así. Ni en el terruño ni en regiones extrañas descubrió lo que buscaba.

Bien: no se puede tener todo. El destino que se había sometido a sus caprichos se mostraba esquivo en lo único que lo acicateaba. Sus hermanos tenían lindos hijos, los bellos y queridos sobrinos; trabajaría para ellos. Sería un solterón impenitente. No daría con su ideal hecho mujer pero conservaría su hermosa libertad, la independencia que todos le envidiaban, el poder de decisión para ir donde se le antojara y hacer lo que le viniere en gana.

“Ricardo Fanerolles: qué tonto eres. ¿Para qué pides más a la vida si te lo dió todo? Algo tenía que faltar en la tuya para que se redondee impecable. Si encontraras la mujer soñada ¿qué anhelo o qué sueño misterioso encantaría tu existencia?”

Viajaba en el expreso de Marsella a Paris para asistir a un concierto de Backhaus. El maestro envejecía pero aun conservaba el fuego y el virtuosismo de su arte: escuchar en cuatro noches las 32 sonatas para piano de Beethoven sería prodigioso. Luego buscaría en las librerías el “Hesperus” de Jean Paul, recién traducido al francés. Volvería al Louvre. Visitaría las disqueras en busca de nuevas grabaciones de música clásica. Cenaría con una linda muchacha, después se

acostaría con ella y a la mañana siguiente la despediría con una suma honorable. Una vibración interna lo estremeció: ¿con quien compartiría las sensaciones de la temporada parisina, con una desconocida? Sus amigos franceses eran pocos sin llegar a la intimidad, y esos hombres de Lutecia tan pagados de sí mismos tan creídos de su pretensa superioridad intelectual, no invitaban a la confianza. El hombre feliz tenía que transcurrir en soledad.

Retomó la lectura de su Tolstoy mientras el tren corría vertiginoso. Sumido en el interés de la narración no se dió cuenta que el expreso reducía su velocidad hasta detenerse. Eran raras sus paradas y siempre muy breves; ¿para qué suspender su lectura? Pero una luz que venía de la derecha lo distrajo: su vagón estaba detenido frente a otro vagón de un tren que seguramente iría en sentido contrario. En la ventanilla del frente una mujer cuyos ojos miraban al sesgo como la Sibila Déléfica, lo contemplaba fijamente. ¡Dios santo! Era ella, ella, la cara largamente idealizada... El rostro maravilloso que apenas entrevisto ciega para siempre. Quiso saltar, gritar, hacer ademanes comunicativos, pero la sorpresa lo tenía paralizado; sólo sus ojos, desorbitados, asombrados, expresaban el júbilo y la tensión del encuentro. Bajo el fino velo de tul la cara de la desconocida irradiaba belleza y comprensión. Seguramente adivinó la conmoción emotiva del viajero, pues su mirada despedía ternura y una leve sonrisa se esbozó en la boca encantadora. Ricardo aturdido, embelesado, cautivado y desesperado alternativamente no sabía qué hacer. Fuese curiosidad, gratitud por la admiración despertada, o simple coquetería femenina, la mujer acentuaba la sonrisa y una inquietud furtiva ardía en sus ojos. El hombre vibraba de impaciencia. ¿Llamaría al guarda, abandonaría el tren, correría hacia la desconocida? Ciertamente: ella correspondía a su llamado, de otro modo no sostendría su mirar ansioso ni se dibujaría la sonrisa alentadora en sus labios. Ella lo comprendía; más aún: lo amaba. Ella, la elegida, la tensamente esperada, la por fin encontrada. ¿O sería más bien indiferente, se estaba burlando de su loca presunción, o ese fondo de ternura que duerme en toda mujer la inducía a responder con bondad a su desatada pasión? Porque de eso estaba seguro, segurísimo: la pasión había estallado en su pecho apenas divisó la cara hermosísima. ¿Correría a su encuentro? ¿Llamaría al guarda? ¿O no debía perder un instante de la visión radiosa? Sus pensamientos volaban, se estrellaban como pájaros locos en el vidrio de la ventana que no se atrevía a levantar por temor a disgustar a la joven. Y ella seguía devolviendo sus miradas, no tan atrevidas ni fogosas, pero sin disimular su interés. Mientras la contemplaba cruzaron mil ideas por su mente: era ella, la tan largamente esperada, sería su esposa, su amiga, su consejera, la musa eternamente joven que daría frescura a su vida, y le daría hijos bellos, inteligentes, harían viajes deliciosos por el planeta, compartirían penas y alegrías, ella siempre linda, joven siempre, fina, inteligente, comprensiva... Y la desconocida captaba sus ideas, las retribuía porque su mirada límpida y su sonrisa misteriosa sugerían más de lo entrevisto.

Estaba a punto de levantarse para correr hacia la desconocida, cuando el expreso comenzó a moverse lentamente. Se levantó del asiento, su cabeza se dió contra el vidrio, su rostro, sus manos, todo él expresaba un dolor acentuado. Entonces la dama, condolida de su angustia o complacida del furtivo encuentro, hizo con la mano un afectuoso gesto de despedida mientras la sonrisa profundizaba el encanto enigmático del rostro que se alejaba en sentido contrario.

Folgerolles llamó al guarda: tenía que bajar inmediatamente. La ofreció una gruesa propina si hacía detener el tren.

— Imposible, señor — dijo el guarda — ya perdimos dos minutos en la parada imprevista y no podemos detenernos hasta Paris.

Tuvo que morder su rabia. Pero no importaba, llegando a Paris averiguaría quienes componían el pasaje del convoy que se perdía hacia Marsella. Olvidado de Backhaus fue a la Estación, luego a una agencia de detectives, hasta que obtuvo la lista de los pasajeros del rápido a Marsella: en ella figuraban 137 mujeres: ¿cómo identificar a la desconocida? Tres semanas después la agencia de detectives declaraba clausurado el caso: había seguido la pista a más de 80

personas; las otras debían ser viajeras que ya estarían rumbo a otros países, a las cuales era poco menos que imposible perseguir pues carecían de todo indicio para individualizar a la desconocida.

“La joven del tren” — la bautizó Ricardo y soñaba con ella dormido y despierto. Pero no volvió a verla.

Pasaron los años, tantos que ya tenía remontado el medio siglo y contaba con sobrinos-nietos. Los tiempos eran duros: ahora viajaba no por descanso sino para salvar los negocios en riesgo.

El expreso de Paris a Marsella corría vertiginosamente. Abstraído en la conferencia que debía celebrar en el puerto, Ricardo no pudo abrir la novela de Romain Gary. Ideaba argumentos, hacía planes, cálculos para convencer a los socios marseleses. ¡Al diablo con los negocios! Fríos, estériles, implacables, más desaparecidos otros miembros de la familia él tenía que velar por cuñadas, sobrinos y toda la parentela.

Sumido en sus reflexiones no advirtió que el tren frenaba su marcha hasta detenerse. Una luz que procedía de la izquierda atrajo su atención: en la ventanilla del frente una pasajera lo miraba con atención. ¡Dios santo! Si era ella, ella, la dama del rostro maravilloso, no tan fresco, no tan joven pero siempre tan bello y atractivo. Lo miraba con dulce insistencia y la sonrisa se tenía de una suave melancolía. Le pareció que el tiempo retrocedía veinte años. Ya no tuvo el sobresalto ni la angustia de la primera vez, acaso porque carecía del entusiasmo de la juventud, pero se levantó para ir a buscarla y nuevamente el expreso se alejaba, se alejaba y la señora del convoy opuesto le hizo un ademán amistoso de despedida como cuando dos viejos conocidos se vuelven a encontrar para volver a separarse.

Y cuando el tren de Paris a Marsella reanudó su loca carrera Ricardo comprendió que la mitad de su vida, la mejor, la vida no vivida se desvanecía definitivamente en el tiempo de las cosas que no pueden suceder.

TEMOR

Cuando ella se fué se llevó la alegría de la casa. Todos quedaron como fulminados. Era tan linda, tan buena, sabía dar a cada cual el trato adecuado a su temperamento. La lloraron largamente. Después el vacío y el estupor de los primeros días del duelo. Luego la vida reanudó su curso habitual y se evitaba nombrarla para no aumentar la pena.

Naturalmente el más afectado fué el marido, un abuelo joven todavía al cual hijos y nietos querían con el mismo cariño que a la desaparecida.

Los cinco nietos la extrañaban mucho, porque ella compartía sus juegos, satisfacía pacientemente sus preguntas, se acomodaba al genio sorpresivo y cambiante de los niños. Y el más pesaroso era sin duda el pequeño Conrado de siete años, el de corazón más sensible a quien de cualquiera cosa le acudían lágrimas a los ojos a pesar de que era, también, el más díscolo de sus hermanos. Impetuoso y sentimental, pasaba por el predilecto del abuelo. Ella, la ausente, prefería a Julia Elena la primera nieta.

Aunque todos guardaban respetuoso silencio ante el dolor y las lágrimas furtivas del abuelo, la relación entre éste y Conrado adquirió un nuevo sesgo. El niño buscaba su compañía con más frecuencia. Si lo veía triste nunca preguntaba por qué. Cuando lo hallaba trabajando el niño cogía un libro y se ponía a leer muy quietecito. Pero cuando el abuelo no estaba ni muy apenado ni muy ocupado, Conrado le pedía que lo llevara a pasear al parque o entablaban dulces conversaciones. Entonces las voces del abuelo y del nieto sonaban como una sonata de violoncello y de violín, grava y profunda la del abuelo, aguda y tensa la del nieto.

Pasaron los días. La pena del abuelo no decrecía aunque él se esforzaba por esconderla. Y en el niño se operaba una secreta transformación: él, tan alegre, bullicioso, inquieto, a ratos solía ponerse pensativo como reconcentrado en sus pensamientos. El abuelo se alarmó: "no es posible que el niño sienta el dolor con tal intensidad — se dijo — evitaré sus cavilaciones. Procuraré distraerlo, ya que es mi pena la que se refleja en sus silencios. Esto es morboso, debe terminar."

Comenzó por esconder sus lágrimas. Cuando el nieto entraba a saludarlo y alguna vez el llanto asomaba a sus pupilas límpidas, arrancándole también lágrimas furtivas a él, solía decirle:

— Conrado: los hombres no lloran, no deben llorar. Además ella está en el cielo y vela por nosotros.

Una noche después de, haberse despedido para ir a la cama, el niño sintió la curiosidad de oír lo que hablaban los mayores, y se quedó detrás de la puerta del comedor escuchándolos.

Consolaban al abuelo y le pedían que viajara para sacudirse de la pena.

— Los recuerdos te están consumiendo — expresaba el hijo mayor — tienes que apartarte de ellos.

Y la nuera, solícita:

— Tiene usted que viajar. Si ella estuviera entre nosotros le pediría lo mismo.

Siguió una charla algo confusa que el niño no recogió bien hasta que resonaron claramente las palabras del abuelo.

— No se aflijan, no se aflijan. Sé que debo resignarme. Dios nos envía la dicha y la amargura. Pero no me conformo al pensar que aun era joven, sana, y que pudo durar siquiera diez años más...

En los días subsiguientes el abuelo advirtió que Conrado, aun conservando su carácter inquieto e impetuoso, solía recaer en períodos de mudez y recogimiento. Otras veces se le acercaba como si estuviera a punto de formular un deseo y cuando se aprestaba a escucharlo el niño variaba de actitud o formulaba una pregunta banal de esas que se responden casi en modo automático. Conrado era un niño precoz. ¿Qué pensamientos asaltarían su cabecita?

Se realizó el viaje. El abuelo volvió de Europa tras una gira de tres meses acompañado por Fedora, la hija segunda, la que se esforzó vanamente en prolongar el viaje hasta Grecia y las islas del Egeo.

— No puedo más — dijo el abuelo — extraño a mis nietos.

Reincorporado a su vida hogareña el abuelo comprendió que debía liberar a la familia de toda preocupación. No se vieron asomar lágrimas a sus ojos. Escondió su tristeza. Y se esforzó por demostrar que estaba feliz entre los suyos.

Amaba por igual a sus cinco nietecitos, pero Conrado siguió siendo el que mayor afinidad tenía con él, parecía adivinar sus deseos, hacía y decía lo que a su juicio gustaría al abuelo y una cálida ternura brotaba de sus labios infantiles cuando se aproximaba al afligido.

Pero el abuelo observó que la antigua inquietud no parecía haber abandonado al niño. Guardaba algo en su interior, algo que deseaba y no se atrevía a revelar. Era el mismo niño entusiasta y versátil, atrevido a veces, otras reflexivo, pero el abuelo advirtió que en compañía del resto de la familia Conrado jamás incurría en recogimiento; era sólo con él, con el abuelo, que solía

ponerse pensativo como si estuviera a punto de revelar un secreto que se negaba a darse a conocer.

Una mañana soleada el niño vino a visitarlo en su Estudio. Lo abrazó con nerviosa efusión y sin poder retener el llanto Conrado preguntó:

— Abuelo: ¿no es verdad que tú me has de durar todavía mucho tiempo?

ENVIDIA

Jorge Brown y Felipe Mostacilla iban a cazar vizcachas, nada excitante como la caza del guanaco cuya extrema agilidad lo distancia en pocos segundos del cazador. Pero matar guanacos estaba prohibido por ley y había que contentarse con el prosaico derribe de vizcachas, que por su color se mimetizan en el paisaje y carecen de la velocidad para evadirse a los buenos disparos.

Amigos desde la escuela, cuarenta años de amistad los unían. Amistad sin nubes porque escritor el uno y contador el otro sus profesiones no se tocaban, no había lugar para los celos. Además Felipe reconocía la superioridad intelectual de Jorge, aceptó desde el tiempo moceril un segundo plano en relación al amigo al cual seguía y admiraba con fiel decisión. "Es un triunfador — pensaba — y yo me contento con ser su amigo y seguidor." También Brown quería con sincero afecto a Mostacilla: compañero ideal, siempre dispuesto a seguirlo en cuanto emprendía, y por ello lo protegía lealmente. Le ayudó a construir su casa, lo empujó en su carrera mercantil. Se prestaron, mutuamente, tantos favores que perdieron la cuenta. Luego, en la amistad, no caben balances y cada cual servía al otro como si se tratara de su propia persona. Inseparables, con cierta afinidad de ideas y de gustos, jamás se les conoció distanciamiento, pues los frecuentes viajes de Jorge Brown ahondaban la nostalgia de su presencia en Felipe Mostacilla, y no daba lugar al trato diario, incesante por años, que muchas veces por fatiga o por hastío perturba la buena amistad.

Nada pudo separarlos: ni la diversidad de actividades, ni la atención de sus respectivas familias, ni la política, ni el desnivel de posición económica y social. Se profesaban cariño entrañable, se prestaban grandes y pequeños servicios y su relación afectiva era tan sutil que no se podía discernir si Jorge necesitaba más de Felipe o si Felipe era más imprescindible a Jorge. Unión perfecta, la suya, sin nubecillas porque siempre el uno estaba dispuesto a sacrificarse por el otro.

Los años pesan, el genio cambia, pero la amistad de Brown y Mostacilla no revelaba alteración.

La caza de vizcachas, los domingos, era el pasatiempo favorito de los dos amigos. Mejor tirador Jorge, solía volver con varias piezas en el morral; Felipe se contentaba con una o dos pues nunca pretendía emular con el amigo. "El me aventaja en todo — pensaba Mostacilla — es el mejor." Y Brown, reconocido, se decía: "Qué noble es Felipe, jamás pide el primer puesto."

Ese domingo un sol radiante caía sobre el duro altiplano. Se internaron por la sierra. Después de una larga caminata amenizada con burlas, recuerdos y alegres diálogos, llegaron a un lugar frecuentado por las vizcachas. Antes de emprender la cacería, mientras chupaban mandarinas para apagar la sed, Brown estalló en efusiones:

— Hermano: ¡Pero qué burro soy! Hoy es tu cumpleaños y recién lo recuerdo.

Y sacándose el reloj de oro de la muñeca lo entregaba al amigo:

— Toma, es mi regalo.

Felipe lo aceptó murmurando:

— Tu siempre tan generoso.

— Al punto Jorge replicaba:

— Tu fidelidad vale más que ser generoso.

Una fina grieta de disgusto se abrió en el ánimo de Mostacilla. "¿Fidelidad —se preguntó— por qué? Fieles son los perros, los amigos sólo puedan ser leales." Pero instantáneamente reprimió el resquemor. Brown lo quería, se lo había demostrado en cuarenta años de amistad innumerables veces. No podía ofenderlo ni pretender someterlo a su poder. "Estoy envejeciendo —pensó— me asaltan dudas y temores que antes no tenía."

Jorge no reparó en la reacción del amigo.

Comenzaron a trepar monte, aguzando la mirada para procurar distinguir a las vizcachas sobre el pardo de la tierra. De tanto en tanto se detenían:

— A veces me flaquean las piernas — dijo Felipe — ya no somos los ágiles trepadores de antes.

— ¿Te parece? — replicó Jorge — pues yo me siento fuerte y ágil como siempre.

— Es que haces gimnasia y te mueves mucho — aventuró Mostacilla —. Yo, en cambio, sedentario, detrás de mi escritorio, me estoy anquilosando.

— Vamos, vamos, no exagere. Si hiciéramos una carrera, todavía me la ganarías.

— Pero si nunca te gané una carrera — y el tono del amigo era levemente quejumbroso.

De pronto una manchita se movió en la quebrada. Alcanzaron a divisar las orejas erguidas.

— ¡Cázala! — profirió excitado Mostacilla.

— No — repuso Brown — tú eres el festejado y te corresponde el honor de comenzar la cacería.

Felipe apuntó cuidadosamente y falló el tiro. Desapareció la vizcacha. La segunda presunta víctima también escapó. Cuando ubicaron la tercera vizcacha, Mostacilla disgustado exclamaba:

— Es tuya. Yo no le acertaré.

Efectivamente, así fué: Brown la cazó de un certero disparo. La cacería prosiguió por espacio de dos horas, esmaltada por risas, accidentes y joviales comentarios. Felipe estuvo a punto de rodar cerro abajo por un resbalón. A Jorge se le disparó la escopeta y por un tris no se le incrustó algún perdigón. Pero el ardor de la caza los mantuvo alerta, olvidados del cansancio físico.

En un repecho del monte hicieron alto. Contaron las vizcachas: 7 derribadas por Brown, 2 por Mostacilla.

— Te cederé dos de las mías — irrumpió Jorge— así yo volveré con 5 y tu con cuatro.

Habituado al desprendimiento del amigo Felipe sintió una rara desazón. "¿Por qué yo siempre el protegido y él el protector? Ni si quiera en cazar vizcachas puedo igualarlo." Pensamiento intruso; lo rechazó prontamente como al anterior. ¿Qué le pasaba?

Conversaban en el descanso.

— Hemos hecho caminos diferentes pero los hemos hecho — decía Jorge —. No podemos quejarnos.

Y hacia un recuento de lo vivido y lo logrado por cada cual. Felipe advertía, receloso, el cuidado que ponía para disminuir lo suyo y atribuir al amigo los éxitos mejores. Pero no había sido así, sino a la inversa.

Mientras Brown agotado el recuento de sus vidas encendía su pipa y meditaba, Mostacilla, perplejo, desalado, miró en ese interior profundo en el cual, antes, nunca reparó: todo eso que sedimentado, escondido, se vino acumulando año tras año, incidente tras incidente. Su mujer, sus hijos, su casa, sus ascensos, sus pequeños éxitos, la manera de resolver los contratiempos, su pequeño prestigio, su escaso don de simpatía, todo, todo confrontado con las cualidades y las victorias del amigo aparecía disminuido, en una opacidad constante, como si para Jorge todo fuesen claridades y para él, Felipe, únicamente las sombras. ¿Cómo no había reparado en ello? No se trataba solo de su evidente superioridad física, e intelectual, sino de esa cualidad indefinible que no se puede explicar: "él cae bien a todos y en cualquiera circunstancia, en tanto yo me reprimo, hablo y actúo poco, si: soy un tímido, un reprimido, mientras Jorge me aventaja porque es audaz y rápido para obrar." ¿No había sido así, toda una vida? El delante, llevándose aplausos y victorias, en lo grande y en lo mínimo. Yo siempre a la zaga, beneficiándome de los rayos del victorioso, porque sin él habría sido aun más oscuro... ¿Por qué, por qué? Brown era bueno, noble, sin duda, su mano generosa nunca le faltó; ¿pero no sería así porque lo tenía como encadenado a su compañía, a su manera de ser, a sus deseos? En realidad Felipe nunca le negó nada, pero tampoco Jorge se esquivó en trance alguno. Por eso los tenían por los amigos perfectos. Cierto. Pero también la imagen de lo evidente se abría campo en su espíritu: Brown siempre adelante, Mostacilla siempre atrás. Era un segundón, la sombra o el complemento del vencedor. Su alma pacífica se rebeló. Los buenos tragos de cognac le infundían ardor. ¿Por qué siempre Jorge el primero, por qué? El podía vencerlo, aunque sólo fuera por una vez... ¡Claro que podía vencerlo! Era cuestión de voluntad: proponerse y hacerlo. También los de atrás pueden pasar a la primera fila. Sintió que el ala del rencor rozaba sus sienes. Se avergonzó un instante, luego la larva escondida tantos años creció, creció hasta oscurecer el sol de su nobleza: tenía que vencerlo, a cualquier precio, conocer el sabor de la victoria sobre el más fuerte, y humillarlo, aunque sólo fuera una vez, una sola vez, pero humillarlo.

Levantándose bruscamente del pedrón, gritó desafiante:

— ¡Te apuesto que yo derribaré a la última vizcacha!

Brown lo miró asombrado: jamás Mostacilla se atreviera a desafiarlo. "Euforia del cumpleaños o ardores del cognac" — pensó. Y aceptó la apuesta.

Ubicada la presa, a corta distancia, Felipe levantó la escopeta y apuntó. La vizcacha se movió un largo trecho y se detuvo. La distancia aumentó considerablemente, pero aun estaba a tiro.

Felipe vaciló:

— Dispara tu primero — dijo — después yo.

Jorge había advertido la nerviosidad del amigo. El tono acre de su voz. ¿Qué le pasa? se preguntó. Luego mientras se preparaba cuidadosamente para el disparo, lo asaltó el pensamiento de la lealtad del amigo, siempre a su zaga. Un sentimiento de simpatía más que de compasión brotó en su alma; sí: Felipe tenía derecho a vencer, a superarlo aunque sólo fuese una vez y a pesar de que ello podría cambiar la limpia relación de amistad que los ligaba. Este sería su

verdadero regalo de cumpleaños. El erraba rara vez el tiro, mas ahora lo haría como homenaje al amigo y sin dejarle entrever su deliberada acción.

Apuntó cuidadosamente y luego elevó la mira unos milímetros, lo suficiente para dejar escapar a la presa.

Retumbó el disparo, se estrellaron los perdigones contra el cerro y la vizcacha huyó.

— ¡ Ja, ja, ja, ja, ja ! — gritó Felipe — ahora verás cómo yo le doy a la próxima.

Y tuvo suerte, porque después de un largo cuarto de hora de espera y de un corto recorrido, un animalito se puso próximo a ellos, tan próximo que era poco menos que imposible errar. Y no erró: la última vizcacha entraba gloriosamente al morral de Felipe Mostacilla.

— Ganaste — dijo Brown afectuoso palmeándole el hombro — pero no dijimos el precio de la apuesta.

— ¡Oh, lo que tu quieras! — replicó Felipe — whisky, cigarrillos, un libro, cien pesos, lo que tu escojas... Y la cara le resplandecía de contento.

Nunca supo Jorge Brown el peligro corrido, porque si él hubiera acertado a cazar la última vizcacha, es probable, aunque no seguro, que Felipe Mostacilla habría cobrado la presa humana en vez de la vizcacha.

LO QUE SE DEJO CAER

Caminaba distraído por la arena del parque, cuando un brillo inusitado hirió su vista. Se acercó y recogió el objeto: unos anteojos oscuros de uso corriente a no ser dos pequeños triángulos manera de adorno sobre el arco superior. Probablemente pertenecían a un niño porque no pudo probárselos: su cabeza no entraba en brazos laterales. Pensó arrojarlos a la hierba o dejarlos en banco, para que su dueño los encontrara si volvía en su búsqueda.

Dieron las campanadas del mediodía en un reloj cercano. Podía prolongar el paseo antes del almuerzo. El parque estaba vacío, como a él le gustaba. Se sentó en un banco y se sumergió en la contemplación del paisaje: la fuente, los altos árboles, el kiosco y los bancos de estilo sevillano, unas macetas de claveles. Faltaban niños y bicicletas, pero mejor: así sus gritos no turbaban la placidez del instante. La iglesita con su blanco campanario resaltaba en el cielo azul y sus tejas rojas acentuaban el cromatismo de la escena. Una mariposa bermeja vino a posarse a pocos pasos. Llenó sus pulmones con el aire puro y fino de la montaña. ¡Qué linda mañana, y cuán bella la soledad! Tenía en las manos los lentes encontrados y los movía suavemente cuando advirtió que los brazos de la montura se abrían lo mismo hacia adentro que hacia afuera. Los puso en posición horizontal y pudo mirar a través de los cristales. Al principio todo aparecía como siempre, a no ser el tono oscuro de la visión, tirando a sepia anaranjado. Lentes sin receta del óptico, pues no aumentaban, disminuían ni deformaban nada. "Sólo para defenderse de la fuerza del sol" — se dijo.

Siguió mirando a través de ellos y súbitamente el paisaje pareció enloquecer: sus líneas y sus formas se agitaban como sacudidas por una tempestad. Todo cobraba distinta apariencia y surgían cuerpos extraños, jamás vistos. Una aglomeración aterradora de picos filosos, como si la cordillera se hubiese aproximado a la ciudad. Los árboles de troncos delgados subían, subían hasta perderse en las nubes; no se les veía las copas. Como escalas increíbles del cielo descendían raros artefactos con ruedas montados cada cual por una sola persona, y otros ascendían a lo alto en profusión. Cruzaban, además, insólitos animales, unas lagartijas empenachadas de colas abiertas en abanico, una especie de perros bigotudos de seis patas, y aves que en vez de volar abrían las alas y sólo se movían a saltitos. Todo en intenso movimiento, de cosas y gentes que parecían ondular al conjuro de una fuerza invisible...

El profesor de filosofía quedó perplejo: contemplaba algo inaudito, no, no era posible. Se alejó de los lentes oscuros y el paisaje recuperó su anterior placidez, el fino dibujo de una organización equilibrada. No había nada raro en él. ¿Fue una ilusión, una perturbación óptica, había soñado? Sacó el pañuelo, limpió cuidadosamente los anteojos oscuros y luego con precaución, temeroso, volvió a mirar por ellos: el paisaje volvió a transformarse en el pandemonium, constituido todo por formas extrañas de intensa movilidad. Era absurdo, pero era así: retiraba los lentes y todo volvía a la normalidad, atisbaba por ellos y regresaba el escenario irreal. Tres, cuatro, cinco experimentos y el fenómeno se repitió.

Contrario a soñadores y espiritualistas — ni Platón lo convencía — él seguía la línea Aristóteles-Descartes-Kant, ver, comprobar, razonar, nada de extravagancias mentales ni de ensoñaciones inverosímiles. El mundo era único y concreto. En pleno mediodía no pueden suceder cosas fantásticas ni transformaciones monstruosas. No, no podía ser... Era presa de una alucinación. Había estudiado mucho por la época de exámenes y su mente, fatigada, padecía el exceso de trabajo. Pero su carácter era mayor que su fatiga. Cerró los ojos, se reconcentró y mandó a su ser: "nada tengo, fuera falsas visiones, sólo lo real, sólo lo real." Aspiró hondamente y ya seguro de sí se acercó los lentes oscuros: había sido un desequilibrio visual, nada más. Todo volvería a lo normal.

Pero no fue así, porque apenas su vista se filtró por los anteojos, se reanudaron las escenas irreales, acrecentadas por enormes caras, cabezas sin cuerpo que flotaban transparentes con muecas burlonas.

Descansó largos minutos: ya pasaría, porque así como en la jaqueca se ven estrellitas, algún padecimiento orgánico pasajero puede provocar trastornos mentales o visuales. Descansó y luego volvió a coger los anteojos. El paisaje insólito reaparecía, siempre, detrás de los cristales sepia-anaranjados, siempre distinto, siempre turbulento.

Regresó a su casa. Enseñó los lentes oscuros a su padre, a sus dos hermanas, al mozo. Los cuatro miraron a través de ellos mas nada comentaron porque nada vieron a no ser la imagen habitual del paisaje oscurecido por el color de los anteojos. El profesor de filosofía no quiso revelar lo acontecido: se burlarían. Además, con fría lógica, comprendió que el fenómeno sólo se producía para él — veinte experiencias acabaron veinte veces igual, sustituyendo lo real por lo irreal — y reflexionó que sólo un oftalmólogo podía sacarlo del enredo.

Fuese a verlo. Felizmente se trataba de un amigo. Narró los hechos viendo crecer el asombro en la cara del facultativo. Este examinó primero los lentes y sentenció:

— Simples cristales de color para atenuar el rigor de los rayos solares.

Luego sometió a detenido examen al paciente con auxilio de aparatos modernísimos. Su sentencia fue definitiva:

— Vista absolutamente normal, más aguda. No requerirás de lentes ni de viejo.

Ante la insistencia del filósofo, el oculista miró a través de los lentes, dos, tres veces. No vió nada que no estuviese dentro de lo normal.

Emitió el diagnóstico final con discreción para no alarmar al amigo:

— Te garantizo que no es nada visual. El órgano de la vista, en tí, es absolutamente sano y funciona a perfección.

— ¿Entonces, entonces... crees que se trate de un fenómeno psíquico, algo mental?

— No puedo decirlo — replicó el oftalmólogo. También existen desarreglos digestivos u orgánicos que producen fenómenos visuales.

Tuvo nuevamente el deseo de arrojar lejos de sí los lentes encontrados, de pisotearlos, de hacerlos desaparecer. Con ellos desaparecería su zozobra. Pero el objeto poseía una extraña fascinación: era odiado y deseado a la vez. Le permitía ver lo que nadie veía y esto lo amarraba a los anteojos.

Después de unos días, se decidió a consultar a un psiquiatra famoso, a quien no conocía personalmente de modo que éste daría su opinión sin consideraciones de ninguna clase, ateniéndose solamente al proceso científico, si es que puede haber un proceso científico en alucinaciones como las que el filósofo padecía.

La sala de espera estaba vacía. Tuvo que aguardar un tiempo. Era una sala grande, de grandes ventanas por las que entraba el sol. A las seis de la tarde, todo lucía nítido y tranquilo. Mobiliario de primera clase, un estante con libros, una mesita con revistas y por la ventana central árboles y edificios en lejanía.

Extrajo los lentes y miró por ellos; el cambio fué instantáneo: ahora veía unos puentes fabulosos que cruzaban de horizonte a horizonte. La perspectiva se alongaba a manera de embudos dentro de embudos, hacia un confín sin término. Poliedros por todas partes, grandes masas irregulares. No circulaban gentes ni vehículos por las anchas avenidas flanqueadas por edificios achatados, pero unas cadenas serpentiformes de luces verdes se movían sin descanso. Comprendió: contemplaba un paisaje nocturno... ¿Pero cómo podría ser de noche si era de día? ¿Estaría enloqueciendo? Retiró los lentes oscuros y volvió la normalidad. Miró otra vez por ellos y vió como, a través de una curiosa vegetación de árboles ralos, avanzaba hacia él una masa gris de seres elefantinos, sin trompa pero pesados, con cuernos relucientes que no demostraban ser de marfil. Fantasmas o deformaciones de elefantes, sin duda. Y detrás de ellos un castillo inmenso, extendido como una franja circular, cerraba el paisaje...

— Pase — dijo la enfermera.

Guardó los lentes y levantándose se introdujo al consultorio del famoso psiquiatra.

Un cincuentón de buena presencia y ademanes reposados lo recibió acogedoramente. Escuchó el largo relato del profesor de filosofía, con paciencia y hasta bondad.

Después de varias sesiones en las cuales el paciente narró su infancia y juventud, el sabio sentenciaba:

— Ningún trauma psíquico que explique lo actual. El examen psicoanalítico nada revela. Usted no está enfermo mentalmente ni padece complejos de ninguna naturaleza. No sé a qué atribuir las visiones que describe.

Reflexionó unos instantes y luego añadió:

— El caso es difícil pero la solución sencilla: arroje al río los lentes y se librá de la obsesión.

Pero el profesor de filosofía estaba como soldado a los anteojos: no quería separarse de ellos y los llevaba siempre consigo. Les temía y los amaba alternativamente.

Su vida prosiguió normal, a no ser las ocasiones en que se colocaba detrás de los lentes oscuros y estos le devolvían inevitablemente imágenes rarísimas. Solía pasarlos a otras personas momentáneamente para indagar si ellas contemplaban lo mismo que él, mas todas sus búsquedas resultaron vanas: nadie veía nada extraño.

Pasaron meses. El filósofo tenía conciencia de no estar loco, atribuyendo a una propiedad mágica de los anteojos la facultad de abrirle las puertas de un reino irreal; pero esa propiedad mágica ¿por qué sólo actuaba sobre su ánimo y no sobre los otros? Entonces no era una propiedad mágica, y el fenómeno sólo se producía cuando sus ojos entraban en contacto con el curioso objeto. Procuró desentenderse de la preocupación, pero lo cierto es que, al mirar por ellos, veía cosas más exóticas e inexplicables como aquella vez en que los lentes le mostraron un paisaje cóncavo que todo lo absorbía hacia sí, como si un remolino gigantesco estuviera sorbiendo el mundo, y había miles y miles de seres diminutos que se debatían sin poder evitar que esa fuerza loca los engullera. En el cielo se abrían grandes agujeros de siniestro resplandor. Y tuvo que suspender la visión porque sintió que el movimiento hacia lo cóncavo amenazaba llevárselo también a él.

Aumentaron el miedo y el deseo de saber. Sólo miraba a través de los lentes oscuros en pocas ocasiones, con largos lapsos de alejamiento para eludir la fuerte impresión de sus visiones.

Era absurdo, era irreal, no podía ser... y sin embargo sucedía. Los anteojos hallados en el parque proseguían devolviéndole imágenes que sólo él veía, nunca los demás.

Un día, conversando con un colega, el catedrático de química, acabó por confiarle lo que le ocurría. El otro meditó un rato y enseguida sentenció:

— Profesor, si usted se anima, yo tengo un tío medio misántropo, medio chiflado, pero que suele descifrar las cosas más raras.

Y lo condujo donde el tío que habitaba una casa vieja, pródiga en pasadizos y rincones disformes, en lo alto de una colina. El hombre los acogió sin disimular su frialdad.

— Perdone tío, dijo el de química. Vengo con un amigo que tiene un problema insoluble. Tal vez usted podría orientarlo.

— No hay problema insoluble — contestó el aludido — sino cosas invisibles que nos rodean sin que podamos conocerlas.

Escuchó con atención el relato del filósofo, cogió los anteojos y apenas miró a través de los cristales prorrumpió en exclamaciones de júbilo:

— ¡Maravilloso! Lo prohibido se torna accesible, lo invisible muestra sus caras. ¡Prodigioso! Esto sucede una vez entre millones de millones de veces. Nada me extraña, porque...

— ¿Entonces usted ve las cosas extrañísimas que yo veo? — preguntó ansioso el filósofo.

— Claro que sí — dijo el tío— cosas que sólo yo y usted podemos ver por razones que no debo explicar.

El químico se aventuró a preguntar:

— Pero tío, ¿de qué se trata?

El viejo se sosegó y con voz grave repuso:

— Estos anteojos han sido construidos para ver lo que pasa en otros mundos, muy distintos del nuestro. Alguien ha debido dejarlos caer...

Y no quiso decir más porque existe cierto tipo de ocultistas que cuando se vuelven herméticos no hay fuerza humana capaz de sacarles más.

AVENTURA

Julia y los dos niños se fueron al valle: pasarían dos semanas con los suegros. Pero Víctor Hugo no pudo acompañarlos porque la maldita oficina no le dió licencia. Seis días sin ellos —Julia tan linda, tan buena, tan hacendosa, los niños encantadores — se le antojaban seis infiernos. ¡Cómo los extrañaba!

Llegaron las fiestas de carnaval: tres días de bailes y holgorio. Víctor Hugo pasó los dos primeros en casa, leyendo, haciendo música, entretenido en su colección de estampillas. Rechazó invitaciones de amigos para ir a bailar. ¿A bailar, sin ella? Sería una traición. El tercer día la soledad lo apremió: ¿qué hacía encerrado como un idiota en la casa? Realizó un largo paseo sin que se calmara su vaga ansiedad. ¿Qué le ocurría? Eran la soledad, la ausencia de los muy amados, la falta de diálogo ¡Qué sería! De pronto se puso a pensar que él, solo, podía asistir al último baile de carnaval, a un baile público, en un club o en un hotel donde no suelen ir las parejas amigas que se divierten en reuniones privadas. Así nadie lo conocería y él se entretendría viendo cómo se divierten los demás.

Fuese al baile sin disfraz porque no se proponía burlarse de nadie ni mezclarse a la general algarabía, sino únicamente mirar, observar, tomar unos tragos, imaginar lo bello que habría sido tener de pareja a Julia. No, no bailaría con ninguna otra para guardar fidelidad a la ausente.

El "Sucre Palace Hotel", tenía dos grandes salas, la de recepciones y el comedor central. Habíase habilitado, además, el vestíbulo de modo que unidos los tres vastos espacios podían albergar medio millar de personas. Dos orquestas amenizaban alternativamente y los licores corrían a profusión. Las luces centelleantes caían sobre los disfraces exóticos e iluminaban las caras de los que no llevaban antifaces. Era un pandemonium de alegría: chisguetes, serpentinas y mistura se mezclaban con gritos, burlas, risas y exclamaciones de sorpresa. Una enmascarada se aproximaba a un varón, le deslizaba algo en voz baja y el hombre, desconcertado, no sabía qué contestar. Las parejas se arremolinaban y empujaban con desenfado. Los instantes que se detenía la orquesta, algunas personas seguían girando alegremente. Una euforia de vida circulaba en el vasto escenario. Abundaban los dominós, las máscaras y los antifaces, siendo pocos los que no los tenían. La mayoría buscaba el anonimato para divertirse mejor. Y en la balumba de disfraces y extrañas vestimentas, Víctor Hugo no vislumbraba ningún conocido. Mejor: así tendría plena libertad para observar a su antojo sin ser molestado.

De vez en cuando alguna pareja tambaleante. Otra que se apoyaba en el muro y se besaba discretamente. Ni faltaban los audaces que pretendían arrastrar a la danza a presuntas víctimas que se resistían con fingidas protestas. Las máscaras grotescas y las figuras de pesados movimientos contrastaban con bailarines ágiles y hermosos atuendos, confundiendo en un torbellino de formas y colores lo agradable y lo ridículo. En carnaval cada uno hace lo que quiere y viste como le da la gana. Saltan el niño o el diablillo travieso que llevamos dentro y todos se esfuerzan por olvidar la compostura cotidiana para dar paso a la libre expansión de los sentidos.

Una dama con antifaz soltó una bofetada. Otra, sin careta amonestó a su compañero de baile: "no ajuste tanto!" Más allá un dominó muy alto danzaba casi doblado con una figura diminuta. Dos desconocidos — el hombre de smoking, la mujer con un vestido de lentejuelas ceñido al cuerpo esbelto — bailaban en armoniosos giros: ¿quiénes serían? Y las frases breves, cortadas, entre risas, suspiros y grititos de temor reales o fingidos, corrían por el vasto recinto. Observando los mil incidentes del baile, de pronto un amago de pelea, más allá un hércules que sentaba a una gentil desconocida en el hombro contra su airada protesta, cuatro jovencuelos que se disputaban el derecho de bailar con una enmascarada de seductoras curvas, la extravagancia de algunos disfraces, la originalidad de otros, y ese rodar incesante de luces, imágenes, caras y vestidos, el solitario se sintió francamente entretenido. Había hecho bien en venir.

Una hora después, tres whiskys adentro, Víctor Hugo sintió la comezón de la soledad. Si Julia estuviera... ¿Por qué todos se divertían menos él? Lo invadió una suave melancolía que media hora más tarde y dos whiskys más se convirtió en mortal tristeza. No que se embriagara, porque era muy resistente y jamás se embriagaba, pero si ese estado infuso que unas veces estalla en euforia vital y otras desemboca en pesadumbre inevitable. Se condeció de sí mismo: pobre Víctor Hugo, eliminado de la general alegría, solo, triste, abandonado de los suyos. Ni siquiera un amigo con quien compartir impresiones.

"Lo mejor que puedo hacer es mandarme a mudar; ¿qué hago en este zafarrancho si ni siquiera tengo con quien bailar?" — pensó dispuesto a retirarse.

Ese instante miró a una mesa próxima: una mujer con antifaz, bellamente peinada y de atractiva silueta yacía, sola. Nadie se aproximó a ella. Se acercó a la mesa discretamente y la observó sin que ella reparase en su cercanía. El pelo recogido en rodete detrás de la nuca. Un cuello de finas líneas. El busto alto y firme. El vestido entreabierto dejaba ver la pierna torneada y el nacimiento del muslo incitante. "Una real hembra." Víctor Hugo decidió tirarse el lance.

"¿Sola, mascarita?" — preguntó insinuante.

La mujer no contestó.

— Perdone — insinuó Víctor Hugo — tal vez le ha molestado que le diga "mascarita", pero esa es la palabra que se usa en carnaval. ¿Prefiere que le diga señora o señorita?

— Dígame señora — repuso una voz armoniosa. Y el perfume que subía de la mujer era como para voltear al más indiferente.

Víctor Hugo tomó asiento junto a la desconocida:

— Discúlpeme — dijo — estoy solo, aburrido, hasta le confieso que algo triste. (Calló lo de Julia y los niños por supuesto): No sé qué extraño impulso me empujó hacia usted, al verla también sola...

Los ojos brillaron detrás del antifaz:

— Es verdad... Yo también estoy sola... Mi compañero se fué porque disputamos. Es muy terco y no volverá... Estaba por irme cuando usted se acercó... y...

— Claro, soy un intruso — replicó Víctor Hugo —. Perdóneme, pero la vi tan sola, tan atrayente y quise ahogar mi soledad en su compañía.

La dama sonrió descubriendo la dentadura perfectísima:

— ¿Y cómo sabe usted si yo puedo alegrar su soledad?

Víctor Hugo, radiante de esperanza, agregaba:

— No sé, usted es tan misteriosa, tan fina... Estoy seguro que pasar unos momentos a su lado será suficiente para quedar encantado.

— Todos los hombres son galantes cuando se proponen algo — insinuó la mujer del antifaz.

— No me propongo nada reprochable — protestó Víctor Hugo — sólo disfrutar de su compañía.

Conversaron amablemente. Víctor Hugo pidió el sexto whisky, ella un cognac. Se produjeron discretas confianzas. Al cabo el hombre interrogó:

— No sé quien es usted. ¿Y usted sabe quien soy yo?

La mujer volvió a sonreír:

— Quizás...

Pasaban los instantes y Víctor Hugo encontraba a la desconocida cada vez más seductora. Rozaba el brazo desnudo y una cálida sensación de voluptuosidad recorría su cuerpo: era una magnífica mujer.

— ¡Cuán hermosa es usted, y cómo quisiera estar en otro ambiente, tenerla para mí únicamente!

— Ya salieron los malos pensamientos — repuso ella.

El hombre se disculpó: se había explicado mal. No quiso decir eso, solo que si estuvieran lejos del torbellino de la fiesta podrían hablar más tranquilos, le pediría que se quitara el antifaz, podría admirar la perfección de su belleza.

La voz cantarina sonó risueña:

— ¿Y cómo sabe usted si soy bella? Podría ser que mi cara lo decepcione...

— ¡Imposible! — adujo Víctor Hugo — tengo la certeza de que es usted una mujer maravillosa.

La dama sonrió halagada. Inadvertidamente su mano tocó la del hombre y éste, enardecido, se atrevió a proponer:

— Señora (no sabía su nombre ni quería saberlo; ¿para qué? Era un hada y mejor que conservara el incógnito): no ha debido usted cenar. ¿Por qué no me permite que la invite? Pero no aquí, en otro ambiente más acogedor...

— Imposible — dijo ella — mi compañero es terco pero celoso. Podría estar esperando afuera.

Víctor Hugo se desconcertó mas luego volvía a la carga:

— Conozco al administrador del hotel. Podría pedir una pieza, cenaríamos, beberíamos champagne, pondríamos una música suave en el tocadiscos, bailaríamos, conversaríamos y tendríamos, ambos, un hermoso recuerdo de carnaval.

— Usted es astuto como todo varón y busca el remate final ¿verdad? La pobre incauta que cae en brazos del temerario.

— ¡No, no, no! — protestó Víctor Hugo. Estoy libre de todo propósito vedado. Sólo quiero su compañía.

— Si fuese cierto — profirió la dama — si fuese cierto...

— ¡Lo es! — afirmó rotundo el hombre. Soy un caballero. La respetaré. Nunca tomé una mujer sin su aquiescencia Sólo busco su compañía, una hora de grato esparcimiento.

La mujer lo contempló con ojos desconfiados y penetrantes:

— No se animaría usted a pedir la habitación.

Víctor Hugo vaciló: ¡qué diablo! No sería ciertamente fácil. Pero se repuso: ahora o nunca. La desconocida merecía cualquier sacrificio.

— Iré a pedirla — repuso y se alejó.

No fué sencillo el diálogo con el administrador. Alegó que esa clase de citas estaban terminantemente prohibidas. Si él se inscribiera como pasajero dando su nombre y el de la dama, sería distinto. Fué inútil que alegara tratarse de una pariente suya que habiendo peleado con el marido estaba solo y quería cenar sin ser vista. El reglamento era inflexible: nones. El gringo, un suizo tozudo, no parecía dispuesto a ceder. Entonces Víctor Hugo jugó la última carta audazmente:

— Ayúdame — dijo en voz baja — sólo por una hora. Nadie lo sabrá — y deslizó un billete de cien dólares en la mano del administrador.

Este meneó la cabeza y entregó disimuladamente llave al solicitante recomendándole absoluto silencio. "Podría costarme el cargo — agregaba — pero yo le mandaré la comida con un mozo de confianza cuando los vea tomar el ascensor: 6° piso, pieza 690."

Víctor Hugo volvió jubiloso donde la desconocida:

— Ya tengo la llave — expresó entusiasta. Tenga fianza en mí y todo saldrá bien.

Creyó ver un fulgor de sensualidad en los ojos de la dama y al rozar su brazo sintió que el cuerpo de la mujer vibraba como el suyo de impaciencia. "Será algo maravilloso — pensó — con la mujer más bella del mundo..." "

Antes de abandonar la mesa la desconocida preguntaba con cierto temor:

— ¿Se va a portar usted bien?

— Me voy a portar bien.

La tomó del brazo abriéndose paso con dificultad entre la muchedumbre. Breves contactos con el cuerpo de la dama lo transportaron de júbilo: era algo excepcional, embriagador. ¡Qué cuerpo sensual y exquisito, qué perfume, qué misterio en la voz y en la sonrisa, en los ojos donde brillaban, ahora, dos puntitos de oro!

— Me respetará ¿no es cierto? — preguntó otra vez la voz fascinadora.

— La respetaré.

Llegaron al ascensor y antes de subir la desconocida volvió a insistir con voz trémula:

— ¿Puedo confiar en usted?

— Puede confiar en mí.

— ¿Se portará bien?

— Me portaré bien.

—¿Palabra de caballero?

— Palabra de caballero.

— Entonces no subo — dijo la dama del antifaz. Y dejando paralizado de asombro a Víctor Hugo se perdió en la muchedumbre.

¿CUÁL DE LAS DOS?

Siete años después de su partida sólo pensaba en Ella, la inolvidable. Su vida espiritual giraba en torno a su recuerdo. Después del ajetreo diario, de conversar con los hijos y jugar con los nietos solía encerrarse en el Estudio, a escuchar los discos preferidos que despertaban la dicha perdida en la tierna intimidad de la conciencia. ¡Evócala, evócala! Cuanto más pienses en la ausente con mayor rapidez llegará el instante del reencuentro. Porque Ella volvería, de eso estaba certísimo; o él partiría a su encuentro. El verdadero matrimonio, el que fué forjado de amor hondísimo y compenetración perfecta, jamás termina, se prolonga más allá de la muerte, sigue existiendo, será siempre... El rostro amado vagaba en dulce transparencia ante sus ojos. Oía su voz. Recordaba sus mínimos gestos. Cada accidente, cada objeto de la casa tenía el sello de su bondad y previsión. La soledad volvía a juntarlos, reanudaban los diálogos felices, los gratos y traviosos instantes que sólo brotan del buen amor. Era su vida espiritual: recordar sus palabras, imaginar las que hubiese pronunciado en los trances difíciles, sentirla sin verla, la mano querida le desordenaba los cabellos, el beso casto le traía la fragancia lejana, y recogía una voz misteriosa, ternísima, que sólo él podía escuchar: "¡Estoy contigo, estoy contigo!".

Claro que tuvo tentaciones; ¿qué hombre, en su situación, no las tiene? Sentíase joven aún, lleno de energías. Pero pudo rechazarlas sin esfuerzo. ¿Cómo podría llevar a otra donde seguía reinando la adorada? "Necesitas compañía, no puedes vivir sólo." ¿Cómo hacerles comprender que nunca estaba sólo? Un verdadero amor es único, no puede ser sustituido. Y aunque lágrimas, tristeza, nostalgia crucen como nubes fugaces el cielo de la memoria luce puro, radiante para el fiel amador. El recuerdo enlaza lo que fué con lo que es, puede proyectarse también al futuro. Tiempo sin tiempos, la espiritualidad del matrimonio obra para siempre: no puede ser abolida. Y quien supo amar no sabe olvidar, acaso porque se quiere más a la ausente que aquella que existió.

Regulada por dos ritmos diferentes, su vida transcurría inalterable: el torbellino múltiple de las actividades cotidianas que el hombre exterior afrontaba con decisión; y el río íntimo de los recuerdos y el recogimiento espiritual que el hombre interior buscaba presuroso.

¿Viviría diez, veinte años más? Poco importaba. El sabía que de mantenerse fiel a su recuerdo, Ella vendría a buscarlo en el trance final. Y esta certidumbre lo hacía dichoso.

Bruscamente, como llegan las crisis, sobrevino una tempestad financiera que desorganizó la economía y arrasó con muchos negocios. Su familia se vió en trance de aniquilamiento. Por desesperados que fueron sus esfuerzos no había manera de evitar la ruina económica de hijos y nietos, pues todos eran arrastrados por la crisis.

— Primero créditos, letras, préstamos bancarios y de favor. En corto tiempo los intereses se comían los menguados ingresos de la familia. Después se acudió a la venta de objetos de arte y valiosos recuerdos familiares. Unos, con suerte, salían de la bancarrota, pero su familia y él mismo no supieron o no pudieron levantarse: fallaron empresas y tentativas. La fortuna se mostraba esquiva.

Había que pensar en remedios heroicos. Aguzó el ingenio, imaginó cien válvulas de escape; ninguna funcionó. Una noche, desvelado, creyó encontrar la salvación: casaría con una millonaria para salvar a la familia. Que fuese joven, madura, linda o fea, no importaba. El no vendería su alma, no dejaría de soñar con la ausente. Vendería su cuerpo, no su alma.

No fué fácil hallarla pero al fin dió con ella. Una mujer de mediana edad, atractiva, refinada. Inteligente, algo fría, la mujer expuso claramente sus miras: quería un nombre y un hombre de prestigio, un compañero, nada de lazos sentimentales. Mutuo respeto, concesiones recíprocas, el señorío exterior capaz de encubrir las tibiezas íntimas.

Viuda de un petrolero americano, ella tenía varios millones de dólares en los Bancos y muchas propiedades y acciones de industrias en la ciudad. A poco de conocerse, ocurrieron dos cosas: ella se enamoró seriamente del varón sin que su orgullo le permitiera manifestarlo; él expuso la mala situación económica de su familia, admitió excluir lo romántico en la próxima unión, y se humilló a requerir la ayuda financiera. “Es por ellos — pensó — por mí jamás pediría auxilio y menos a una mujer.”

La viuda, comprensiva, fué generosa:

— Le entregaré la tercera parte de mi fortuna y usted hará con ella lo que quiera.

Tuvo un reparo hidalgo:

— ¿Y si lo nuestro, se deshiciera en el futuro?

La mujer, segura de lo que decía y afirmada cada día más en el amor al pretendiente, repuso tranquila:

— Yo soy una persona seria, no hago las cosas por arrebatos. Usted es un señor. Si ambos cumplimos lealmente un pacto de amistad y nos conducimos como seres responsables — de lo que no dudo — no habrá separación.

El hombre sintió un estremecimiento: ¿unirse por el resto de la vida a otra, aunque fuese dejando al margen el sentimiento?

Ignoraba el amor de la millonaria, creyendo sólo en la boda de mutua conveniencia. Pero cuando el proyecto cobró cuerpo comenzaron las dudas, serpientes sinuosas que turbaban sus noches y ensombrecían los días. ¿Debía sacrificar su vida espiritual a las necesidades de la familia? Otra mujer en la casa poblada de recuerdos de la muy amada... no podía ser. Desaparecerían sus retratos de los muros de las estancias. Serían abolidas las horas de recogimiento en el Estudio y las evocaciones al son de músicas queridas. No podría concentrarse en su memoria, ni involucrarse en la túnica de la tristeza. Y esa reina inmaterial que señoreaba el hogar con presencia invisible y seductora, sería reemplazada por una dueña altiva, acostumbrada a imponer su voluntad que desearía cambiarlo todo y volverlo a organizar a su manera. ¡Imposible! Imposible, sí, pero inevitable: tenía que suceder así, por ellos, por los muy amados. Y si él perdería sus hábitos, su recogida intimidad ¿qué más daba que la casa fuese destruida y recompuesta en su ulterior ordenamiento?

El advertía que la dama se plegaba a sus deseos, atribuyéndolo a su fina educación o a delicadeza del temperamento, sin sospechar que su amor se acrecentaba con el trato diario. Una mujer atractiva, ciertamente, pero desprovista de los encantamientos de la Ausente. Hasta podría resultar una buena compañera. ¿Pero es que el matrimonio reside sólo en buena presencia y compañía? Después del edén perdido ingresaría a un limbo gris, monótono, desprovisto de misterio y de ternura.

Dióle por recurrir a los diálogos imaginarios con el retrato de la Muy Amada. Contemplaba sus bellos rasgos, se sumergía en los ojos profundos, y de pronto la imagen se animaba y le parecía oír su voz. Mas ahora Ella profería palabras que se contradecían. Unas veces decía: “Hazlo, hazlo por ellos. No importa lo que tengamos que sufrir.” Y otras llegaban los reproches: “¿Eso es lo que juraste ante mi féretro? ¿Otra me reemplazará en la casa y en tu corazón?”

También el retrato estaba desconcertado, porque lo mismo impartía frases de aprobación que de rechazo. Sintióse más solitario, más confuso: ahora era verdaderamente el abandonado porque Ella vacilaba lo mismo que él. Su vida compartida se proyectaba más allá de la tumba y él sentía que la Ausente participaba de sus dudas. "¡Sálvalos, aunque sea a costa de nuestra dicha!" — mandaba el retrato. Y otras veces la voz resonaba angustiada: "¡Queda conmigo; deja que ellos resuelvan por sí sus problemas."

La dama advertía su pesadumbre, no siempre fácil de esconder:

— No quiero que sea triste. Viajaremos. Haremos mejores casas para sus familiares. También ellos podrán viajar. Llame a sus amigos, yo sabré atenderlos. Respaldo sus proyectos.

El agradeció su generosa disposición pensando con amargura: "¿Sabe, acaso, que al iniciar una nueva vida me ayudará a sepultar la que aun me habita?"

Pasaron los días y acrecieron las vacilaciones. ¿Debía ser fiel a su pasado, debía afrontar el duro presente? ¿La Ausente o los hijos y los nietos? Porque el caso no tenía solución feliz para ambos trances: inclinarse por uno importaba abandonar al otro. Ella o ellos... Sin salida intermedia. Su vida espiritual debía ser sacrificada a los rigores del vivir material. O a la inversa.

Nada dijo de su lucha interior ni de su propósito de casar con la millonaria a sus familiares. Siguió cavilando en las penas y preocupaciones por sobrevenir.

Amargo destino. Trizado el sueño de partir con la Ausente, no se le dejaba ni siquiera el derecho de conservar intacto el santuario de su recuerdo. Porque otra mujer, otras costumbres tratarían de desvanecerlo en su alma para dar paso a sentimientos intrusos, a nuevos hábitos. La nueva vida se alzaría cruel y desdeñosa contra el tierno encantamiento de la vida extinguida. Cualquiera que fuese el camino adoptado quedarían siempre la pena y el remordimiento en su corazón: no podía ser infiel a la memoria de la Muy Amada, pero tampoco podía abandonar a hijos y nietos. Su dicha íntima o la felicidad de los suyos.

Poemas, trozos literarios, libros que la evocaban ¿debían desaparecer al soplo de la nueva boda? El renombre del fiel amador ¿había sido sólo una falaz ilusión? No podría mirar de frente a los amigos, a las mujeres que habían llorado con sus versos y sus escritos. Ya nadie creería en la santidad de un solo amor, ni en la desgarrada pena del abandonado que es capaz de trocar su soledad en nueva compañía.

El amaba solamente, exclusivamente a la Ausente en el sentido varonil. Pero también quería a su familia, porque venían de Ella, no podía abandonarlos. Y el dilema se agitaba en su espíritu dejándolo perplejo: ¿qué debía hacer, cuál sería la mejor solución?

Después de todo ¿qué importaba el juicio de los demás? Se atendería sólo a su conciencia, al diálogo imaginario con la esposa desaparecida. Lo grave fué que ni la conciencia ni el diálogo imaginario eran explícitos: los indicios oraculares continuaron confusos, indecisos, inclinándose tan pronto a una como a otra decisión.

Entonces el varón de carácter, el ente de razón, que jamás dejara librado al azar un acto de su voluntad, acosado por las dudas, el deseo de salvaguardar su vida espiritual y la obligación de ayudar a los suyos, confió al destino la solución de su conflicto. Cada mañana entraban a saludarlo sus nietecitos Claudia y Nicolás, de cortos años y vivaz inteligencia. Por extraño que parezca nunca llegaban juntos; Claudia entraba, siempre, por la puerta de la izquierda; Nicolás por aquella de la derecha.

"Si se abre primero la puerta de la izquierda, quiere decir que no me volveré a casar" — pensó el hombre —. Si se abre primero la puerta de la derecha, me sacrificaré por la familia."

¿Cuál de las dos se abrió primero?

EL CONDOR Y LA ESTRELLA SOLITARIA

A los que piensan que un sueño puede convertirse en realidad.

A los que escuchan retumbos del Mar en su corazón.

A los que creen que el cóndor puede vencer a la estrella solitaria.

Tiwanaku es el misterio. Nadie sabe de qué remota oscuridad brotó, la longitud de sus hechos y proezas, la proyección de su mensaje.

¿Fue uno, fueron cuatro sus ejes históricos, o se trata de una sucesión de pueblos y culturas muchos de los cuales perdieron el nombre porque se hundieron en la noche de los tiempos?

Del Tiwanaku visible poco se conoce: la parte mayor se halla sepultada bajo tierra. Arqueólogos e investigadores apenas comenzaron su tarea. Del Tiwanaku invisible nada se sabe. Algunos iniciados, ciertos soñadores, sospechan la profundidad de sus enigmas, pero soñadores e iniciados guardan celosamente lo intuido y lo aprendido. Callan.

Tiwanaku es el misterio. Puedes urdir mitos, teorías, esquemas a voluntad: la gran sombra lítica lo absorbe todo. Clave del mundo. Palio de la fantasía.

Sólo que el paraje no acoge; mas bien hostil, desolado, el viento de las punas acosa al visitante. No es propicio a la meditación. Un genio escondido guarda los secretos del lugar. Si nadie levantó el velo de Isis, tampoco se rasgó la túnica de Wirakocha.

Visítalo, sin embargo. Te hará soñar, te hará pensar...

Porque Tiwanaku es más que una fábrica arqueológica, más que un yacimiento pétreo, más que un recinto de civilizaciones.

Es la patria del arcano. El reino de las lejanías. El centro genealógico donde hombre y tierra conjugan, desde el origen, su encuentro inmortal.

Y si tu poder de percepción se ahonda y escrutas con pasión la línea inmutable de las piedras ancestrales, Tiwanaku rozará tu rostro con el soplo mágico de las míticas verdades. Y comprenderás por qué hubo tiempo en que las montañas se convertían en los héroes del paisaje, y los héroes del paisaje se petrificaban en montañas.

El monolito espera al buscador de la deidad que lo habita. Nada dirá al frívolo turista que mira y no pregunta.

Tiwanaku es el pasado. Tiwanaku puede ser también el futuro. Y la esfinge lítica de doble faz podría devolver una tercera, si sabes darle al presente ese valor de eternidad que todo pensar profundo pone en la acción humana.

Busca esa imagen escondida.

Noche sin luna. Noche de estrellas. A corta distancia de las ruinas el pueblo duerme. Abajo nada se mueve, a excepción del viento que pule las formas y de un frío voraz que lo penetra todo y a veces revienta las piedras. Arriba la pasmosa agitación de los astros: cien mil ojos miran febriles, despiden luces, destellos, ráfagas cromáticas. Ni las olas y espumas del océano, ni el centelleo de

las urbes cuando las cruza el avión nocturno, nada puede compararse con el brillo innumerable de su pedrería inusitada. Pero nadie recoge el grandioso espectáculo, nadie lee el alfabeto vertiginoso del cielo en movimiento, nadie capturó la maravilla y el terror cósmico de una noche estrellada en los altiplanos, porque nadie resiste el frío, el viento, la soledad, el silencio pavoroso con que el mundo estelar abruma a la criatura humana.

Un hombre avanza por el duro suelo. Ni rápido ni lento, su andar isócrono evoca la marcha inexorable de un reloj. No eleva la mirada al cielo estrellado ni se detiene a descansar. Debe tener ojos nictálopes porque esquivo piedras y bultos con facilidad. Dos mil metros antes de llegar a las ruinas pasa a lo largo de una inmensa y tendida colina de rara perfección, que lo mismo puede ser natural que artificial. Nadie se lo ha dicho, pero él sabe que es el enterratorio de los emperadores y tesoros abolidos; sabe asimismo que faltan 275 lunas para que su secreto sea revelado. Y prosigue sin vacilar su avance hacia el paraje donde fué llamado.

La figura solitaria se detuvo frente a la gran escalinata pétreo de Kalasasaya: al fondo, enmarcado por el pórtico ortogonal, se insinuaba el bulto poderoso del Monolito, el personaje desconocido que nadie ha precisado si fué dios, rey, sacerdote, héroe, amauta, mago, caudillo político.

Otros no lo hubiesen visto, pero el viajero distinguía claramente el lugar, como si estuviera alumbrado por la Luna. A la izquierda la masa empinada de Akapana. En ángulo desviado la Puerta de la Luna. El muro frontal reconstituído del Templo Solar de Tiwanaku, que primitivamente se alzó como Santuario de la Tierra. Más allá la depresión del Templete Subterráneo. Monolitos y estelas dispersos, y entre todas las estatuas, sobresaliendo por su augusta presencia y su hermética altivez, ese guerrero o taumaturgo que preside las ruinas. Se apresuraron los latidos de su corazón, mas con paso firme y lento —conocía bien las instrucciones del hierofante en La Paz— exactamente a la una de la madrugada ascendió los peldaños de la escalinata monumental y se dirigió hacia el Monolito. Lo había contemplado muchas veces, largamente, hondamente, siempre a la luz del sol, en tiempo nublado, siempre de día; pero ahora, a la difusa claridad de las estrellas, bajo el manto parpadeante de los astros, parecía agigantarse con estatura de montaña. Creyó que se movía, temió que lo aplastara y retrocedió algunos pasos. El Monolito inmóvil seguía creciendo, hierático, impasible. Entonces el hombre se avergonzó de su debilidad. Avanzó nuevamente hasta colocarse a los pies de la figura erguida, hizo las cuatro reverencias del rito telúrico — al norte, al sur, al oeste y al este — tendió los brazos a la piedra antropomórfica, se concentró intensamente y luego pronunció las palabras que abren camino al reino nocturno:

— Pacha-Rurac, creador del mundo; Aka-Pacha-Urake, piedra que señoreas la tierra; Hich-Pacha, guardián del instante; tres manifestaciones de la Deidad Telúrica: dadme el don de conocer y comprender los designios del Zodiaco Negro que ningún ojo humano ha visto, el que anticipa los tiempos que aun no han sido y prefigura los destinos. Aceptaré lo que me sea revelado.

Un sordo bramido se alzó del suelo, tembló la tierra. Luego se restablecieron la huraña soledad y el silencio absoluto.

— El hombre se estremeció, venció otra vez el miedo, dió tres vueltas espaciadas al Monolito colocándose a su espalda. Levantó la mirada al cielo y los astros vibraban como ejércitos en lucha: un torrente de luces y de chispas, de rayos fúlgidos y de centelleos cromáticos, suscitaba un tremendo movimiento en la multitud estelar que se agitaba tan terrible y desmedida como si millones de mundos se hubieran acumulado en el pequeño segmento sideral que puede abarcar el ojo humano. Y todos los destellos de lo alto parecían convergir en la figura lítica que de algún modo misterioso recibía y devolvía las fulguraciones siderales. Detrás de los bellos trazos del Zodiaco Visible, las figuras siniestras del Zodiaco Negro insinuaban sus alas oscuras. Suaves músicas y alaridos horribles rompieron el silencio. Y otra vez el temible silencio y una aterradora soledad.

Entonces el viajero comprendió que el Monolito es un mensajero de la Deidad Nocturna.

Vencido el pánico que le produjo el pavoroso espectáculo, entró en recogimiento:

— Sariri soy — caminante — musitaba. Cubrí los riesgos y penurias de Nayjama, el buscador: Venga lo que viniere, estoy dispuesto: aspiro a subir a la suprema jerarquía de Taki-Pacha, el oficiante que se entrega por entero.

Se arrodilló, besó cuatro veces la tierra. Enseguida se levantó y aproximándose al bulto pétreo puso las manos en su fría superficie: fuego, hielo, roca y huracán cruzaron como ráfagas por su piel. Luego un río de paz bienhechora apaciguó su sobresalto. Se iba, se iba lejos, muy lejos. Creyó perder la conciencia.

Al recuperarse, el hombre retrocedió unos pasos. El Monolito, despojado de su apariencia aterradora, infundía confianza, apesar de su grandeza y su misterio. Aparentaba un amigo bondadoso, protector, como cuando era un niño de cortos años y cogido de la mano paterna caminaba seguro y feliz. Pero la estatua no despejaba las manos del pecho ni se movía.

El viajero realizó el último conjuro: cogió un guijarro del suelo y lo lanzó por encima de la testa del Monolito.

— ¡He vencido! Soy el más fuerte.

El guijarro no cayó al suelo. Pareció empalmar con una estrella errante que no recorrió vertiginosa el firmamento porque se hundía en marcha retenida hacia el horizonte.

"Después de lanzar el guijarro, queda quieto y espera" — había dicho el hierofante en La Paz. No hubo más instrucciones.

El hombre cruzó los brazos y aguardó. Una extraña luz fluctuante, más que luna, menos que sol, se proyectó en la escena. Apareció una escotadura bajo el cuello del Monolito hasta convertirse en una gran cavidad. Por ella salió una forma brumosa, ondeante, que tenía el contorno de un cuerpo humano más no su consistencia. Una presencia fantasmal, sin esqueleto, que ondeaba en el aire pero con toda la apariencia de un ser vivo. Todo él como encapsulado o ceñido por un aura de oro y azul que resplandecía en la noche.

El ser desconocido se le aproximó y cogiéndolo de la mano dijo afable:

— Venciste todas las pruebas. Iremos a Puma-Punko, pero estás cansado y aun faltan los riesgos mayores. Aliviaré el camino.

Ambos levitaron, separándose algunos palmos del suelo, y suavemente se deslizaron sin ruido por el aire. El lugar yacía tranquilo, con sus inmensos bloques líticos en dispersión, hundidos muchos como si una gran remoción terráquea los hubiese derrumbado en titánico esfuerzo.

Puma-Punko: nada más que los restos de una construcción ciclópea, trabajada por gigantes o por hombres.

— Apóyate en esta piedra porque podrías caer de espaldas — dijo el personaje inmaterial. Mira, calla, no grites porque todo se desvanecería. Sólo responderás cuando seas preguntado.

El viajero se reclino en el pedrón. A poco el desconocido se desprendía de su cápsula auriazulada revistiéndose de una clámide ocre sobre un celeste pálido. Una especie de mitra negra ceñía su cabeza. Y en sus manos aparecieron dos extraños artefactos: uno evocaba el signo de poder de los antiguos egipcios; otro, más raro o más remoto aún, era como un trípode invertido cuyas tres varas despedían finos rayos de distintos colores.

Subió un clamor de las ruinas:

— ¡Apu-Mallku, sacerdote amauta, bienvenido! Te aguardábamos, sabio y venerado Apu-Mallku.

Fin del Primer Tomo...

TOMO II

Silenciosamente, como en un film mudo, las piedras se organizaban por sí mismas. Los inmensos bloques con peso de muchas toneladas se agruparon hasta configurar imponentes palacios, templos, fortalezas, terrados artificiales y cisternas; y las pocas masas líticas de Puma-Punku se multiplicaban por acción de muchas más que brotaban del fondo de la tierra, y se conformaban en una rara dispersión de formas arquitectónicas, con rasgos del estilo Tiwanaku y otros muy distintos que acaso conocieron el atlante y el lemur.

La ciudad de piedra se movía y consolidaba en el silencio, animada por una fuerza invisible, y por sus calles y plazas circulaba una gran muchedumbre de seres grandes y pequeños, que a semejanza del Sacerdote-Amauta carecían de huesos y consistencia corporal, mas con toda la apariencia de seres vivos que se movían como entre velos y ondulaciones aéreas. No hablaban, pero del suelo surgía una voz potente entonada por un coro de miles de voces.

— La ciudad muerta es la ciudad viva. Arriba como abajo. Arderán los astros y se inmovilizarán en piedras, y las piedras licuarán y volarán hasta el manto estrellado. Todo es uno.

Hizo el Sacerdote-Amauta un signo con la diestra:

— Comience el rito — dijo en voz solemne.

Los edificios se desprendieron sin ruido del suelo: levitaban lentamente. Se detuvieron en el aire. Pero las calles y las plazas y las muchedumbres permanecían en tierra. Luego palacios, templos, fortalezas, cisternas y el gran terrado artificial giraban en rondas majestuosas.

El viajero, estupefacto, creía soñar.

— Ve a ellos — exclamó el Amauta-Sacerdote, tocándole el hombro con su cetro de oro.

El hombre se elevó por el espacio, primero con cierto temor, luego tranquilizado al comprobar que se mantenía tan seguro como en la tierra firme. Se acercó a la ciudad aérea, subió la escalinata del Templo Mayor y apoyado en una saliente pétreo mientras todo seguía girando con suave ritmo a cincuenta metros del suelo, vió con asombro que los dobles de cada edificio yacían, allí abajo, perfectamente inmóviles. El frío y el viento como el temor se desvanecieron. Reinaba un aire tibio, acariciador. Una música extrañísima, tan fina, tan tenue que apenas se recogía en el oído, se desprendía de la rotación pausada de la ciudad aérea. El viajero sintióse inundado por una paz inefable. Unos rayos invisibles comunicaban lo alto, con lo bajo. Y fosforescencias mágicas enlazaban lo distante con lo próximo. La sensación de bienestar era tan intensa, que sintió el deseo de volverla perdurable. La ciudad de piedra, allí abajo, y la ciudad aérea, aquí arriba, fingían los polos de una nueva dimensión. Estaba arriba y estaba también abajo. Y cielo y tierra no eran dos ámbitos separados, sino íntimamente unidos, y todo estaba como separado del mundo conocido, bajo una vastísima cúpula de cristal que más que verse se adivinaba.

El hombre exultó de gozo: era dueño y señor del hermoso espectáculo.

La ciudad aérea comenzó a inclinarse hacia tierra y la ciudad de piedra subía hacia el cielo, cambiado posiciones, hasta que cada cual ocupó la situación de la otra. Esto sucedió varias veces,

y ocurrió que cuando el viajero estaba en el duro suelo, anhelaba elevarse al vasto cielo y a la inversa. Y al fin no supo en cual de ambos recintos deseaba quedarse.

El cetro de oro lo tocó en el hombro y la voz austera dijo:

— Aun no elegiste el único camino. Aprenderás.

Levitaron, nuevamente, hasta posarse en la colina de Akapana. Cruzado de brazos, el Sacerdote-Amauta meditaba. El reducido montículo, hendido por el centro, contenía una pequeña superficie de agua. Algunos pedrones diseminados, otros a media cuesta, delataban un recinto abandonado en plena construcción. Nada de extraño en el ambiente. Otra vez frío, viento. Solo la extraña claridad que alumbraba la escena.

— Levántalo, échalo a tus espaldas — mandó la voz austera, señalando un bloque de piedra que pesaría varias toneladas.

"Imposible" — pensó el visitante — mas temiendo romper el prodigio se aproximó. Levantó el bloque como si fuera de papel, se lo echó a las espaldas y caminó un trecho con él. No había sentido su peso, pero cuando lo arrojó al suelo lo sintió caer con un peso aterrador que lo estremeció.

De pronto la gran cavidad del centro se cubrió de llamas:

— Atraviésalas — dijo el Amauta-Sacerdote.

Asustado, el viajero obedeció. "Nada sentiré — ordenó a su mente. Y pasó por la vasta hoguera sintiendo apenas un vago calorillo.

¿Qué había sido la Akapana: santuario, fortaleza, recinto de guerreros o de jueces? "Verás y juzgarás" — repuso la voz austera —. Y al conjuro del trípode invertido brotaron muchos montículos en un inmenso radio de superficie constituyendo un círculo de promontorios que cercaban Tiwanaku.

Torres de control, centros de acceso, recintos independientes y ligados a la vez de un vasto sistema de defensa. Hubo, pues, una cadena de Akapanas destruída por el tiempo y los hombres, de la cual sólo quedaba un resto singular.

El Sacerdote-Amauta se impacientó:

— Toma este cuchillo de obsidiana y húndelo con fuerza en tu corazón — mandó severo.

El hombre volvió a vacilar. Sin convicción, sin fuerza lo oprimió contra su pecho. Tuvo que reprimirse para no gritar: estaba herido, sentía un dolor agudísimo y el cuchillo había saltado de su mano.

El Amauta-Sacerdote lo miró con lástima:

— No como lo hiciste — prorrumpió — así: y recogiendo el cuchillo se lo hundió hasta el mango.

Avergonzado, el viajero recibió el cuchillo de obsidiana por segunda vez y se lo clavó con violencia en el pecho. No sintió un nuevo dolor, desapareció el anterior y la sangre primitiva se desvanecía con rapidez.

— Superaste grito y cobardía — manifestó el Sacerdote Amauta — pero habría estado mejor no vacilar.

A poco emprendían marcha hacia Kalasasaya. El inmenso recinto cuadrangular, apenas señalado por piedras aisladas, comenzó a poblarse de muros, pórticos y seres extrañamente vestidos, repartidos en grupos de variados colores. Al centro hablan dos lechos con los cabezales ligeramente levantados. "Recuéstate" — mandó la voz austera — y el hombre se recostó siendo imitado por el Amauta-Sacerdote.

Agonizó la luz de las antorchas, la antigua claridad se concentró en un sector del cielo, y el brillo de los astros atenuaba como queriendo concentrar el miraje en sólo un área del manto estrellado. Rayos, relámpagos, sin el bramar del trueno. Una estrella se desprendió velocísima hasta colocarse encima de Kalasasaya: era inmensa, cada una de sus puntas excedía el kilómetro, pero como estaba muy alta, podía desplazarse cómodamente en la vastedad del firmamento. De otro punto del horizonte subió con no menor rapidez un cóndor que adquirió la misma estatura de la estrella. Y el épico duelo se inició con ferocidad. Atacó primero el cóndor con alas, garras y pico, desgarrando a la estrella; ésta contestó con fiereza movilizando sus puntas agudas e hiriendo al enorme adversario. A poco el cóndor perdía la mitad de un ala y la garra izquierda, maltratada, se encogía, pero la estrella había perdido dos puntas y se movía con dificultad. Reanudado el combate los adversarios chocaron con furia inusitada: sus cuerpos se frotaban buscando la mutua destrucción. Luego sus extremidades se inferían nuevos desgarramientos. Parecían próximos a la extenuación. Pero el Amauta-Sacerdote, desde su lecho hizo un signo con el cetro de oro y el cóndor y la estrella, reconstituidos en sus partes vitales heridas ingresaron flamantes a la pelea reanudada. Así varias veces, primero intactos, luego descalabrados, después reintegrados a su primitiva condición. Sobrevino un instante de reposo. Los adversarios se miraban en lo alto, como midiendo fuerzas: la masa blanca de la estrella ondulante y sinuosa, arrojando chispas de odio, las grandes alas del cóndor despidiendo reflejos azules como si fuesen metálicas, también cargadas de furor.

Parecía acercarse el ataque final. Súbitamente el cóndor se alejó como si pretendiera abandonar la lucha. Fué la estrella en su seguimiento, ambos veloces y certeros. Ella aumentaba la velocidad buscando apresarlo, el dejó que se acercara y cuando la tuvo próxima bruscamente se volteó y la abrazó con rabia. Sorprendida y con el ímpetu de la carrera, la estrella no pudo reaccionar con rapidez: el abrazo del cóndor y sus alas poderosas la oprimían cruelmente mientras el pico y las garras la destrozaban sin piedad.

Poco a poco la envoltura blanca, perdidas las cinco puntas, se fué desintegrando en el cielo. El cóndor dejó que el guiñapo final cayera al suelo. El vasto cielo, entonces, se transformó en un mar, el mar ilimitado; y sobre el mar ilimitado tendió el cóndor sus alas poderosas hasta perderse en los azules horizontes. Y se desvaneció el paisaje marino y volvieron a brillar los astros en lo alto, y quedaba en el aire un olor combinado de algas, yodo, sal, sustancias líquidas y brisas marinas...

Al tiempo de levantarse de los lechos en Kalasasaya, dijo el Sacerdote-Amauta:

— Es tu destino. Descífralo. Volarás como el cóndor, muy alto y muy lejos, pero la victoria final te costará caídas y penurias muchas. Tienes veinte años, otros veinte te serán concedidos para vencer a la estrella solitaria.

Se desvanecieron edificios y seres antiguos. El Amauta-Sacerdote, le vitanda suavemente, se dirigió hacia la abertura del monolito y en ella se esfumó. La extraña claridad fué sustituida por la primitiva oscuridad.

Y el viajero comprendió que había sido iniciado en las verdades antiguas para poder proyectarse a los tiempos futuros, pero que su tarea mayor consistía en preparar el presente.

"Huyustus", mago y amauta, sería solo para sí mismo o para los kollas del culto iniciático que pudiesen cruzar su camino. Para las gentes sería, únicamente, el indio Alejo Poma.

La Segunda Guerra del Pacífico empezó con un incidente fronterizo entre Bolivia y Chile. Los bolivianos con tres divisiones tomaron Arica y establecieron una fuerte línea de comunicación con el altiplano. Los chilenos con cuatro divisiones subieron a la meseta y amagaban Potosí y Oruro. Ambos ejércitos, apoyados por artillería y aviación, combatían bravamente. La relación de fuerzas en número y armamento era de 2 a 1 en favor de Chile, pero los altiplánicos oponían su mejor conocimiento del terreno, su adaptación al medio físico y el fiero anhelo de recuperar su Litoral perdido en 1879.

A los quince días de iniciada la guerra, una noticia fulminó a los hombres de Santiago: desaparecieron sin dejar rastro dos de sus cuatro divisiones que debían avanzar hacia las capitales de Potosí y Oruro tratando de ocupar después La Paz.

Militares y civiles, en el Mapocho, se miraron perplejos. ¡Era imposible! Dos divisiones, cada cual de cinco mil soldados, con sus jefes, armas, víveres y equipos de combate no podían evaporarse. ¡Era imposible! Pero el comandante de las dos restantes informaba con precisión que el ejército invasor chileno constaba ahora sólo con la mitad de sus efectivos, pues los exploradores por tierra y los aviones no hallaron ni sombra de las dos divisiones desaparecidas. Las dos divisiones sobrevivientes comenzaron a replegarse ante una ofensiva boliviana que las superaba en número.

Dos días después otro avión en vuelo directo a la capital chilena informaba que las otras dos divisiones chilenas, sin combatir desaparecían tan misteriosamente como las anteriores. Los pilotos añadieron que pudieron descender, inspeccionaron los parajes de acantonamiento de sus tropas y no hallaron absolutamente nada que atestiguara su existencia, ni siquiera huellas de que hubiesen partido en alguna dirección. La certeza era absoluta: los 20.000 hombres de las cuatro divisiones ya no existían, hecho que desbarataba toda la estrategia araucana.

En La Paz el presidente y el Alto Mando recibían al Amauta Huyustus que durante veinte años, refugiado en un pequeño laboratorio en la pampa caranguña, y escondido bajo la oscura identidad del herrero Alejo Poma, había soportado mil vejaciones, calumnias, persecuciones y hasta cargos de brujería. Aun permitiendo sus descalabros y penurias una fuerza extraña parecía protegerlo pues siempre salía indemne de las arremetidas de sus adversarios. "Ese indio orgulloso — decían — que no quiere comunicar con nadie." Pero ahora el indio orgulloso era recibido por el Presidente y las FF.AA. de Bolivia.

¿Hay seguridad — preguntaba el Mandatario boliviano — que las ciudades y pueblos que señalemos desaparecerán en la misma forma que las divisiones invasoras?

— Seguridad absoluta — repuso Huyustus. Mi desintegrador puede actuar sin que yo me mueva a larga distancia y toda materia humana o natural será aniquilada. Sin dejar rastro.

Las tropas bolivianas bajaron de Arica y del altiplano hacia el sur. Se libraron recios combates, batiéndose duramente ambos beligerantes. Los bombardeos de los chilenos con aviones sobre La Paz y Cochabamba, causaron estragos, lo mismo que los bombardeos bolivianos sobre Valparaíso y Santiago sin decidir el curso de la guerra. Los combates por tierra fluctuaban con avances y repliegues en los diversos sectores de fuego.

De pronto un mensaje de La Paz llegaba a Santiago: desocupen la población civil y no defiendan Pisagua: será borrada del mapa.

Creyeron los chilenos en una bravata del adversario y lejos de intimidarse enviaron dos regimientos más a Pisagua. 48 horas después no quedaba ni sombra de Pisagua ni de sus defensores.

Cundió el pánico en el Mapocho: entonces la cosa iba en serio. Los bolivianos poseían un poder secreto, más temible que la bomba atómica porque destruía sin contaminar el ambiente. ¿Qué podían los ejércitos contra ese poder desconocido que los aniquilaba sin dejar huella de su paso?

Huyustus ingresaba nuevamente al Palacio de Gobierno en La Paz.

— Mi poder era solamente telúrico — dijo — mas ya encontré la forma de bajar las máquinas aéreas.

En el mes próximo Chile perdió las dos terceras partes de su aviación bélica.

Siguieron furiosos combates cerca de Iquique, por el salar de Pintados, y alrededor de Ollagüe y Ascotán, siempre con alternativas de avances y retrocesos, batiéndose ambos ejércitos con valor.

Un nuevo mensaje llegó a Santiago de La Paz: "Estamos derramando sangre inútilmente. Evacúen el puerto y la ciudad de Iquique y retiren sus defensas pues desaparecerá íntegramente.

La mitad de la población huyó. La otra mitad y las dos divisiones que la guarnecían fueron desintegradas lo mismo que la ciudad y el puerto. Iquique se redujo a una palabra y un recuerdo.

Los servicios de inteligencia de los chilenos se enloquecían tratando de descubrir la procedencia de ese poder misterioso, insensible que aniquilaba ejércitos y ciudades. Pero jamás pudieron ubicar al indio Alejo Poma que emboscaba al enigmático Huyustus y menos el laboratorio caranguño.

En furiosos combates las fuerzas bolivianas tomaron Tocopilla, Gatico y Mejillones. Las fuerzas navales chilenas sufrían análogas pérdidas por desintegración.

Cuando los bolivianos se vieron frente al puerto de Antofagasta, su orgullo nacional no les permitió recurrir al poder extraño que anulaba a los adversarios. Recuperaron Antofagasta y luego bajarían hasta el Paposó restituyendo el Litoral perdido en integridad a la heredad patria.

Los ejércitos chilenos que amagaban la Cordillera de Lipez tuvieron que replegarse al interior de Chile. Antofagasta fué fuertemente artillada, se doblaron sus defensas. Se realizaron enconados ataques y furiosas defensas en las afueras de Antofagasta, que ambos beligerantes respetaron como ciudad abierta. Reducidos por sus pérdidas, ahora los chilenos en número y armamento igualaban con los bolivianos. El ímpetu de la reconquista se fué imponiendo hasta que finalmente Antofagasta cayó en manos bolivianas. Las fuerzas del altiplano, victoriosas, se detuvieron en la línea del Paposó. Toda la costa marítima en la llamada Cordillera de la Costa y el antiguo departamento de Atacama estaba ya en su poder.

Pero los chilenos, replegados al sur se aprestaban a recuperar lo perdido. Entonces sobrevino el ultimátum boliviano: "si no firman un Tratado de Paz definitivo reconociendo habernos devuelto todo lo que perdimos en 1879, trazando como límite entre Bolivia y Chile una línea que partiendo del Paposó vaya hasta la frontera con Argentina, subiendo luego al norte hasta el Sapaleri, aniquilaremos primero Coquimbo, luego Viña del Mar y Valparaíso para ocupar finalmente Santiago."

Los hombres de Santiago rechazaron el ultimátum boliviano. Pero cuando desapareció Coquimbo se rindieron; el Tratado se firmó como querían los bolivianos. Estos devolvieron al Perú Arica y Tarapacá. Bien guardado el secreto del poder invisible que desintegraba ejércitos y ciudades, toda forma de materia viva o inorgánica, Bolivia, fortalecida por un rápido crecimiento económico, por sus ejércitos victoriosos, y por la temible fuerza que custodiaba se constituyó en el

factor decisivo para el desarrollo del cono sur, que después de ásperas discusiones se fué integrando gradualmente hasta constituir una fuerza de equilibrio continental.

Y así terminó la Segunda Guerra del Pacífico.

Pero como nada es perfecto en los sucesos reales ni en las cosas imaginarias, ocurrió que el mago Huyustus, al verificar que su poder individual excedía al de los gobernantes y los pueblos, olvidando la misión sagrada que le encomendaran los magos del Tiwanaku dióse al abuso de poder y a los excesos que minan toda grandeza.

Seguía siendo, en apariencia, el adusto Alejo Poma mas su mente ensoberbecida planeaba descubrir su verdadera identidad y autoproclamarse Soberano indiscutido del cono sur para regir desde la costa del Pacífico, y la Cordillera Andina los destinos del continente.

Cierta noche en que meditaba sus planes de grandeza, oyó una voz enigmática que mandaba:

— Calza tus abarcas y regresa a Tiwanaku. Te esperan.

Quiso resistir el mandato. Ya no era el indio Alejo Poma, sino Huyustus, el Mago, el realizador de las antiguas profecías. Ya no le interesaban el mundo muerto del Tiwanaku ni el vivir recatado en su laboratorio. Quería incorporarse al torbellino del mundo vivo, mandar, dominar, organizar las cosas a su antojo, premiar y castigar, ver a sus pies las muchedumbres, acumular poderío. Los hombres humillados los astros dóciles. Porque el genio de Huyustus no tenía parangón. Era el mando de la tierra encarnado en figura humana para deshacer y rehacerlo todo. Se escondería en una gruta cordillerana, impondría sus condiciones a los Jefes de Estado, sabría ganarse el afecto y la confianza de los pueblos hasta que todo el continente lo pidiera como supremo conductor. No: no iría a la ciudad sagrada que no visitaba desde hacía tres años.

Pero durante noches sucesivas no pudo dormir. La voz sonaba insistente:

— Calza tus abarcas y regresa a Tiwanaku. Te esperan.

Comprendió que debía obedecer. El soberbio Huyustus cedió paso una vez más al dócil Alejo Poma. Hizo el recorrido habitual en dos días y dos noches, a pie, solitario, esquivando gentes. El altiplano inmutable, silencioso, recogía como un tambor profundo su marcha acompasada.

Llegó avanzada la noche a Tiwanaku. Ingresó temeroso a Kalasasaya. Cumplidas las fórmulas mágicas del rito, impetró la venida del Gran Desconocido que veinte años atrás le ordenara la búsqueda y creación del poder oculto para una alta misión.

Aguardó casi una hora. No sucedió nada en el desierto escenario. Luego el cielo se iluminó con resplandores rojos y azules. Hacia el este se elevaban cordilleras de agua denunciando la presencia del Mar; al oeste las constelaciones giraban como enloquecidas, sobresaliendo una que fingía un cóndor gigantesco y otra, más lejana, con apariencia de estrella vencida y desgarrada. Ofuscado por la grandiosidad de la visión, no reparó en los cambios que se producían en su redor.

Al bajar la vista se sorprendió del cambio producido. Kalasasaya recuperaba la forma antigua, el santuario pétreo, palacio y fortaleza a la vez, custodiado por altas torres y muros imponentes. Estaba en su terrado superior, a cielo abierto sobre un plano dominante que le permitía vislumbrar la inmensa ciudad circundante, altanera de pucaras piramidales, torres, templos, palacios e infinitas calles pobladas de viviendas bajas. Del puerto, muy próximo, llegaba el batir del oleaje y se veían las luces de las embarcaciones. El gran Tiwanaku latía mansamente en el misterio nocturno. Y los Monolitos, multiplicados por mil, mayores que los conocidos,

custodiaban la ciudad milenaria. En el terrado en el cual se encontraba, Huyustus divisó cuatro estatuas líticas de presencia aterradora, allí, cerca, en peligrosa proximidad.

¿O era el Alejo Poma el que contemplaba estas cosas? No: seguía siendo Huyustus porque sólo un mago del Tiwanaku puede ver y comprender sus portentos.

Respiro con fuerza: seguía siendo el Elegido.

El estruendo de los pututus rompió la calma de la noche. Luego un vocerío pavoroso. Nuevamente se hizo el silencio y una voz partió del Primer Monolito:

— Olvidaste el sendero de humildad. Realizada la tarea magna que te fué encomendada debiste recogerte en soledad.

Y otra que partía del Segundo Monolito agregaba:

— El orgullo te pierde. Creíste ser maestro de ti mismo, cuando sólo transcurriste instrumento de los Magos.

Y una tercera procedente del Tercer Monolito añadió:

— Cuando fabricabas el poder invisible, fuiste contaminado: los malignos se apoderaron de tu "ajayu", tu doble alma.

Y la voz que venía del Cuarto Monolito sentenció:

— La soberbia te perdió. No podemos quitarte los poderes mágicos que te fueron concedidos, pero sí absorberte en la gran onda sísmica del Tiempo. Aquí quedarás.

Huyustus retrocedió unos pasos aterrado. Sus cuatro jueces se movían hacia él. Formaron un cuadrilátero y de pronto el Gran Desconocido apareció a su lado.

— Saliste de la Buena Senda — dijo. Te equivocaste. Fuiste tentado y caíste en manos de los poderes prohibidos. Estás sentenciado. Sólo la piedra podrá redimirte de tu error.

El hombre vaciló antes de preguntar:

— ¿Entonces Huyustus... o el Alejo Poma...?

El Gran Desconocido contestó suavemente:

— Ni Huyustus ni el Alejo Poma. Serás el penitente de los bloques inmemoriales.

El castigado interrogó con angustia:

— ¿Y Bolivia por la que pasé veinte años de amarguras?

Firme resonó la respuesta:

— La cadena de sus padecimientos ha terminado. Pasarán ochocientas lunas de ascenso inalterable.

Hizo un signo con la diestra, y a su conjuro brotaron sesenta Magos de blancas túnicas y cabezas ceñidas por extraños turbantes. Todos alinearon en formación concéntrica. Y por los modos, reverencias y el murmullo de fórmulas cabalísticas, el hombre comprendió que el Desconocido era, en verdad el Gran Mago del Tiwanaku, el Señor de la Piedra y la montaña, el Emperador Inmemorial de los pueblos andinos, el Sacerdote del Culto Iniciático a la Tierra y a la Eterna Forma que señorea el Tiempo y transforma el sentido del Espacio.

Agachó la cabeza en señal de sumisión.

El Gran Mago hizo nuevos signos con la mano. Un coro tenue y doliente surgió de las figuras blancas. Sintió el castigado que una corriente eléctrica atravesaba su cuerpo, y lentamente éste creció, creció hasta tomar la estatura y la consistencia de un nuevo Monolito.

Y nadie sabe si Huyustus volverá a reencarnar en figura y destino humanos, terminado el ciclo de su pena, porque Tiwanaku no anticipa, el flujo de sus revelaciones. Vendrán, serán... ¡Quién podría saber cuándo!

EL SENSITIVO

Habitaba una buhardilla sobre un sexto piso, frente a otro edificio próximo sobre una callejuela. Solterón, vivía solo. Detestaba los periódicos y las radiodifusoras. Gustaba de largas caminatas, leía mucho, coleccionaba sellos de correo, pero también le placía detenerse a contemplar la vida, sea en calles y avenidas, sea desde su propia y elevada celda. De otra buhardilla, frontal con la suya, solían salir los trinos de un canario, no muy cantador, porque espaciaba largamente sus gorjeos. Tal vez precisamente por ello, porque no se prodigaba, Renart esperaba ansioso el silbo del canario. Lo atisbaba de lejos: tan fino, tan frágil, moviéndose con rápidos saltitos dentro de su jaula. A veces se columpiaba gozoso. Tomaba sus granos de alpiste, picoteaba una lechuga. O se metía en el agua sacudiendo el plumaje de oro graciosamente. ¡Era una delicia el pajarillo! Habría querido tenerlo en sus manos, acariciarlo con delicadeza, adivinar sus gustos para satisfacerlo. Y es que José Renart amaba lo bueno, lo bello, en especial los seres pequeños y las cosas mínimas. Y el canario del frente despertaba la ternura dormida en su corazón.

Nunca supo quien era su dueño, hombre o mujer porque jamás asomaba a la ventana o lo hacia en hora desacostumbrada, cuando él estaba en la oficina. Mas el canario era un compañero, aun los días que se negaba a cantar. Lástima que no se podía dialogar. ¿Quién sería el dueño? Acaso alguien tan esquivo, solitario, como él mismo; y siendo vecinos ¿no se podía anudar amistad? Pero el misterioso habitante de la buhardilla del frente no asomaba a la ventana y Renart solo contaba con la presencia vivaz del canario amarillo que le obsequiaba parcamente sus trinos.

No se trataba propiamente de un misántropo, porque José Renart alternaba con sus compañeros de oficina, tenía algunos amigos, no rehuía otras presencias en los cafés; pero prefería visitar los parques, se distraía con los juegos de los niños, evitaba las aglomeraciones y los ruidos. Teatro y cine si no aparejaban problemas psicológicos. No siendo melómano carecía de discos y tocadiscos, no distinguía sino entre música delicada y música estridente, rehuendo los conciertos. Le agradaba, en cambio, recoger sonidos lejanos, la música de los organilleros, o tiernas canciones. Si al pasar por una puerta salían de ella sonos desconocidos — suaves por cierto — lo embargaba una emoción extraña, como si la música fugaz le transmitiera un mensaje cifrado que sólo su corazón recogía apresurado.

Odiaba los ruidos, el aire contaminado, los gritos y empujones de la multitud. Felizmente habitaba un barrio no muy poblado, por sus calles circulaban pocos vehículos, lejos de los remolinos de la urbe.

Hombre raro José Renart, dispuesto siempre a tender la mano a quien requiriese su ayuda, fuese persona o animal. Amador de la vida, de la naturaleza, de la soledad y sin embargo aceptante de cualquiera molestia si ella beneficiaba a otro.

Los domingos matinales no se cambiaba con nadie. Abría la ventana, el sol invadía la estancia, y cogido de un libro — Walter Scott, Balzac y o Galdós — leía calmoso, reconstruyendo en su mente paisajes, descripciones, penetrando el sentido de los diálogos, saltando los pasajes tristes, prolongando el deleite de los placenteros. De la calle subían sonidos atenuados. A veces el canario gorjeaba esmaltando de trinos su lectura.

Una mañana se sobresaltó: la música de un cuarto vecino subía hasta su estancia. Tembló a la idea de que el tocadiscos cercano se dejara escuchar todos los días, pero pronto se tranquilizó: al cabo de un mes comprobaba que sólo funcionaba los domingos por la mañana y muy rara vez alguna noche mas como entonces la ventana estaba cerrada el sonido se hacía casi inaudible. Además su dueño tenía buen gusto, tocaba músicas por lo general suaves, agradables, pocas veces orquestas, prefiriendo solos de piano, sonatas, música de cuerdas cuyos nombres Renart ignoraba — sabía tan poco de obras y compositores — y que por lo general, fuese la distancia, el gusto delicado del vecino, o una extraña afinidad auditiva, complacía al hombre de la buhardilla. El otro, el amo de los discos, era discreto: nunca tocaba más de cuatro o cinco discos y luego callaba. Un buen vecino.

Ya estaba habituado al acompañamiento sonoro dominical que no perturbaba su descanso.

Otra mañana amaneció el cielo gris, cosa que siempre lo malhumoraba. Ese cielo gris, tedioso, cuya presencia deprime. Pero como el aire, tibio, no anunciaba frío, dejó la ventana abierta, cogió su novela y a poco las notas de una sonata de piano subieron a su estancia. La escuchó complacido. Después un conjunto de cuerdas melodioso, como si el vecino adivinara lo que a él le gustaba. Su lectura era, asimismo, atractiva. Podía compensar la falta de sol, con el perfecto equilibrio del reposo matutino y la adecuación de su persona al sosiego del ambiente.

Se detuvo el disco. Una corta pausa. Y de pronto un rayo sonoro lo atravesó de cabeza a pies. Un violín agudo, penetrante, vibraba estremeciendo su ser. No era un violín habitual que dialoga con el piano, alternando predominancias y pasajes declinantes, sino un largo y prolongado lamento, como una confesión afligida entre llantos, tristeza y tensa pesadumbre. Además no era sólo una música, sino un lenguaje nuevo, jamás oído por José Renart, algo que hería todas sus cuerdas sensitivas, lo sacudía, lo conmovía, lo atravesaba con cien mil agujas punzantes, rompía su equilibrio emotivo. Y el sonido que escapaba del violín subía, subía en un escalar infinito como si quisiera perforar el cielo. O se proyectaba en crueles anillos opresivos en torno a su cuerpo. Conforme avanzaba la música, aumentaba la intensidad acústica que obraba sobre toda la extensión somática de Renart. No era un violín, ni una música, sino un ser monstruoso, amenazante que pretendía devorarlo. Crispadas las manos en el balcón no podía desprenderse y cerrar la ventana; el río sonoro lo tenía amarrado a su fluencia impetuosa, lo azotaba, lo laceraba, quería disolverlo. Se habla metido en su carne y en sus venas, circulaba dentro de su atormentado organismo. Y el visitante se quejaba, imploraba, rugía como un poseído, buscaba hacer compartir su dolor, su exasperación. A veces se atenuaba en leves pausas como para recuperar fuerzas, luego volvía a encenderse en paroxismos de angustia. Aferrado al balcón Renart oía con terror la música espantable que litigaba contra todo su ser. Conforme avanzaba ella, crecía la tormenta interior que le desgarraba cuerpo y alma. Sentíase preso y torturado a la vez. Le parecía una tempestad de sonidos llegados de otro planeta, algo jamás escuchado, que tenía vida propia, más allá del compositor, más allá del ejecutante, como un gran mensaje prohibido ansioso de destruir al que lo recibe. A ratos la fricción sonora quemaba: Renart pensó que su cuerpo ardía. En otros instantes creyó que el hielo cuajaba en su interior. Y también quemaba. Y el dolor escondido en esa música era tan intenso que atravesaba sus tímpanos y renacía en su corazón más amargo y poderoso aun, como si un viento aniquilador se llevara todo por delante. En el paroxismo del dolor y del miedo, el solitario comenzó a ver figuras gigantescas, colores insólitos, una sucesión de escenas inverosímiles, al tiempo que los otros sentidos recogían sensaciones pavorosas. Tan hondo fué el terror desencadenado por el sonido, que se desmayó.

Se despertó en su lecho, atendido por varias personas. Una mujer joven, llorosa, imploraba:

— Perdónelo, señor. Fué mi niño de cinco años que movió al máximo el volumen del tocadiscos mientras yo atendía la cocina...

José Renart, con voz débil, se atrevió a preguntar:

— ¿Qué música era la que tocaban?

La señora joven dijo confusa:

— El Trillo del Diablo de Tartini.

ERA LA ÚLTIMA

Entró con temor al túnel que no era muy largo y permitía divisar su final. Solían ocurrir derrumbes, por lo cual su marcha fué cautelosa. Había visto parecer a tantos y tantas veces. ¿Por qué esa sucesión de catástrofes? Ayer una población numerosa, activísima, entregados todos a sus tareas habituales, felices, cooperándose mutuamente aunque a cada cual estuviese asignado distinto trabajo. Poco suponía el descanso, pues el movimiento constituía su función natural: iban, volvían, se entrecruzaban sin que nadie perturbara a nadie. Un alto grado de organización permitía que aun los núcleos más recargados de seres subsistieran ordenadamente sorteando todo género de obstáculos.

En verdad, no deseaba haber nacido en otro lugar, sino aquí, en éste, donde se respetaban las jerarquías y cada uno podía desempeñarse dentro de una libertad condicionada por la necesidad común. Feliz, sí, en tanto no sobrevenían los desastres que visitaban periódicamente la región. ¿Sabe alguien por qué se producen? No distinguía o ignoraba qué es Dios y qué la Naturaleza, pero un secreto instinto le advertía que había algo invisible, impenetrable, un poder oscuro y misterioso que aniquilaba a miles en segundos. Entonces los túneles y las galerías se derrumbaban aplastados por una fuerza colosal que destruía las comunidades y mataba por millares. Y las tremendas masas de tierra ocultaban para siempre a las víctimas. ¿Por qué?

Las palabras destino, azar, suerte nada le decían. O las desconocía. Simplemente vivía, trabajaba. Comunicaba con los otros seres, amaba a los suyos, poseía ciertas dotes de orientación y de mando que le permitían guiar grupos: se le obedecía sin que ello le produjera vanidad porque tenía clara conciencia de su deber: buscar, trabajar, cooperar con los demás.

Recorrió el túnel en función exploradora. Los seres que venían detrás aguardaban, vacilantes, hasta recibir la consigna: "camino expedito". Entonces todos se atropellaban para acometer sus nuevas tareas y se reiniciaba el intenso tráfico de obreros, marchas y contramarchas, porque ese era el designio general: avanzar lo más posible cada día.

Reanudado el ciclo normal de actividad en ese sector, siguió avanzando. Una extensa galería torcía hacia el oeste hasta perderse en una curva lejanísima. Entró en ella con precaución: presentaba algunas grietas, muy ligeras, en la bóveda. Posiblemente ocurriría un temblor que debilitó sus paredes, pero el piso se mantenía firme y podía circularse sin peligro por ella. Salió a un ámbito circular en el cual se veían restos de antiguas construcciones. Quedó perplejo: ¿cómo la galería estaba intacta y el recinto circular aparecía aplastado? Siguió avanzando; dos túneles más y otras tantas galerías en apariencia intactas mas su vista avezada descubrió siempre finas grietas en las bóvedas. Remató en un gran cuadrilátero que podía contener a toda la comunidad y donde había espacio suficiente para almacenar víveres y levantar viviendas.

Respiró con satisfacción: aquí traería a los desvalidos. Un temblor no subterráneo, que provenía de la superficie, le dio pánico: se anunciaba el peligro. Podía repetirse la catástrofe que les hizo abandonar su país. En su sencilla comprensión no entraban las causas del suceso. ¿Por qué tenían que trabajar esforzadamente, lealmente, cumpliendo cada cual su labor asignada y de pronto ese terror desconocido lo destruía todo, sin respetar vidas ni viviendas? Para escapar a la devastación pasaban días, semanas, que no veían la luz del sol, teniendo que luchar bravamente para despejar las galerías, limpiar los túneles de comunicación, reconstruir lo aplastado y restablecer la vida.

No hallaba explicación a las tradiciones de las abuelas: "siempre ha sido así. Nuestra existencia es frágil, efímera. Vivimos poco y siempre en peligro. El mal viene de arriba. Tan rápido y con tal fuerza, que nos coge desprevenidos. Por eso nos ocultamos y aunque nos gusta transcurrir en la superficie tenemos que admitir el pasar subterráneo."

¿Sería siempre así? ¿No se podía poner término a ese caer de enormes planchas que mataban sin piedad?

No tenía mucha inteligencia para cavilar sobre lo incomprensible, más si ingenio para afrontar el peligro. Si los demás confiaban en su capacidad de guía, salvarlos era su deber. Pensó que edificando falsas galerías y túneles con apariencia de estar poblados, podría engañar al Gran Destructor. Luego más abajo, donde no llegaría el impacto terrible de su fuerza, se edificarían nuevos recintos y vías de acceso. Así, defendido por esa primera línea de viviendas ficticias, el pueblo podría reposar tranquilo más abajo.

Comunicó su idea a la multitud y todos la aceptaron.

Por mucho tiempo los obreros, dirigidos por expertos arquitectos, levantaron plazas y mercados, avenidas, calles, palacios, viviendas multifamiliares. Y hasta hubo campos de recreo, vastos recintos de formación militar, y escuelas de perfeccionamiento. Se mandaban patrullas de exploración a la superficie que volvían con víveres y materiales de construcción trayendo informaciones negativas: allá, arriba, era peligroso caminar porque las grandes planchas mataban sin conmiseración.

En ese largo lapso pudo creerse que el pueblo estaba salvado. Después de tantas guerras, catástrofes naturales y epidemias, por fin una región salvadora en la cual todos vivían, trabajaban y se entendían pacíficamente.

El ingenioso creador del sistema perfecto recorría sus dominios amado y admirado por la multitud.

Una vez que inspeccionaba la ciudad ficticia cerca de la superficie, al ingresar a un túnel sintió un estruendo terrorífico: un gran pilón de acero de anchísimo diámetro penetraba velozmente hacia abajo.

Entonces la última hormiga huyó con rapidez, apartándose de la catástrofe y sabiendo que jamás volvería a ver a su pueblo.

NADA MAS QUE UN SUEÑO

Es difícil contar un sueño porque no se retiene bien el proceso onírico que transcurre raro, desconcertante, inconexo, casi siempre ilógico. Oscila entre realidad y absurdo. Habita o recorre planos desiguales. Acierta y yerra a la vez. Lo mismo entreabre las puertas del misterio como cubre con velos oscuros el entendimiento. Un dios travieso o un ser maligno conturban y confunden los hilos de lo soñado. Bien mirado, no deberían contarse los sueños, por lo general breves, inútiles, aunque a veces suelen recordarse largos, persistentes.

Claro está que la construcción regular de la escritura no alcanza a reproducir ni en pálido reflejo la magia irregular de lo soñado. Pero en ocasiones, por su misma irrealidad, lo que pasó al dormir pide ser expresado. No importa que las burlas o el menosprecio circunden al narrador.

Digo que fue así.

Yo triste, pensativo, en una llanura desolada evocaba los días felices. Tenía conciencia de no volver a ver a mi esposa recogida por el Señor cuatro años atrás. Soledad y pena me acosaban.

De pronto cambió el paisaje. Íbamos en un "Opel" muy grande, mi esposa, yo, hijos y nietecitos, toda la familia. Era otra vez Embajador en el Vaticano y recorriamos parajes de la Campania. Un retroceso en el tiempo.

María algo cansada, dijo:

— Siempre me mareo al comenzar un viaje.

— Ya pasará — contesté con ternura.

Mi mujer se fue recuperando. Rolando, nuestro hijo, manejaba con cuidado por un camino escabroso. Sonia, atrás, reía y jugaba con los niños. Yo me sumergía en el encantamiento de los ojos de María.

Llegamos a un puentecillo estrecho y empinado de madera. Subió el vehículo pero tuvo que detenerse en la mitad: un cilindro de piedra impedía el paso. Rolando y yo descendimos del vehículo y con extrema facilidad alzamos el "Opel" con sus ocupantes haciéndolo pasar por encima del cilindro de piedra. Nadie dijo nada: parecía la cosa más natural.

Alguien sugirió pararse a descansar. Pero en vez de la posada entrevista, aparecimos, todos, entrando a la tienda "Rhoder's" de Buenos Aires. Mientras la familia se dispersaba por la tienda (yo recordaba que era de artículos para hombres pero ahora tenía también secciones de señoras y de juguetes), me atendió un joven alto, rubio, muy elegante llamado Antonelli:

— Mucho tiempo que no, lo veíamos, Embajador. Venga que le mostraré nuestras últimas corbatas.

Pedí dos que me gustaron en la vitrina, mas Antonelli no podía encontrarlas. "¿A usted le agradan las de corte antiguo, no muy anchas, verdad?" Y manejaba con destreza las cajas de cartón de donde extraía innumerables corbatas anchas, anchísimas que parecían vestidos, de colores detonantes, catastróficamente combinados: ese mundo de exotismo y de mal gusto que constituye la corbatería actual.

Salimos a la calle para indicarle, en la vitrina, las que me gustaban. En la vitrina no habían corbatas sino libros. La escena volvió a Italia.

Un policía me rozó. Yo pensé que me había empujado. Reaccioné inmediatamente. Como diplomático no podía hacer un escándalo. Me contuve. Pero el Presidente de Italia era mi amigo y a él me quejaría. Mi hija Sonia terciaba conciliadora: "El no te vió, padre. Había tanta gente, apenas se apoyó en tí sin querer. Olvídalo." Yo insistía, tenaz. Y me vi en el despacho presidencial. El Jefe de Estado leyó mi carta de protesta, que si bien privada, no oficial, no dejaba de zaherir al servicio policionario. El Presidente me miró bondadoso y sugirió que retirara dos frases algo fuertes. "Hágalo por Italia — expresó y quedaremos tan amigos como antes." Me regaló una caja de puros y quedé confundido: ¿por qué había presentado la protesta?

Al abandonar el Quirinal, me vi en la ladera de un monte, junto a una pastorcita núbil que tenía su flauta y me miraba con dulzura. Su presencia me llenó de alegría: me recordaba a mi hija quinceañera.

— ¿Pero tu — balbucee — eres Sonia, María, u otra que se lee asemeja?

La pastorcita sonrió maliciosa:

— Todavía no puedes reconocermé — manifestó. Faltan diez años para que sea tu mujer.

Sorprendido, no sabía qué responderle. Y bruscamente viajábamos en el "Opel" por la Campania. Recordé que habíamos dejado a la familia en "Rhoder's" y ordené a Rolando volver a recogerla.

El auto hizo un brusco viraje y rodábamos por las calles de Buenos Aires. Súbitamente la calle se cortó: un abismo se abrió delante. Rolando bajó: "voy a pedir información — dijo — para ver qué rumbo tomamos. Y desapareció.

Yo vi que el suelo se abrió en un círculo inmenso y se hundía vertiginosamente. Me asomé al borde del abismo y cara, caía sin prisa sustentado por unas alas metálicas. En la caída me cruzaba con bolas de fuego que temía me quemaran. Quería gritar pero mi garganta no emitía sonidos. Seguí cayendo hacia una negrura sin fondo que me helaba de pavor. Cuando ya me consideraba irremisiblemente perdido volaba sobre un paisaje de maravilla, poblado de casas y jardines. Me posé suavemente en un prado florido y apareció Rolando junto al "Opel". "¿Dónde te fuiste?" — preguntó. Te estaba esperando."

Otra vez el auto rodaba por la Campania.

— Escucha — dije a mi hijo: ¿no teníamos que recoger a la familia donde Rhoder's?

— Claro — contestó Rolando — vamos allá.

Atravesamos un extraño laberinto de callejuelas y llegamos a una planicie desolada. La tienda estaba allí. Rolando fué por un lado, yo por el otro. Antonelli reapareció pero ahora tenía el pelo negro. Buscábamos entre la gente y no hallamos a los nuestros. Una mujer estupenda pasó a mi lado. Instintivamente volví para mirarla: "¡qué cara, qué piernas!" — pensé impulsivo. Luego me avergoncé. "Si mi mujer estuviera aquí diría que soy un chiquillo y lamentaría ofenderla."

De pronto resonó la voz de Sonia:

— Te la traigo: aquí está nuestra María.

Quedé estupefacto. Era la hermosa mujer que pasara a mi lado en la tienda. María de veinticinco años, joven, hermosísima, con su sonrisa, los hoyuelos fascinadores y el mirar cautivante de los ojos oscuros. Vestía el traje granate que me encantaba y en la cabeza llevaba un "canotier" blanco a motas azules que le caía maravillosamente. Era la Siempre-Novia.

La abracé jubiloso:

— Sigues siendo la mujer más adorable. Cuando pasaste a mi lado me estremecí de emoción.

Ella contenta bajó y subió los párpados en un gesto habitual:

— Dices cosas tan lindas...

Luego se sobresaltó:

— ¿Y los chicos? Tenemos que reunir a los chicos.

Fuimos a buscarlos. Jugaban en un carrousel y fué difícil bajarlos. Al fin pudimos reunirlos. Al subir al "Opel" brotó una escalera larga, muy larga como si se tratara de ascender a un avión altísimo. Pero llegamos y acomodados en los asientos reanudamos el viaje.

Ahora rodábamos rumbo a Interlaken sin saber por qué. El día y la noche alternaban en el recorrido. Y a veces enjambres de estrellas, en dibujos irreales se aproximaban y distanciaban del vehículo.

— Ahora el viaje será sin contratiempos — dijo Sonia mientras las risas de los niños sonaban atrás.

Rolando manejaba muy serio, ensimismado.

Mi mujer hablaba entusiasta ponderando el paisaje, desbordante de vida y de alegría. Yo me sumergía en el hechizo de su voz que se desgranaba en lípidos sonos como, una sonata de Mozart.

La miraba desconcertado. ¿Era su novio, era su esposo? Su rostro mudaba en la expresión de las facciones como alejándose a tiempos distantes, como volviendo a imágenes más próximas. Yo esperaba el "sí" de sus labios. Imaginaba el primer beso... y al mismo tiempo sentía la fabulosa seguridad del que ya realizó su ideal: el marido más dichoso del mundo.

Un muro altísimo de cristal nos cerraba el paso. Todos descendimos.

María me atrajo a sí:

— No quiero que te entristezcas — dijo — por eso estoy aquí. Los últimos días te atravesaba la pena. Yo también sufro por ella.

Nos miramos entre risas y lágrimas. Teníamos que construir la casa que albergó más de treinta años nuestra felicidad.

Hijos y nietecitos se alejaban cantando. María se fué disolviendo en el muro de cristal y la cara que me sonreía bajo el "canotier" blanco de motas azules despedía un mensaje de eternidad.

EL EXTRAÑO SUJETO

Primero lo tomaron por espía. Apresado fué sometido al interrogatorio habitual, pero hablaba una lengua extraña que ningún intérprete pudo descifrar. Bien conformado, aparentaba andar por la treintena. Su barba rubia y los ojos azules denotaban al tipo nórdico. Parecía asustado y por medio de gestos daba a entender que no lo echaran afuera, que se quedaría tranquilo en la policía. ¿Pero qué harían con él? No leía ni escribía, ignoraba el manejo de máquinas, demostraba una mentalidad infantil. Lo enviaron a un sanatorio.

No tenía documentación que acreditara su identidad. Pero bien vestido, de maneras corteses, revelaba ser una persona culta. No podían tratarlo como a un vagabundo pues no parecía serlo.

Los médicos dijeron, tras exámenes minuciosos, que se trataba, somáticamente, de un ser perfectamente sano, mas bien vigoroso. Comprendía ciertas cosas, otras no, revelando despierta inteligencia, tal vez no adiestrada en los usos complicados del vivir moderno.

Las hipótesis de los científicos brotaron una tras de otra:

— Pudo estar encerrado mucho tiempo y el impacto con la civilización lo desconcierta.

— Puede ser nomás un espía que finge otra lengua para emboscar su verdadera personalidad.

— O un loco que fugó de un manicomio, un loco pacífico que ignora quien es y lo que hace.

Un cuarto agregaba:

— ¿Recuerdan el caso de Gaspar Hauser, que Wassermann narró tan bellamente? Existen tantos seres que pasan desconocidos por el mundo, sin saber quienes son ni de dónde vienen.

¿Un enigma, entonces? Exactamente: un enigma. Porque nadie pudo entender su lengua. Y el extraño sujeto no molestaba, no exigía. Sólo demostraba terror cuando lo echaban a la calle.

Un enfermero de carácter bondadoso lo acompañó en una de esas salidas e informó a los médicos. "Es un tipo raro. Mira los rascacielos con admiración. Se asusta del tráfico, de los vehículos, de la multitud. Vió pasar un jet por el cielo y su masa voladora o el estruendo que hacía le infundieron pavor. Da la impresión de ser un campesino que viene por primera vez a la urbe y todo le causa asombro y temor."

¿Qué podían hacer con el desconocido?

Tampoco él comprendía el lenguaje habitual, siendo imposible la comunicación. Pero afable, tranquilo y los ojos azules denotaban deseo de comprender y de ser entendido. Podía transportar objetos, algún menester manual, mas era imposible encomendarle trabajos de oficina. ¿Era, en realidad, un ser recluso en su soledad como si fuese sordo; ¿y qué se puede confiar al desprovisto de habla y oído?

El problema fué que las autoridades no sabían qué hacer con el intruso. Ni siquiera se pudo comprobar por dónde ni cómo llegara a la ciudad. Apareció simplemente y un guarda que lo vió vagando, medio cohibido, al carecer de papeles de identificación lo condujo al recinto policario.

Pero ni detectives ni médicos pudieron descifrar el viviente enigma.

No sabía hacer nada de lo que todos hacen. Ni se explicaba ni podía entender lo que se le decía. ¿Cómo el Estado iba a sostener a un ser inútil dentro del rigor civilizado, que existe a todo viviente ocupación útil y comunicación verbal con sus semejantes? Pero el hombre irradiaba simpatía, su porte y sus maneras infundían confianza. Tal vez fuese un evadido de guerra que perdió la memoria. Se le dió un cuarto, se le daba comida y se lo puso en la lista de pensionados y jubilados de la policía.

Dentro del vasto recinto él hacía lo que por signos le ordenaban. Poseía gran fortaleza física, podía hacer el esfuerzo de dos y resultó útil para descargar víveres o trasladar muebles, cosas que hacía con cierta tristeza como humillado por actividad tan baja.

De tanto en tanto lo largaban a la vía, acompañado por un guarda, que él mismo pedía con ojos suplicantes, como si temiera perderse en la babel urbana. Y al regresar de esas salidas, siempre el acompañante informaba que desde el instante de poner pie en la calle el pánico parecía dominarlo.

— Todo lo sobresalta — decían los guardas — sobre todo la velocidad y los ruidos.

Otros confirmaban que miraba a los altos edificios como si fueran gigantes prestos a moverse. El paso veloz de autos y microbuses le producía vértigo. Las muchedumbres lo azoraban. El se movía con ritmo lento y en la mirada perpleja se dibujaba el temor. Y no que fuese cobarde, pues aceptaba cualquier trabajo por riesgoso que fuera. Cierta vez, al pasar junto a seis mocetones de la guardia, uno le echó la zancadilla y lo hizo trastabillar. Otros dos le dieron sendos empujones. Y un cuarto, más atrevido, le escupió en la cara. El desconocido reaccionó como un rayo: alzó el puño y el provocador cayó en tierra desvanecido. Sus cinco compañeros se lanzaron

sobre el extraño tratando de emplear sus conocimientos de judo y karate. El hombre ignoraba ambas artes de lucha, no sabía ni siquiera boxear, pero poseía dos condiciones: una agilidad pasmosa que le permitía eludir los golpes de sus contrarios y una fuerza descomunal. No pegaba con el puño lanzándolo de frente, sino que lo dejaba caer desde arriba como una masa tremenda. Dos minutos después los seis soldados yacían en el suelo.

Se pidió su arresto, pero el comandante de guardia, que había espectado el incidente, sentenció:

— La zancadilla y los empujones son juegos de cuartel. Pasen. Pero el escupitajo a la cara merecía la reacción del ofendido.

Desde esa ocasión nadie se atrevió a provocarlo.

Su comportamiento con las mujeres sorprendía. Bello ejemplar de varonía, se le entregaban fácilmente. Más de una comentaba despechada: "Nos toma como simples objetos de uso. Pasado el acto sexual nos mira con desprecio, se trate de feas o lindas. Es como si fuésemos a sus ojos seres inferiores."

No había manera de comunicar con el extraño sujeto. Una barrera fonética le impedía aprender los giros, las palabras, los modismos del lenguaje habitual. A su vez su rarísimo idioma nadie podía descifrarlo.

Ingenioso y activo se daba buena maña para contentar a jefes y compañeros, pero se apartaba de todo mecanismo o artefacto eléctrico que parecían infundirle un gran respeto.

Raro el tipo: ¿de dónde venía, cuál sería su futuro? Mas él se desempeñaba bien, cumplía lo que se le ordenaba, era un hombre útil. Se negó a recibir sueldo y el ecónomo del cuartel tenía que comprarle la ropa. Aprendió otras funciones que desempeñaba siempre cumplidamente. Ciertamente: era un hombre útil.

Lo que nadie podía explicarse era su zozobra cuando lo llevaban por las zonas céntricas de la urbe. Los altos edificios, el tráfico incesante de vehículos, las multitudes apresuradas, los ruidos y las voces daban la sensación de sacarlo de quicio. Con gestos pedía regresar al recinto policial.

Para unos pasaba por loco pacífico, para otros era evadido de un país remoto. Ni faltaba quienes pensaban que fingía no entenderse con los demás porque era fieramente independiente. En efecto: solía vérselo, en las horas de descanso, contemplar morosa y amorosamente el paisaje. La naturaleza lo atraía.

Un día llegó al país un famoso políglota que dominaba muchas lenguas. Lo llevaron a presencia del desconocido. En las dos primeras entrevistas a nada se llegó: el políglota no comprendía el idioma del sujeto. Pero el caso le interesaba altamente. Insistió en descifrar el enigma y en el tercer encuentro se produjo el milagro: el hombre y el políglota se entendían, con cierta dificultad, pero se entendían.

Cuando el diálogo terminó, el científico se encerró con el jefe de policía y otros dos altos funcionarios.

— Es un griego del tiempo de Pericles — dijo —. Por una inexplicable rotura de la cadena de las generaciones — o de las reencarnaciones — ha llegado aquí con veinticinco siglos de retraso. No puede comprender lo que ve. Cree que los dioses lo han transportado a otro planeta. Antes fué guerrero y pugilista. Ahora sólo pide que lo dejen vivir en paz.

— ¿Nos está tomando usted el pelo? — preguntó adusto el jefe de policía.

— De ninguna manera — repuso el políglota. Si ustedes comprendieran la jerga arcaica, tan distinta del idioma helénico, actual, sabrían por sus labios que dije verdad.

— ¿Qué podemos hacer con él? — alegó otro de los altos funcionarios.

— Dejarlo tranquilo. Estos seres que viajan en el tiempo llegan y desaparecen sin dejar rastro.

PASOS EN LA NOCHE

Tenía el sueño ligero y cualquier ruido lo despertaba. Se incorporó en la cama y escuchó: alguien se movía con pasos leves, muy leves sólo capturables por un oído muy fino. Y no eran esos pasos los que lo despertaran, sino el crujido de las maderas del piso — vieja era la casa — que a veces crujían solas, pero ahora podía distinguir perfectamente los dos sonidos: el rumor amortiguado de los pasos y el lamento de la madera. Siguió escuchando. El pasillo era extenso y pudo recoger indistintamente los dos fenómenos. Los pasos se aproximaban. Silenciosamente tomó la linterna para sorprender al intruso y cuando sintió que llegaban al umbral de la puerta, prendió la linterna y el chorro de luz se proyectó violentamente: no había nadie.

Apagó la luz y ya no se escucharon ruidos ni rumores.

"Estaría soñando" — pensó. Y volvió a dormirse.

Pocas noches después el hecho se repitió. Los pasos eran reales, tan audibles como el quejido de la madera. Estaba perfectamente despierto, nada había soñado. ¿Quién andaba por la casa? Vivía solo, antes de acostarse cerraba cuidadosamente puertas y ventanas de sólidos postigos. Además los enrejados ofrecían mayor protección: era imposible una intrusión nocturna a no ser rompiendo la triple barrera de rejas, postigos y cerraduras. Imposible: nadie podía entrar durante la noche. Sin embargo los pasos atenuados, más de un niño que de un hombre, los recogía nítidamente el oído. Se acercaban. Esta vez sería más cauto. Cogió la linterna en una mano, en la otra una plica de metal para defenderse y esperó.

Los pasos se acercaban. La oscuridad era completa. El que los causaba entró al dormitorio. Prosiguió sin detenerse y por la puerta abierta pasó a la estancia próxima, recinto de trabajo donde tenía el dueño de casa sus libros y utensilios de labor.

Se levantó, prendió la luz y se dirigió al cuarto de trabajo para sorprender al intruso. No habla nadie. Y si lo hubo se evaporó sin dejar rastro.

Joven, sano y animoso Federico Alberto no perdió la confianza en descifrar el enigma. Físicamente nadie podía ingresar de noche a su casa sin ser advertido. No creía en fantasmas ni visitas de ultramundo que, de existir, no se manifestarían como seres vivos y los pasos escuchados eran de un ser vivo reconocibles por cualquiera mente despejada. Insistiría hasta revelar el misterio.

Lo fastidioso consistía en que el fenómeno se reproducía con largos intervalos: pasaban muchas noches sin que nada ocurriese y de pronto volvían los pasos turbando su sueño e intranquilizándolo hasta que sobrevenía la aurora. ¡Malditos pasos y maldito quien los causaba pues no llegaba a descubrirlos!

Los viejos pisos de madera sólo crujían al impacto de cuerpos pesados. A veces, por el frío, por si solos, pero ese era un quejido ocasional, que no se repetía; en cambio cuando regresaban los pasos la madera sonaba continua, persistente, acusando la visita.

Federico Alberto dormía, siempre, con el postigo del ventanal de su pieza abierto, de modo que la luz de la luna se proyectaba en su habitación. Fué una noche lunada, precisamente, cuando el enigma se resolvió a medias. Los pasos en el pasillo entraron al cuarto. Distinguió claramente un bulto de poca altura, mas bien largo, sintió que subía al ventanal y quedó estupefacto al advertir que se trataba de un felino, demasiado grande para ser un simple gato, chico para tratarse de un cachorro de tigre o de puma. Además en el lugar no habían tigres ni pumas. Era, más bien, un gato grande, un gatazo, cuyos ojos brillaban en la penumbra. Y el gatazo recorría el antepecho del ventanal como buscando salida.

¿Cómo pudo deslizarse a la casa si todo estaba herméticamente cerrado? Una vez, pase. ¿Pero cómo pudo hacerlo repetidas veces?

Federico Alberto no era cobarde, mas tampoco un valeroso buscador de aventuras. Reflexionó: el animal, de proporciones no usuales, debía ser muy ágil, vigoroso; armado de sólo una linterna y una plica metálica, la lucha podría ser desfavorable al hombre. Sería mejor quedarse tranquilo.

La luz de la luna revelaba la presencia del intruso con claridad: un felino que se movía sin cansarse dibujando sus formas sobre el fondo del ventanal.

Intentó una aproximación amistosa al gatazo. Le daría un poco de leche y luego lo echaría afuera.

Llamó con precaución, suavizando la voz:

— Michito, michito...

El animal no respondió prosiguiendo su marcha pausada de un extremo al otro del ventanal.

Hizo dos, tres tentativas que no fueron respondidas. Tampoco el sonido de su voz perturbó al intruso. Poco a poco lo fué fascinando el ritmo tranquilo de su marcha, ese moverse sincronizado de su cuerpo, siempre igual, siempre repetido, que se desplazaba con natural elegancia en el estrecho campo del antepecho del ventanal. ¿Qué demonios hacia un gatazo en su cuarto? No habían alimentos; ¿o vendría de la cocina? Y nuevamente la quedó perplejo: ¿de dónde salía el animal? Podía ser peligrosa una lucha. Siguió observando. El rítmico traslado de la figura amenazaba volverlo al sueño, así, sentado en su lecho. De pronto el gatazo saltó al suelo, cruzó el cuarto y se metió al baño. Federico Alberto se levantó con cautela y rápidamente cerró la puerta. El intruso estaba prisionero. Cuando amaneciera, provisto de un palo o de su pistola podría enfrentarlo con ventaja.

— No pudo dormir ya. Se daba vueltas en la cama sin conciliar un nuevo sueño. Dos horas después amanecía. Calzó los zapatos para pisar firme, se puso un salto de cama, y provisto de una fuerte escoba fuese a expulsar al intruso. Abrió la puerta del baño con cuidado. La luz del alba permitía ver con claridad: el cuarto de baño estaba vacío de todo ser vivo. El gatazo había desaparecido. Federico Alberto se indignó: ¡imposible! Él había visto con absoluta certeza al gatazo, sin la menor duda, tan real como su propio cuerpo. Lo vió pasar dos veces ante sus ojos, recordaba su ir y venir acompasado en el ventanal, el salto al piso y cómo enrumbara al cuarto de baño que él mismo había cerrado aprisionándolo. ¿Cómo pudo escurrirse un animal tan grande de una habitación cuya puerta fué cerrada? Absurdo, si, absurdo, pero el hecho era que el gatazo no estaba en el baño y el dueño de casa no había soñado, ni padecía alucinaciones, no creía en apariciones. Además las apariciones no caminan ni hacen ruido de pasos.

Por un tiempo creyó que el incidente estaba terminado. Un felino se metió, posiblemente de día, buscando comida a su casa. Pudo repetir su hazaña varias veces y en la noche no sabía cómo escapar. ¡Pero escapaba! ¿Y cómo diablos escapaba? Para Federico Alberto no existían

misterios: realista, analizador, inmune a desvaríos o alucinaciones todo tenía explicación, por lo cual resolvió aplicar su inteligencia a descifrar el enigma.

En primer término examinó cuidadosamente su casa para comprobar si no existía algún hueco por el cual se deslizaba el animal. Hurgó hasta en la sototierra, los cimientos, los agujeros de aire bien sellados con malla de acero. Exteriormente no había nada, nada que permitiera acceso al interior de la casa. Luego inspeccionó minuciosamente el interior de su vivienda, los desagües, las cañerías, todo rincón o intersticio. Finalmente el techo de calamina. La casa sólidamente construida aunque vieja no ofrecía abertura ni resquicio para dar paso a un cuerpo extraño y menos a un felino corpulento. ¿Por dónde entraba el gatazo? Como si esas inspecciones que le llevaron más de una semana fuesen poco, en las noches recorría toda la casa, que constaba de pocas habitaciones comprobando que ningún bulto, gente o animal podía ocultarse en ella, revisaba postigos y cerrojos cerciorándose que todo estaba en orden: lógicamente, técnicamente nadie ni nada de algún volumen podía introducirse en su vivienda.

Pero los pasos volvían en la noche, no ciertamente todas, sino espaciadamente cuando al maldito animal se le ocurría visitarlo.

Entonces Federico Alberto que no creía en psiquiatras ni en médicos se analizó severamente a sí mismo. No padecía enfermedad ni dolencias. Su mente y sus sentidos funcionaban clarísimos. Para él no existían misterio ni problemas sin solución. El mundo era un territorio de certidumbres, sólo que pocos investigan o investigan mal y atribuyen a factores desconocidos lo que únicamente es consecuencia de su falta de aptitud para concentrarse en el conocimiento de los fenómenos.

Un gatazo que se introducía a su antojo en su domicilio y que luego se evaporaba cuando todo estaba escrupulosamente cerrado, constituía no un enigma sino un hecho no bien analizado, con algún resquicio que a manera de válvula de escape dejaba evadir la solución. Decidió seguir la lucha hasta el fin. Inventaba ingeniosas trampas que jamás dieron resultado: el felino las eludía o las presentía. Otra vez estuvo a punto de dispararle, pero tuvo temor de alarmar a los vecinos. Además él quería capturar vivo al intruso, indagar por su origen, la razón de sus visitas y cómo se evadía. Nada aclaró. Los pasos seguían volviendo, rítmicos y aterciopelados, unas veces reduciéndose a eso, el eco de pasos leves, otras veces configurándose en el gatazo que, silencioso, pasaba de un cuarto a otro, se movía frente al ventanal o se refugiaba en el cuarto de baño sin que al amanecer quedase rastro de su visita.

Posteriormente se le ocurrió dejar leche y otros alimentos gratos a la especie gatuna: al día siguiente estaban intactos. No existía treta para sorprender al intruso.

Federico Alberto llegó a familiarizarse con el curioso visitante que por lo demás no le causaba daño alguno, a no ser el insomnio que a veces le producían sus visitas. Sólo a veces porque al irse acostumbrando a los pasos nocturnos solía recuperar el sueño sin mayor esfuerzo. Luego el felino no desordenaba nada. Era un compañero silencioso al que nunca le escuchó maullido ni ronroneo.

Dos cosas intrigaban y al tiempo molestaban al dueño de la casa: ¿por qué el animal intruso se metía en su vivienda a su voluntad; y por qué su aguzada inteligencia no bastaba para resolver el enigma? Después de cada visita del felino o de los pasos nocturnos, el hombre se deprimía reflexionando en su incapacidad para librarse del visitante.

Tampoco dió resultado invitar a parientes o amigos para comprobar lo que ocurría. Unos escaparon antes del amanecer, otros, incrédulos, insistían que el gatazo se escurría por alguna brecha no encontrada, ni faltó el imaginativo que atribuía a un ser fantasmal las visitas nocturnas.

Federico Alberto tuvo que resignarse a seguir enfrentando solo el asunto, porque la mayoría no escuchaba los pasos, sólo uno confirmó haber divisado el bulto del felino y finalmente todos comenzaron a rumorear que la soledad o el solterío le hacían padecer alucinaciones.

Pasaba el tiempo y crecían el furor y la impotencia del visitado: el felino se burlaba o lo ignoraba, cosa peor. Hasta en las novelas de misterio siempre se daba con la causa de fenómenos materiales o inmateriales. Los pasos nocturnos y el gatazo seguían perturbando su sueño sin que nada pudiera explicar su existencia.

Agotados los medios más ingeniosos para descubrir al intruso, Federico Alberto resolvió acudir al medio heroico: lucharía directamente con el felino hasta sorprender su secreto. Se compró botas, una gruesa chamarra de cuero para evitar las garras, obtuvo una malla para protegerse el rostro y bien enguantado decidió salir al encuentro del gatazo.

Conocía que a la llegada de la luna nueva, el animal prolongaba su visita y además la visibilidad facilitaría su captura o su muerte, porque después de tantas semanas de persecución estaba decidido a victimarlo para terminar con el enigma.

A los primeros pasos Federico Alberto saltó de la cama y comenzó a vestirse con premura. El felino entró a su cuarto con marcha tranquila. No pareció reparar en su presencia o hizo caso omiso de ese ser agitado que se cubría nerviosamente con sus prendas protectoras.

"Prescindes de mi, como si no existiera — se dijo el dueño de casa — pronto sabrás quien soy y como sé luchar contra los intrusos."

El gatazo paseaba lento y sereno sobre el antepecho del ventanal, en su habitual marcha isócrona.

Aproximándose con cuidado, Federico Alberto pudo contemplarlo bien pues no daba señales de asustarse. Era un hermoso gato, de gran tamaño, de piel leonada. Sus ojos relucían como ascuas, a ratos se apagaba el fulgor en ellos, y otros semejaban la superficie especular de un lago verdiazul. Se movía con gran soltura, con elegancia, en un ir y venir de suave ritmo, como si nada le importara lo que ocurría en el ambiente. La mujer más hermosa, esbelta y flexible del mundo no caminaría con tal gallardía y majestad." ¿Pero qué hace este animal en mi cuarto, qué busca, qué espera?" — se preguntaba el hombre y cuanto más se aproximaba y mejor contemplaba al felino se apaciguaban sus deseos de incomodarlo o de luchar con él.

Transcurrió mucho tiempo en un duelo visual sin duelo de fuerzas, porque seguramente el felino lo vea aunque parecía ignorarlo. El gatazo proseguía su marcha inalterable, el visitado miraba fascinado su marcha rítmica y pausada.

Al anunciarse el alba el animal denotó ciertas señales de inquietud. Su andar se aceleró, sin moverse del ventanal. Luego se inmovilizó. Federico Alberto se dispuso a intervenir. Y el momento que alzaba la mano para acariciarle el lomo los primeros rayos del sol matutino hirieron los cristales del ventanal.

El gatazo se crispó luego se tendió cuán largo era y ante los ojos espantados del hombre se fué desintegrando lentamente, lentamente como si el misterioso poder solar lo sustrajera al dominio de la materia desvaneciéndolo en el espacio.

EL JEFE DE LA BANDA

Un tropel de rapaces ninguno de los cuales pasaba de los doce años. Huérfanos algunos, otros desamparados. Provenían de hogares malavenidos o muy numerosos. ¿Tenían padres, parientes que velaban por ellos? Parece que no o acaso fuesen muy descuidados porque los chicos vagaban harapientos, desnutridos, sin que nadie se interesara por sus actos. ¿Qué hacía cada cual durante los días hábiles? No se lo comunicaban: tal vez algunos trabajaban, otros

merodeaban por el mercado escamoteando frutas, cargaban cosas o barrían las calles. No debían ser ocupaciones nobles porque las ocultaban, pero los sábados se reunían a las ocho de la mañana y comenzaba la gran aventura. Se trataba de explorar grutas, de trepar cerros, de buscar supuestos tesoros, de hacer algo que saliera de lo común. Los muchachitos creían que alejarse del sitio habitual era ya una proeza, y a lo que viniera. Solían agarrarse a pedrada limpia con otros chicos, escapar de perros furiosos que los perseguían largo trecho, curarse por sí mismos cuando alguno, infortunado, se lastimaba. Hasta entonces, todo iba bien: el pequeño grupo era unido, se protegían unos a otros, compartían sus escasos víveres — cuando los había — y aunque las burlas recíprocas amenizaban sus reuniones, en el fondo los ligaba la amistad de los débiles y desamparados. Una banda descabezada, desde luego, porque hasta entonces nadie había pensado en elegir un jefe para que los guiara.

Pero esa mañana el Tomasito saltó entusiasmado:

— ¿Por qué no nombramos un jefe que nos mande y organice nuestras correrías?

Se oyeron voces de protesta y de apoyo alternativamente. El José Luis no quería saber de jefes ni tiranías. El Miguelito, en cambio, alegó: mejor que uno mande, perdemos mucho tiempo discutiendo lo que se debe hacer. El Perico protestó: ¿para qué encimar a uno sobre todos? Al punto lo contradujo el Carlos Manuel: no se trata de escoger a uno sobre los demás, sino de elegir uno que conduzca. Hasta las ovejas tienen su jefe. El tropel discutió largo rato, luego sometido el asunto a votación, de los once muchachitos nueve decidieron que se nombrara un guía o conductor y así fué cómo la banda de los abandonados se resolvió a elegir un jefe.

La cosa no era fácil. Carecían de lápiz y papel para votar en secreto. Hacerla de viva voz, de frente todos contra todos, sería exponerse al resentimiento de los no elegidos, porque claro, también debía escogerse un subjefe y un secretario al que ya se le encomendaría funciones. ¿Cómo encontrar un método para elegir al jefe de la banda?

La voz del Vicente resonó jubilosa:

— ¡Cruzaremos la quebrada maldita y el que llegue primero al cerro del frente, será el jefe!

La quebrada, bautizada por los pastores, abría una grieta extensa y profunda entre dos mesetas. Para cruzar de una a otra, se bajaban cuatrocientos metros por senderillos ásperos con muchos recodos. Al fondo, en ámbito sombrío, acechaba un riachuelo, de aguas no muy crecidas. Sortearlo no era fácil, mas pastores y pilluelos saltando de pedrón en pedrón lo cruzaban sin mojarse. El ascenso se tornaba aun más difícil: una ladera empinada, más accesible a las cabras que a los hombres y trescientos metros en lo alto la ceja de la meseta acogedora. Los chicos habían cruzado y recruzado la quebrada dos veces, en dos aventuras estupendas no exentas de riesgo y lastimaduras. La trayectoria de ida y vuelta les demandó grandes esfuerzos y cerca de tres horas. Gran prueba de hombría, gran hazaña, para el tropel de muchachitos nada más atrevido ni tentador que atravesar la quebrada maldita.

La regla, entre ellos, era terminante: nadie podía ayudar a nadie. Cada cual debía hacer el recorrido por sí mismo. Y ahora con mayor razón, el Jefe tenía que demostrar ser el más audaz, el más capaz. Si no llegaba primero al cerro del frente ¿cómo podría comandar a todos?

Partieron con gran algazara, dispersándose por la pendiente del monte. En último término, siempre retrasado, el Bernardo. El menor de la pandilla, enjuto, nervioso, de constitución débil, jamás ganara una carrera, una pelea, prueba alguna de fuerza o de destreza; y sin embargo el Bernardo aventajaba a todos en ideas, en iniciativa, en rasgos de ingenio. ¿Mas de qué valían los gérmenes intelectuales si a los chicos sólo les interesaba sobresalir en los desafíos físicos? El Bernardo, querido o tolerado por los otros debido a su fértil poder de inventiva, resultaba siempre "colero" en todo cuanto emprendía el grupo. Fuese su corta estatura, su escaso desarrollo muscular, y aunque no le faltaban bríos, lo cierto es que su cuerpo no le respondía, impidiéndole

vencer a los compañeros. ¡Y habría sido tan hermoso llegar el primero al cerro del frente y ser elegido Jefe, él que poseía tantas ideas y recursos para hacer más atractiva la vida de la banda!

Pero Dios tenía dispuesto que el Bernardo fuese siempre el último. ¿Por qué? ¿Acaso existe un Dios que favorece a los fuertes y otro que no puede auxiliar a los débiles? El Bernardo comenzó a descender la ladera del monte triste y desalentado: llegaría el último. Como siempre, lo acogerían con rechiflas, se burlarían de su fragilidad. Dios permitiría, una vez más, su destino de rezagado. Dios... ¿pero qué es o quien es Dios? — se preguntaba el Bernardo. ¿Por qué faltaba el pan en unos hogares y en otros sobraban alimentos? Unos nacen fuertes, bellos, arrogantes; otros — como el pobre Bernardo — débiles, feos, materia de burla o menosprecio. ¿Por qué? Creía en Dios, en la Virgen, en los Santos, sin explicarse porqué favorecían a unos y se olvidaban de otros. Y debe haber premio para los buenos y castigo para los malos, premios y castigos que los miraba lejanos, muy lejanos; y entretanto la vida seguía inexorable, abriéndose risueña para los fuertes, sombría y dura para los débiles. ¿Quiénes habrían sido sus padres? El huérfano lo ignoraba y un oscuro resentimiento brotaba en su alma contra ellos por haberlo engendrado frágil, debilucho.

¿Estará muy arriba, por eso no le llegan nuestros ruegos? ¿O será que nuestras voces son muy débiles? ¿Cómo será su trono? ¿Por qué nunca lo podemos ver? Tal vez no existe... Pero yo creo en ÉL. Además hay muchos que reciben sus beneficios y lo agradecen. Lo que no entiendo es por qué escucha a unos y a otros jamás; ¿por qué? El Bernardo se perdía en dudas y confusión ante el misterio de un mundo dividido, unos protegidos por Dios, otros abandonados a los cuales no llega su amparo. No lo convencían las palabras del sacerdote en la Iglesia ni las razones de doña Brígida que lo recogiera párvulo. "Los que más sufren aquí, serán los más felices más allá." ¿A él qué podía importarle lo que pasará después? Lo importante era ser dichoso aquí, disfrutar de la vida, de ésta vida que ofrece todo a unos y niega todo a otros. En verdad él no tenía amigos: lo soportaban solamente. Era tan triste saberse solo, abandonado. Si Dios quisiera ser su amigo, una vez, solo una vez, aunque sólo fuera un instante, lo haría tan feliz, tan feliz... "Si Dios quisiera ser su mi amigo..."

El Bernardo descendía lento y torpe. Llegaría el último; ¿para qué esforzarse?

Una figura blanca brotó a su lado:

— Ven — dijo — cógete de mi túnica.

El Bernardo quedó sobrecogido de asombro:

— Eres Dios — aventuró — ¡qué bueno eres!

— No — repuso el desconocido — Dios no puede ser visto por las gentes. Dí que soy un amigo.

Alto, rubio, de ojos melancólicos su voz sonaba con dulzura:

— Cógete de mi túnica — repitió — y no tengas miedo.

El Bernardo se tomó de la túnica de la figura blanca y al punto advirtió que una fuerza extraña le infundía confianza en el desconocido.

Suavemente comenzaron a desprenderse del monte y avanzaban horizontalmente por el aire, en línea recta hacia el cerro distante. El Bernardo se estremeció de alegría: ¡un ángel, un ángel lo transportaba! Pero su júbilo duró poco: no era un ángel porque carecía de alas. Era solamente un ser misterioso que sin alas se deslizaba por el espacio. El chico miró hacia abajo y lo invadió el vértigo: el fondo sombrío de la quebrada llamaba con perversa atracción. El desconocido lo conducía seguramente por los aires, ni muy rápido ni muy lento, y el chico sentía como se alejaban la meseta y cómo se aproximaban al cerro opuesto. Suspendido en el espacio,

sobrevolando la terrible quebrada maldita, sentíase piloto, rey y aventurero a la vez. ¿O estaría soñando? Pero no, no soñaba porque estaba firmemente cogido de la túnica blanca, un aire tibio le acariciaba el rostro, veía claramente los accidentes del paisaje y hasta le pareció ubicar los bultitos negros de sus compañeros bajando la empinada ladera.

Siguieron avanzando por el espacio. El Bernardo no se atrevía a preguntar nada. Conducido por la figura blanca que se movía sin ruido y sin esfuerzo contemplaba maravillado cómo se aproximaban a la otra meseta. Llegaron en pocos minutos y como estuvieran a mucha altura del suelo, el amigo inició el descenso con inalterable suavidad hasta que se encontraron en la cima del cerro y el momento que el chico se aprestaba a rendirle agradecimiento la figura blanca se esfumó. Estaba solo.

El chico no podía explicarse lo sucedido. Se resistía a dar crédito a sus ojos. ¿Estaba realmente en la meseta opuesta, sobre el cerro negro, había volado sobre el abismo, debía aguardar largamente a sus compañeros? Y quien era el desconocido: ¿un ángel, un enviado de Dios, un "amigo" como él mismo se había nombrado? Pensó en los cuentos de Las Mil y Una Noches: tal vez un mago... Pero los magos y los cuentos son invenciones de los grandes: no existen. El Bernardo se perdía en mil confusiones...

No podía creer en la travesía prodigiosa a través de los aires.

Mucho tiempo después, cuando el grupo de los tres más audaces, jadeantes, derrengados, estupefactos, preguntaba:

— ¡Bernardo: ¿cómo llegaste aquí?

— ¡No puede ser! Tú debiste llegar el último...

— ¡Imposible. No es Bernardo, es otro!

El chico, mientras pelaba una mandarina, se limitó a contestarles sonriente y burlón:

— Deben decir: "Jefe: ¿cómo lo hiciste?"

SONABAN MUSICAS

Cierta vez oyendo una Cantata de Bach recibió una promesa tan hermosa que lo inundó de alegría: se sintió rey del mundo.

Y otra vez escuchando a Bela Bartok creyó convertirse en un violín exasperado que una mano invisible pulsaba desesperadamente.

La promesa inefable jamás se cumplió. El violín sigue vibrando, no termina nunca. Descífralo.

SOLEDAD

Vivía solo, atendido por una sirvienta que le preparaba las comidas, lavaba la ropa y limpiaba la casa. Viejo, viejísimo, manteníase erguido y vigoroso. Perdida la cuenta de los años sospechaba haber trasmontado los noventa. Lento, pesado, el cuerpo se movía seguro todavía. Su mente no era tan ágil, ciertamente, a veces olvidaba nombres y palabras, pero se conservaba lúcida, percatándose perfectamente de todo lo que sucedía en su redor. Detestaba los periódicos y la radio, inventos maléficos que sólo difundían horrores y sobresaltos. Releía sin cansarse Dickens, Dumas, Julio Verne, Conan Doyle. Se entretenía en el jardín, ordenaba y reordenaba sus colecciones de minerales y piedras raras. Solfa aventurarse en cortas caminatas por el parque

vecino, sin cruzar palabra con otros, lo que se explicaba: nadie lo conocía y él no conocía a nadie. Alma de otro tiempo no entendía las prisas ni los afanes ajenos; ¿y a quien podían interesar le sus confidencias? Militar retirado con alguna figuración política, escribía sus memorias y ya muy viejo, sólo en los últimos años diósele por asomar cauteloso a filósofos y poetas, tímidamente, admirando ideas, cosas que no comprendía bien. Heráclito, Píndaro, nombres para él sagrados, abrían puertas mágicas a su entendimiento pero con frecuencia deteniase ante la luz cegadora de un concepto o de una imagen; entonces cerraba el libro y volvía al jardín o a sus colecciones y memorias.

Vida tranquila la suya no perturbada en su discurrir cotidiano. Carecía de familia y de amigos, todos desaparecidos en el curso de su larga existencia. Tenía bellos recuerdos. ¿Solitario? No del todo, porque si bien le faltaban la compañía de seres vivos, la comunicación permanente con otras personas, le bastaba asomarse a la ventana de su cuarto desde la cual se dominaba el parque, para insertarse en el mundo movable del paisaje exterior. En la esquina los suplementeros vendiendo diarios. Más allá grupos de niños esperando los autobuses que los llevarían a la escuela. Luego las amas de casa y las cocineras con sus canastas hacia el mercado. El tráfico incesante de autos, micros y camiones. Siempre había movimiento humano en el parque. Nunca faltaban bicicletas, jóvenes señoras cuidando los juegos de los niños. Y estaban, también, los dos vigilantes que defendían los jardines de la horda infantil. Y el jardinero que los regaba. Y a un extremo del parque la botica siempre concurrida por el vecindario. Todo un mundo de color, de vida, de agitación permanente. Asomado a su ventana el señor Felipe podía comunicar visual y mentalmente con todos esos seres y esas cosas que transcurrían allí afuera, adivinar sus inquietudes, seguirlos en la peripecia de sus vidas.

No estaba pues solo, ya que podía compartir, de la distancia, la intensa movilidad de la vida exterior. Pero él odiaba el bullicio y las multitudes. Prefería mirar detrás de los vidrios, lo que ocurría en el exterior. Cualquier incidente despertaba su interés: niños detrás de una pelota, otros en bicicletas, una caída, un grito de socorro, la mamá que corre presurosa en ayuda del afligido, el grupo que se amontona junto al heladero. O la llegada de los escolares al mediodía. De pronto una pareja de enamorados que parecen existir fuera del mundo. Dos señores que discuten gesticulando y se separan visiblemente enojados. Más allá un anciano que conduce a su perrito desesperado por soltarse de la correa que le ciñe el cuello. Suceden tantas cosas y tan variadas, en el parque, que el señor Felipe podía transcurrir largos lapsos observando detrás de su ventana sin que aminorara su interés por el bullente mundo de afuera.

La soledad existe únicamente para los que no quieren ver ni entender. No es necesario comunicarse con cercanía física ni con palabras. También de lejos se puede participar en el general movimiento del mundo y de sus seres.

La existencia del anciano transcurría apacible, siempre provista de interés porque ojos y mente, en constante acecho, aproximaban sin cesar el paisaje exterior al paisaje reflexivo del señor Felipe.

El nonagenario vivía por los ojos.

Esa mañana tocó el timbre y nadie respondió. Se levantó, fuese a la cocina: no estaba la buena Josefa. "Se habrá enfermado — pensó — ella no falta nunca a su trabajo." Resignado se preparó el desayuno. Se lavó, se vistió y se asomó a la ventana. Un hermoso día de primavera lo saludó cordial. El parque lucía en todo su esplendor pero no había gentes ni vehículos. Miró su reloj: sería muy temprano, había madrugado en exceso; pero no, las manecillas del reloj señalaban las ocho de la mañana y a esa hora el parque ya solía hallarse en pleno movimiento. Sorprendido por el insólito hecho no sabía qué hacer. La botica estaba cerrada. No tenía teléfono, ¿y a quien dirigirse aun si lo tuviera? Bajó a la cocina: seguía cerrada: "esta Josefa... ¿qué le habrá pasado?"

Subió nuevamente al piso superior y se asomó a la ventana. El parque yacía, ahí, inmutable, silencioso, despoblado de vidas, gritos, voces, incidentes. No podía ser, era imposible...!

Pasaron largos minutos y nada ocurrió. El señor Felipe se estremeció: bueno, esto podía ser la soledad. Ni Josefa andaba por la casa ni movimiento alguno del exterior visitaba sus ojos. Estaba aislado, completamente solo. No podía dar crédito a su vista: todo inmóvil. Todo quieto, silencioso. Verdad que el oído le fallaba, escuchaba dificultosamente, pero ni aun abriendo la ventana pudo recoger los ruidos habituales. El parque seguía desolado. El señor Felipe volvió a estremecerse: ¿y si la muerte fuese así, ese vacío, ese silencio, esa imposibilidad de comunicación? Se sonrió de su ingenuidad: ¿cómo hablar de muerte en un día tan bello? El cielo azul, el sol cálido, formas y colores en la naturaleza, y la luz radiante de la primavera dibujando todo con nitidez. ¡Qué absurdo pensar en el no existir cuando todo habla de vida y de armonía!

Para calmar su zozobra púsose a examinar sus minerales. Intentó escribir sin lograrlo. Un paseo por el jardín lejos de tranquilizarlo aumentó su inquietud: ¿qué ocurría? Una guerra, una epidemia, una catástrofe, tal vez... Todos habían huído... Lo sacudió el pánico. Pero no, no podía ser: ni guerras, ni epidemias, ni catástrofes vienen silenciosamente, más bien con tumultos, estruendo, turbas asustadas que corren de un lado a otro.

Regresó a la ventana. Apesar del hermoso día, le pareció que el parque desprovisto de movimiento cobraba un aire fatídico. Nada, nada, no pasaba nada. Y sin embargo todo estaba igual a la visión de cada día. Las tejas rojas de su casa, los pinos enlazados en el muro exterior, los árboles distantes, los mosaicos del patio, los cerros encrespados en lejanía, hasta los tapices de hierba del parque pueden ser compañeros si los miramos con simpatía y les pedimos "contactar" como se estila en lenguaje actual. Se esforzaba por extraer sentido y acercamiento a lo inorgánico, a lo inmóvil, pero los accidentes del paisaje, desprovistos de la presencia humana no respondían a sus llamados. Creyó comprender que el mundo sin seres humanos no es mundo.

Pensó salir al parque para indagar qué ocurría. Abrió la puerta y el espectáculo de los jardines vacíos lo aterró: ¿qué haría en esa inmensa desolación? Se apresuró a volver a su refugio visivo: desde la ventana reflexionaría mejor, procuraría desentrañar el enigma.

Todo seguía igual. Las horas transcurrían en penosa lentitud. Nada, nadie... ¡Condenada Josefa, faltarse precisamente ahora, cuando más necesitaba su presencia! Tuvo que prepararse el almuerzo a base de huevos y fruta. Tomó algo de vino para reanimarse y no tuvo deseo de fumar el habitual charuto que coronaba las comidas. Tampoco pudo conciliar la siesta acostumbrada. Pensaba, pensaba... ¿Qué ocurría?

A las tres de la tarde su ansiedad y su temor crecieron. ¿Era el fin del mundo anunciado por profetas y sabios? Pero el fin del mundo no podía suceder si todo se mantenía en su lugar. Un vacío enervante, luego punzador. Nadie, nada que pudiera explicar lo que ocurría. Sabía que no era cierto, pero por instantes lo asaltaba la terrible duda: estaba solo en el mundo. ¿O estaría soñando? Conforme avanzaba el día el señor Felipe sentía que la tensión de su espíritu aumentaba. ¿O estaría por volverse loco? Si: los sentidos suelen fallar con la edad avanzada. Tal vez se turbaba la vista, ensordecía, su mente, confusa, no captaba bien lo que pasaba y esos desarreglos orgánicos influían para desconcertarlo y alejarlo de la realidad. Si, eso era: iría al médico, al oculista, al especialista en oídos. Se sometería a una revisión médica que tanto repudiaba. La explicación no podía ser otra: disminuían sus sentidos, fallaba la maquineta humana. Debían ser trastornos físicos, alucinaciones los que padecía. Y el mundo seguía como siempre. Era él quien fallaba.

Las cuatro. Pegado a la ventana seguía elucubrando razones y motivos para justificar la extraña soledad, el pavoroso silencio. Por primera vez el parque abandonado se alzaba como un enemigo temible, hostil y desdeñoso. Rogaba desesperadamente que apareciese alguien o algo, un niño, una persona, un auto siquiera pero nadie se presentaba. El viejo señor era valiente, no en vano fuera militar. No tenía miedo a los peligros o enemigos que se presentaran al frente, pero ese adversario invisible que existía en el parque o detrás del parque le quitaba todo su valor porque ignoraba sus proporciones, su figura, la magnitud de su amenaza.

Su larga observación la alternaba con paseos por el jardín, examinando sus colecciones, tratando de escribir las memorias. Bajó muchas veces del primer piso a la planta baja hasta que reparó que ascensos y descensos carecían de objeto. En el fondo trataba de ahuyentar la zozobra. Sus reflexiones se tornaban cada vez más angustiosas: ¿qué sucedía? Y de suceder algo extraño en el mundo o en su persona ¿por qué no podía comprenderlo? El gustaba de la soledad, mas una soledad compartida, con la buena Josefa próxima y el mundo bullente de seres vivos y máquinas rodantes al alcance de sus ojos, y no ésta otra soledad insólita, ausente de voces, de figuras, de ruidos. Este vacío aterrador que lo confinaba al absoluto silencio y a la angustiosa incomunicación.

El señor Felipe trató de infundirse ánimos. Ya pasaría, era sólo un estado transitorio de trastornos físicos, de alucinación, un desvarío de la naturaleza que pasaría, pasaría... Pero el parque vacío, desolado, no confirmaba sus asertos. Seguía, ahí, inmóvil, silencioso, cubierto por una capa de indiferencia o de hostilidad que nada perturbaba. Luego el viejo señor pensó que sus ideas fluían con naturalidad, en orden lógico, sin ofuscaciones. No, no estaba enfermo, no deliraba, no era víctima de la imaginación. Sus sentidos, aguzados, le devolvían claramente las impresiones habituales. Sintióse valeroso, resuelto, como en los antiguos tiempos y salió al encuentro del enemigo decidido a descubrirlo primero para aniquilarlo después.

Buscaba, buscaba, todo él alerta y acometivo. Tenía que ubicarlo para destruirlo. Pero el enemigo no se presentaba. Sólo el parque inmóvil, silencioso, huérfano de acicates y accidentes. A ratos se le antojaba un adversario gigantesco que se mofaba de su miedo y de su búsqueda. Pero no: era solamente el parque conocido, no un enemigo, sino otra víctima como él, también solo, abandonado. Pobre parque, no tenía a quien quejarse, ni podía expresar su miedo porque el parque sólo se comunicaba por medio de los seres humanos y de las máquinas u objetos que éstos mueven.

Creyó entender lo que pasaba... El parque y el viejo señor eran víctimas de un poder ignorado que los había confinado a la absoluta soledad y al extremo silencio. Y no podían comunicarse porque el vacío los habitaba, los alejaba uno de otro.

A las cinco de la tarde, cuando la extrema tensión y el pánico volvieron a apoderarse de su alma, el señor Felipe insumía su razón en el pavor de la soledad que lo obsedía.

Sucedió en el día del censo.

MALLKU KAPHAJ

No era andinista, no se proponía subir a los nevados ni a las cumbres más excelsas de la Cordillera. Pero si un trepador de montañas, sin equipo especial, de improviso, cuando se le antojaba, por simple impulso deportivo, en busca de aventura, o porque la soledad montuosa y el riesgo de alcanzar la cima lo tentaban.

Conocía todos los montes que circundaban la ciudad, algunos elevados ciertamente, otros quebrados y difíciles. Se daba buena maña para escalarlos sin ayuda de cuerdas ni de picos. Unos guantes gruesos para evitar los filos rocosos y recios zapatos constituían sus armas para vencer los cerros más empinados. Y una voluntad acerada que no retrocedía ante ningún riesgo. Además cauteloso y razonador media los obstáculos, tenía noción de tiempo y espacio, calculaba con precisión sus movimientos. El frío escalador podía responder de sus acciones. Tuvo escasos percances que le sirvieron para afirmar su destreza. Bien mirado no hay montaña que no pueda ser vencida, sí se procede con método y con valor.

A varios kilómetros de la ciudad, hacia el oeste, un monte empinado alzaba su cono altanero. De lejos se lo avistaba solitario, desafiante. Sus flancos, de color purpúreo, cambiaban de matiz a la hora crepuscular. Dos veces llegó a su falda, pero cansado no pudo intentar el ascenso; y el paraje desolado no ofrecía ayuda humana ni recurso material alguno. Juzgó prudente hacer el tercer intento tomándose cierto margen de seguridad: debía emprender la subida fresco, en la

plenitud de energías y reservas físicas. Y así lo hizo. Un domingo partió en el "Morris" y cuarenta minutos después estaba al pie del cerro colorado.

Sonrió para sí: esta vez si te vencerá.

Un indio que pasaba con sus llamas lo miró de soslayo.

— Tatito: ¿cómo se llama este monte? — preguntó el arquitecto.

El indio no contestó. El otro se le aproximó y le ofreció una manzana en gesto amistoso. Repitió la pregunta.

El campesino lo miró desconfiado. Tomó la manzana y luego lentamente repuso:

— Nina-Kollo, le dicen. Pero no subas... Es la casa del Mallku.

Y se alejó como temeroso de hablar más.

El arquitecto reflexionó. "Nina-Kollo, cerro de fuego. ¿Sería un volcán extinguido? Y Casa del Mallku ¿no significa la Casa del Cóndor? Pues tendría doble satisfacción: vencer al gigante pétreo y acaso ver el vuelo de un cóndor, el animal totémico que admiraba y que sólo dos veces viera cruzar por el aire.

Condujo el auto detrás de una tapialera, cerró cuidadosamente las puertas e inició el ascenso que calculó en dos a tres horas, pues si por ciertos lados el coloso se quebraba en farallones y precipicios, había una ladera más accesible que lo llevaría sin mayores riesgos a la cumbre.

A las siete de la mañana ningún ascenso parece difícil.

El arquitecto comenzó a trepar el "Nina-Kollo" seguro y calmoso. No tenía prisa.

Las dos primeras horas transcurrieron sin incidentes. Lo único que al mirar el reloj comprobó que apenas si habría vencido la mitad del ascenso. "Demonios! — se dijo — tardaré más de lo previsto." Mas no estaba cansado y tras un breve descanso reanudó la subida. La segunda parte del recorrido fué menos fácil. Tropezó con dos cortes que lo obligaron a retroceder buscando nuevo acceso. Resbaló más de una vez pero manos y pies le respondieron bien. Una hora más tarde ya sintió señales de fatiga. Volvió a descansar y al levantar la vista le pareció que la cima estaba más distante, como si se hubiese alejado. "Tonterías: pasa siempre cuando uno se halla cansado." Descansó y siguió trepando con más lentitud, con más cuidado, porque los pedruzcos y la paja brava, así como el terreno irregular dificultaban el ascenso. "Bravo había sido el monte..." Faltando un centenar de metros para arribar a la cumbre tuvo que tomarse otro descanso: tres horas de subida, pero ya llegaría. Devoró la tercera manzana y sentado en la roca contempló el paisaje de lo alto: un cóndor lo surcaba imponente. .

¡El "Mallku"! ¿Pero sería un cóndor corriente o el "Mallku-Kaphaj", el Cóndor Poderoso del ancestro? Volaba lejos del cerro y no se lo veía bien. Por la majestad de su marcha y la envergadura de las alas se podía presumir que era un cóndor. El ave se perdió en lejanía.

Juzgó un buen augurio el paso del animal totémico: el cóndor siempre aporta felicidad o victoria.

Los últimos tramos fueron los más ásperos. Por fin jadeante, laxas las piernas, seca la garganta, alcanzó la cima: un recinto oblongo, más extenso de lo que podía presumirse desde el suelo, inclinado hacia el sur. Sentóse en la tierra, aspiró con fruición el aire puro de la altura y miró el paisaje que se abría en vacío vertiginoso.

Al fondo la línea dentada de la Cordillera con sus cimas encrespadas. Luego la meseta, disforme, cruzada de montículos y hondonadas. Los caseríos indígenas con sus casitas microscópicas y el verde de los sembríos. Más allá la ciudad con sus torres y sus quiebras, quieta y silenciosa. Y en el ámbito circundante peñas, precipicios, alturas espantables. A la derecha divisó las dos quebradas que conducían a los valles. El sol del mediodía vibraba en el aire diáfano. Una tempestad de la tierra, agitada en sus líneas agudas, una orgía de colores. Valía la pena haber subido... El arquitecto no se cansaba de mirar y admirar la tensa agitación del paisaje, la movilidad del suelo y todos sus contenidos, absorbiendo la fascinación del espectáculo aéreo cuando el hombre encaramado en la eminencia montañesa, se siente amo del mundo, rey de su audacia y su proeza. Y es que el Ande, visto desde cualquier ángulo y sobre toda cumbre, espolea y enardece. Exalta la voluntad, distiende el vuelo de la imaginación. El trepador de montes, desde la altura soberbia, se piensa ave y deidad a la vez: está violando los secretos del espacio y cree ser habitante y señor del vacío que se abre a sus pies.

¡Hermosa visión, viril encuentro del hombre y la montaña! Podía permanecer como el indio largo tiempo sumido en los hechizos de la tierra.

El hambre y la sed lo acicatearon: debía descender. "Diablo, las doce y media!" La bajada sería menos penosa.

Había cubierto un corto trecho cuando una piedra lo hizo resbalar y la brusquedad del paso en falso hizo arrastrar dos, tres piedras más, dejando un pequeño hueco oscuro a la vista. ¿Una cueva, una perforación minera, un simple accidente telúrico? La fatiga se impuso a la curiosidad: "Bah, qué puede importarme!" y prosiguió el descenso que como había previsto resultó menos dificultoso en tiempo y esfuerzos.

Pronto se olvidó del ascenso al monte; tuvo que trabajar redobladamente en un proyecto de vastas proporciones y se privó por varias semanas de visitar cerros.

Terminado su trabajo pensaba pasar el fin de semana en el Lago, cazando patos. Pero la víspera soñó que estaba frente a una gran montaña de forma cónica que ardía y expulsaba luces de colores. Al principio se asustó. Luego el monte lo invitó a trepar y después de un largo ascenso vióse ante una abertura descomunal. Alguien lo cogía de la mano y conduciéndolo por oscuros pasadizos lo llevó hasta una inmensa gruta circular poblada de extraños edificios en la cual pululaban gentes de ratos atavíos. Allí también ardía un fuego insólito que no quemaba. Y en inmensas ruedas que giraban horizontales las gentes se divertían locamente. Pasmado del espectáculo, el arquitecto intentó subir a una de ellas: no se lo permitieron. "Prueba esto — mandó una voz — será mejor." Se abrió el techo de la gruta. Un cielo azul eléctrico lucra en lo alto. Y un pequeño vehículo de dos asientos se disponía a subir por un riel vertical que se perdía en el espacio. Tuvo miedo, vacilaba, y el instante que se disponía a subir al extraño artefacto un estallido de fuegos artificiales de indescriptible belleza inundó el vasto recinto...

Se despertó desconcertado. ¿Fantasía onírica o lo habla visitado el "Nina-Kollo"?

Resolvió volver al monte purpúreo, desconfiando de su propia ingenuidad. Un sueño es un sueño solamente; ¿qué tenía que ver con su pasada experiencia? Pero el deseo crecía adentro, muy adentro: tenía que ascender nuevamente al "Nina-Kollo" y acercarse al pequeño agujero producido por el resbalón. ¿Qué sería?

Un domingo, mejor provisto, llevando alimentos y naranjas para combatir la sed y un corto pico para cavar emprendió el segundo ascenso al cerro. Fuese la ansiedad por descubrir qué habla en el hueco visto y soñado, o que se hallaba en mejor estado físico, lo cierto es que la trepada resultó menos difícil y no tan larga como la primera vez. Encontró el agujero intacto: nadie había subido hasta él puesto que las piedras dispersas ocupaban la misma posición en que las dejara. Antes de comenzar a cavar contemplaba el paisaje chupando una naranja. Un viento extraño y un

zumbido insólito lo sacaron de su ensimismamiento: a corta distancia se dibujó en el aire la silueta del cóndor planeando majestuoso. Un ave enorme cuyas alas desplegadas podían contar de cinco a seis metros de envergadura. Se le podía divisar bien, porque volaba despacio, en círculos concéntricos y varias veces pasó muy próximo al arquitecto. Era una visión soberbia. Distinguió la cresta roja, el pico sepia, la gola blanca ancha y deslumbrante. El pecho fornido. No se le veían patas ni garras que estaban plegadas. Pero las alas formidables y el plumaje estupendo se cernían solemnes en el espacio. El animal se movía seguro, reposado, como un soberano consciente de su poder. Paralizado de asombro y deseoso que siguiera el espectáculo, el trepador no se atrevía a moverse. El cóndor no lo había visto o no le importaba su presencia: proseguía sus lentas evoluciones. Era un "Mallku", un cóndor-jefe a juzgar por sus dimensiones. Rasgaba el aire desdeñoso sin que se le pudiera ver los ojos. ¿Enojado, indiferente? El arquitecto pensó que hermoso sería hacer un amigo del ave augusta. Pero esa altiva majestad voladora ¿podría admitir la proximidad humana?

El cóndor se elevó bruscamente como una flecha hasta convertirse en un puntito en lejanía. Luego volvió velozmente y a un centenar de metros del arquitecto, plegando las alas, se hundió en el monte. El Indio tenía razón: el animal tenía su casa en la montaña.

El escalador inició su tarea. Con el pequeño pico removió el agujero. Después de remover muchas piedras y de una hora de intenso trabajo vió recompensados sus esfuerzos: la ancha abertura desembocaba en un túnel sombrío. Penetró a él mas a los pocos pasos reinaba la absoluta oscuridad. "Maldita sea: ¿por qué no traje una linterna?" Un gran agujero, un túnel, el misterio: fué el resultado de la segunda visita al "Nina-Kollo." Pero el arquitecto tenía la certeza de que algo muy grande lo aguardaba al extremo del túnel.

Apenas iniciado el descenso una sombra se proyectó en el suelo: el cóndor vigilaba, allí arriba. Su planeo tranquilo no daba señales de peligro. De pronto se precipitó en picada recto hacia el intruso. Este cogió dos piedras dispuesto a defenderse. Cuando el ave se acercaba inmensa, temible, le arrojó la primera que no dió en el blanco; la segunda le tocó el pecho y el cóndor se detuvo en pleno vuelo. El arquitecto lo miró aterrado. El rey de las aves puede ser muy bello cuando surca el espacio, más enfurecido es otra cosa: un ser diabólico que amenaza destrucción. Las alas se agitaban airadas. Los ojos rapaces ardían de ira. Patas y garras buscaban su presa. El cuello se movía colérico. Y del fuerte pecho y el soberbio plumaje agitado bajaba una sensación de máquina de guerra dispuesta a matar. Inmovilizado por el pánico el arquitecto no atinaba a defenderse. Si ese inmenso poder de alas, pico agresivo y garras se precipitaba sobre su pequeño cuerpo ¿qué podría hacer?

El cóndor reanudó un vuelo corto. Solía detenerse en el aire, planeaba, luego volvía a aproximarse sin esconder su enojo. El arquitecto sabía la fuerza asesina de sus alas inmensas que mata gentes y despeña mulas de un solo golpe. No se atrevía a moverse. Cuando pudo vencer el miedo instintivamente cogió el pico y lo esgrimió para defenderse. De inmediato el ave respondió al desafío: se arrojó contra el osado y de un aletazo echó cerca el pico y por la fuerza del golpe tumbó al hombre en el suelo.

Comprendió el arquitecto que estaba a merced de su enemigo. El momento que se precipitaba a golpearlo, le pareció que un monte alado se desplomaba encima. El viento que desplazaba lo hizo temblar y un grito horrísono lo asordó momentáneamente. Si no era un ave, era un demonio alado capaz de aniquilar a diez hombres. Había caído de bruces. El aletazo no tocó su cuerpo, sólo el instrumento, pero el impacto fué tan violento que lo tenía echado en tierra. Entonces la razón volvió a su mente. Debía permanecer inmóvil, como si estuviera muerto, dar al ave la sensación de haberlo vencido. Así tal vez salvaría la vida. Permaneció quieto largos instantes, sintiendo que ahí muy cerca, el cóndor husmeaba y vigilaba el cuerpo caído.

Después de mucho tiempo comenzó a moverse cautelosamente. Tardó mucho en darse la vuelta: estaba solo, el animal había desaparecido. Salvado, salvado! ¿Y que podía hacer si el enemigo regresaba? Ni, el pequeño pico ni las piedras podrían contenerlo. Oró para que el cóndor

no volviera y desde ese instante lo consideró un adversario, un temible adversario al que debía eliminar sin piedad porque estaba dispuesto a desentrañar el enigma de la cavidad abierta en el "Nina-Kollo".

Ya en la ciudad el arquitecto se mofó de sus temores, renegó de su imprevisión: ¿por qué no fué armado? Una pistola basta para detener al animal más atrevido. La próxima vez se equiparía mejor: una linterna, cuerdas por si habría algún descenso, en la caverna, una pistola, un gran cuchillo, un pico más grande, y también cohetes luminosos para espantar a los intrusos. Tomó otras medidas complementarias de seguridad y previsión y se preparó minuciosamente, porque, tenía que enfrentar dos peligros: el misterio de la cavidad en el monte y el peligro del ave enfurecida al ver violada su morada. Con razón dijera el indio: "La casa del Mallku es; no vayas."

Antes de emprender la tercera travesía tuvo otro sueño con el monte. Lo trepaba seguido por cóndores, águilas, halcones. El soplaban simplemente y desaparecían. Los enemigos estaban vencidos. Pero al llegar a la gran cavidad y descender por una escalinata de piedra, la inmensa gruta estaba vacía, y sus paredes devolvían los ecos de voces de seres invisibles que repetían: "¡no hay nada nunca hubo nada, has fracasado!"

Se despertó indignado. Era una premonición absurda: alguien trataba de disuadirlo mas no cejaría. Tenía que descifrar el enigma del agujero en la montaña y además vencer, aniquilar al cóndor, o al menos hacerle comprender que él podía defenderse y alejarlo. Primero lo atemorizaría, mas si persistía en sus ataques lo eliminaría sin compasión. Decidido.

Vigoroso y ágil pudo cargar con su mochila. Ahora, bien pertrechado, se sintió dos hombres: uno el habitual, otro el provisto para da armas, instrumentos y medios afrontar una larga aventura. Partió risueño, confiado. Ni el "Nina-Kollo" ni el cóndor lo vencerían.

A las once de la mañana vióse frente a la gran abertura cavada por sus manos. Con el nuevo pico la ensanchó. Luego, alumbrado por la linterna, penetró al túnel. Dobló dos recodos y el túnel desembocó en una gradería rocosa. Bajó por ella y fué a dar a un recinto de regulares proporciones, mas bien bajo. Un polígono de muros desnudos. Al centro dos estatuas o dos momias admirablemente conservadas. Se diría una pareja real. Dos seres espléndidos de rara hermosura y con atuendos tan extraños como jamás viera. Figuras, glifos, signos, trazos geométricos de toda laya y de vivo cromatismo ornamentaban ambas estatuas. Silencio y soledad custodiaban a los dos personajes. ¿Cómo llegarían al recinto montuoso, quienes eran? Problema para arqueólogos e investigadores.

El arquitecto Fontanal no era codicioso. Le bastaban su cargo y su sueldo. No aspiraba a millonario. Calculó que las estatuas valdrían mucho dinero, pues estaban revestidas de planchas de oro, lucían piedras preciosas y su valor histórico y estético debía ser muy elevado. Eso no tenía importancia para él: su asombro provenía de la sensación de grandeza, de augusta armonía que emanaba de ellas. Dos estatuas — o dos momias — que representaban personas insignes: imponentes las figuras, majestuosa la actitud hierática y un mirar frío, distante, como emboscando dolores vencidos y lejanos.

Tendría que volver con sus amigos el historiador Williams y el arqueólogo Benítez: ellos darían razón del hallazgo. Acaso propondrían trasladar las estatuas a un museo... ¿Pero mantendrían su dignidad y su misterio en una estancia moderna, iluminada con luz neónica, separadas de este recinto sepulcral que servía de trasfondo enigmático a su existir petrificado? No: debía pensarlo mucho, más valía reflexionar antes de revelar su descubrimiento. Un extraño gozo lo inundó: tenía secreto, su algo que sólo él conocía; y era dueño de ocultarlo o de darlo a conocer a los demás. Era el señor absoluto de ése territorio vedado, del gran arcano desconocido que únicamente uno conoce y disfruta. Finalmente se propuso regresar varias veces, sacar fotografías de las esculturas y tal vez más tarde revelar su existencia.

Fontanal hervía de impaciencia. ¿De que vale un secreto si no es confiado siquiera a una otra persona? Lo comunicaría a su hermana Rosaura; ella sabría guardarlo.

Se despidió de los seres inmóviles, hizo el recorrido de retorno, y al subir el graderío lo mismo que en un tramo del túnel la luz de la linterna le devolvió reflejos áureos. Podrían ser de oro... Lo sacudió un escalofrío y en intuición anticipatoria creyó ver el rojo oscuro de la sangre que se deslizaba por las piedras: morirían muchos el día que el recinto descubriera sus riquezas. Porque no era un sepulcro antiguo, de razas aun sobrevivientes, sino la tumba muchas veces milenaria de una raza, tal vez de un continente desaparecidos que por extraño designio fueron sepultados casi en la cima del "Nina-Kollo". Todo lo demostraba así, tanto sus rasgos como sus atavíos.

Aun bajo la impresión del extraordinario hallazgo, el arquitecto inició el descenso alegre, silbando, mientras la mente en ebullición planeaba mil salidas al suceso.

Habría recorrido doscientos metros cuando vio venir al "Mallku" que volaba rectamente hacia él. Sacó la pistola y dejó que se aproximara. El ave avanzaba veloz y certera seguramente dispuesta a tumbarlo de un aletazo. A pocos metros de distancia para no errar el tiro, Fontanal disparó. El estampido y el proyectil detuvieron al cóndor. Frenó su caída, se detuvo en el aire y el trepador pudo ver que un hilo de sangre bajaba del plumaje. ¡Tocado! No tardaría en caer. Pero el ave, sorprendida por el disparo ni aun herida huyó. Sobrevoló en dos y tres grandes círculos, luego se precipitó nuevamente sobre el heridor. Su caída fulminante fué otra vez detenida por un segundo disparo. El animal chilló furioso, batió las alas y otro hilo de sangre caía de lo alto. Tocado dos veces tenía forzosamente que desplomarse a los pies de Fontanal. Bajó más, aún, y chillando, moviendo las alas furiosamente, enseñando las garras lo desafiaba sin atreverse a tocarlo: ya conocía el poder destructivo de su enemigo. El arquitecto seguro de los cuatro tiros que guardaba su pistola, lo miraba arrogante, sin temor. Por espacio de varios segundos ambos se contemplaron fijamente.

Así, detenido en el aire, el "Mallku" lucía magnífico y potente.

"Me tiene miedo" — pensó el hombre — no se atreve a un nuevo ataque." ¿Qué pensaría el animal? Se movía lentamente, como buscando un resquicio para sorprender a Fontanal. Probablemente los disparos no habían herido órganos vitales, sino partes del plumaje, porque los movimientos aunque lentos eran seguros. Y al contemplar la inmensa masa de carne y plumas cerniéndose majestuosa en el aire, que a ratos se inmovilizaba en muda interrogación, el hombre se sintió ganado por la figura tremenda y fascinante: era un ser vivo, un estupendo ser alado, un dios aéreo frente al osado que violaba su morada. "Si se aleja le perdono la vida" — reflexionó el trepador — es tan soberbio que merece vivir." El ave vacilaba: sus movimientos fluctuaban entre lo acometivo y lo prudente. Parecía indecisa. Intuyó la intención humana o la venció el temor. En un alarde de coraje se detuvo en el aire, lanzó un chillido penetrante y se elevó velocísima hundiéndose en el espacio.

El arquitecto respiró. Le habría dolido acabar con el hermoso animal.

Siguió descendiendo. Las sombras del crepúsculo trepaban las laderas del monte — todavía le faltaba la mitad del recorrido para llegar a tierra — cuando sintió un fuerte zumbido que le hizo voltear la cabeza; un tropel de cóndores se acercaba hacia él. Sacó la pistola y los contó: dos, tres, cuatro, cinco. Disponía de cuatro tiros y un gran cuchillo. Tenía que afinar la puntería. Describiendo un vasto círculo muy arriba, como obedeciendo a una señal los cinco animales se precipitaron en picada gritando al unísono.

Fontanal sintió un escalofrío de pánico mas no perdió la serenidad. A pocos metros del lugar en que se hallaba los cóndores se separaron iniciando sus ataques desde diversos ángulos para desconcertar a su víctima. El hombre se agazapó y disparó: uno de los atacantes cayó fulminado. Los otros prosiguieron el ataque. El arquitecto sentía que en sus vuelos rasantes las

aves hacían zumbar los aires con las alas rapidísimas cuyo impacto difícilmente podía esquivar. Semirecostado contra la roca hizo el segundo disparo: "¡Maldición, fallé!" Sólo le quedaban dos tiros. Y los ataques vertiginosos de los cuatro animales, sobre todo del "Mallku" que con su poderosa envergadura dominaba a los demás, lo aturdían y amenazaban vencer o por cansancio; sus reflejos musculares no eran tan veloces ni certeros como los movimientos de los seres alados. Apuntó cuidadosamente y se rompió el cerco de los adversarios: otra de las aves se precipitaba en el monte. Tenía un tiro y un cuchillo para defenderse de los tres atacantes. Dejó el cuchillo y cogió un pedrón filoso en la zurda, con el cual asestó un golpe a otro de los atacantes; éste no cayó pero se alejó tambaleante. Ya no volvería. Fontanal, más seguro de sí resolvió afrontar a los dos restantes. El "Mallku" había desaparecido y sólo el superviviente seguía el ataque lanzándose en caídas velocísimas. Fontanal, erguido nuevamente, esperaba sus ataques pistola y cuchillo en las manos.

Mientras peleaba ágil y valeroso contra el cóndor, sintió el zumbido del viento y un grito penetrante a sus espaldas: el "Mallku" lo tomaba de sorpresa. Apenas pudo encogerse para evitar el aletazo formidable que le rozó el torso. Comprendiendo que no podía exponerse a la táctica de los animales, Fontanal se recostó otra vez contra la roca. Tenía la garganta seca y los miembros agarrotados por el esfuerzo muscular para defenderse. Y las alas negras seguían acosándolo sin descanso y los picos atrevidos se abrían amenazantes. Y los gritos y zumbidos infernales atormentaban sus sentidos. Creyó desfallecer. Pero en un descenso fulmíneo, al disparar casi instintivamente, acertó al cuarto animal que cayó a pocos pasos. Solo el "Mallku", ileso, se remontó hasta perderse en lejanía.

Fontanal se limpió el sudor de la cara. Extenuado pensó que si el combate duraba un minuto más habría caído vencido por la fatiga y la imposibilidad de seguir moviéndose. Bendito "Mallku" que comprendiendo su derrota había abandonado el ataque.

Devoró el último pan con carne, bebió algunos tragos de cognac y recuperó energías. Aun le quedaba medio descenso por vencer. La noche se aproximaba pero aun subsistía esa claridad difusa que anuncia la extinción de la tarde. ¡Famosa jornada! Jamás olvidaría el hallazgo de las figuras pétreas en la cavidad del monte, ni la épica lucha con las aves y sus cargas rapidísimas, y esas alas diabólicas que parecían azotar el aire y estremecieron sus oídos.

Bueno: ya pasó todo. Ahora a seguir bajando con cuidado para no tropezar.

Unos tintes cárdenos entre bajas nubes sombrías discurrían por el horizonte. "Mañana me ocuparé de los Reyes Desconocidos" — pensó Fontanal. Y fué su último pensamiento porque el gran cóndor acercándose silenciosamente por detrás, de un aletazo poderoso le rompió el cuello y envió el cuerpo descalabro hacia el abismo.

Las estrellas asomaban en el azul zafíreo de la noche, cuando "Mallku-Kaphaj", herido pero aun poderoso se dirigía a su morada montuosa saciado de venganza.

FANTASMAS

Nunca creyó en las fantasmas: ni de niño. Eso del lienzo blanco con dos agujeros por ojos es invento pueril de las nodrizas. Lo vivo nada tiene que ver con lo muerto. Uno es el mundo visible y otro el invisible. No comunican. Las almas — si las hay — tienen recinto aparte, no materializan, no se corporizan. No pueden causarnos daño ni beneficio. Esas figuras vagas, penumbrosas que asustaban a las bisabuelas, brotaban del tiempo de lámparas y velas, cuando la sombra esparcía temores en el ánimo. La luz eléctrica enterró a las apariciones. Los que creen haber visto fantasmas son los débiles, los imaginativos, los que padecen alucinaciones o se sugestionan a sí mismos. O es la conciencia que les hace jugarretas cuando no procedieron bien. ¡Fantasmas, bah! Hay tanta cosa interesante y es tanta variedad y multiplicidad de los sucesos cotidianos, que hay que estar loco o ser estúpido rematado para creer en esos supuestos seres de ultratumba. No hay

fantasmas. Ni pueden haberlos. Absurdo. Lo que no puede ser visto, oído, ni tocado, no existe. ¿La sensación de una presencia? Ilusión. La idea de que algo o alguien nos sigue o nos guía, mentira. Estamos bien plantados en el mundo real y nada justifica creer en seres irreales. No hay almas en pena ni muertos que nos visitan. Ni aparecidos. Cuentos y patrañas de naturalezas enfermizas. Una puerta que se cierra sola, un cuadro que se cae por sí, una vaga silueta que se insinúa al atardecer, un ruido insólito en la noche, el presentimiento de un suceso próximo, figuraciones o hechos aparentemente extraños, son, en el fondo, fenómenos perfectamente naturales que las mentes confusas no se explican atemorizadas por algo subjetivo que las oprime. Cuando alguien quiere explicar cómo vió y cómo era el fantasma, concluye enredándose y a poco más comprendemos que es más lo imaginado que lo entrevisto. Y es lógico: nadie ha visto fantasmas porque no existen. Es el complejo fantasmal el que padecen muchos. Y basta del tema, ocupación de tontos y tímidos. Sólo importa lo que captan nuestros sentidos, no esas formas indecisas que se desvanecen en el aire. Que algunas historias de fantasmas son agradables por lo ingeniosas, es cierto. Pero si razonamos con cuidado, a poco se descubre lo ficticio del relato: se inventa para distraer la fantasía del lector. Ya ni los niños creen en fantasmas porque la civilización poderosa y vertiginosa les ofrece mil ingredientes más atractivos para detener su atención. Decididamente: no vale la pena ocuparse del asunto.

Así pensaba Norberto Fines, solterón empedernido que a los cuarenta se reía de las mujeres y de los aparecidos:

— Yo sólo creo en lo que pueden ver mis ojos, en lo que escuchan mis oídos, en lo que pueden tocar mis manos.

Ateo por convicción, evitaba discutir sobre temas religiosos. Respetaba las ideas ajenas pero en su interior se mofaba de dioses y creencias. "Todo salió de la mente humana —se decía— y se seguirán inventando dioses y religiones." Inconmovible a los argumentos de los amigos, cerrado en su materialismo práctico, decíasele "el incrédulo" porque rechazaba toda creencia y abominaba los excesos imaginativos.

Norberto Fines, el hombre fuerte que no requería ayuda ni hacía confidencias porque se bastaba a sí mismo.

Un día el incrédulo tropezó con Sarah, la hermosa y tentadora Sarah. Se enamoró locamente. Y comenzó a creer en el amor, porque Sarah casó con él, transformó su vida de solitario en transcurrir alegre y compartido y le reveló los encantamientos del buen pasar matrimonial.

Compañera ideal, Sarah se sometía a sus deseos. Leía mucho pero cuando Norberto volvía a la casa cerraba el libro y sólo buscaba la forma de complacerlo. No hubo peleas ni discusiones entre ambos, porque la mujer, sutil y delicada, decía las cosas con tal tacto que aun en los casos en que no le daba la razón lo dejaba avergonzado. Era tan buena, tan sagaz, tan fina... El hombre se preguntaba, sorprendido, por qué había recibido el don de una compañera perfecta linda, sana, inteligente, con una personalidad tan armoniosa que despertaba admiración.

"Suerte, pura coincidencia — reflexionaba Norberto Fines —. Tampoco yo soy un cualquiera. La hago feliz. Entre millones de parejas que no se encuentran, tiene que haber algunas que armonicen. Es la ley natural."

Se amaban apasionadamente. El impetuoso, insistente. Ella con recato y apaciguadora. Fines veía la envidia en los ojos de los hombres: era tan bella, tan seductora... Y a veces, asaltado por el temor de perderla, preguntaba:

— Sarah: ¿nunca me abandonarás, verdad?

Ella sonreía con una sonrisa misteriosa y respondía:

— Nunca, ni en esta vida ni en la otra.

Norberto Fines quedaba contento. Nunca lo abandonaría en esta vida. La otra vida no existe; ¿para qué preocuparse por ella?

Vivieron diez años dichosamente. Para todos el matrimonio perfecto.

Un día el Señor se llevó a Sarah, tal vez demasiado buena para este mundo y se la llevó a otro mejor.

Imposible describir la angustia y la desesperación del incrédulo. Creyó enloquecer. No sabía orar ni creía en el Más Allá. Sarah estaba perdida para siempre: jamás volvería a ver el rostro amado ni escucharía su voz encantadora. Pensó viajar pero algo lo retenía en la morada de su dicha. Durante ocho días vagó, extraviado el ánimo, por casa. Dormía en otros cuartos del habitual. La novena noche se dirigió a la estancia conyugal. No pudo retener el llanto al contemplar los dos lechos próximos, apenas separados. Se acostó y se puso a leer: la imagen de su mujer asediaba su mente. ¿Por qué, por qué se fué? ¿Por qué tan impotente la ciencia? Y de pronto el pensamiento desgarrador: Sarah mintió, me ha abandonado, me ha dejado solo, su amor no fué para siempre.

Acosado por el dolor, sintió que un leve rencor subía en su espíritu contra la ausente: Sarah lo había abandonado. No cumplió su promesa.

Se entregó a penosas reflexiones, sumido en su amargura. Luego por instinto o por costumbre, volteó la cabeza hacia el lecho de Sarah. Estaba intacto. Sarah, la muy amada, la ingrata que lo abandonó.

Miraba fijamente, largamente, el lecho que ayer cobijara a su esposa.

De pronto le pareció que el centro de la almohada cedía, se curvaba hacia abajo, como si una cabeza invisible reposara en ella. Después la colcha azul se fué hinchando hasta modelar la forma de un cuerpo humano. Creyó sentir el susurro de un respirar próximo. Luego una voz sin palabras musitaba: "Apaga la luz, ya son más de las doce."

Un psiquiatra sentenció después: "se trata de un proceso de profundización mental, resabios de lo sucedido, emociones psíquicas fuertemente sentidas que se reproducen con apariencia de verdad, algo así como fantasías de la memoria, en suma: imaginaciones que obedecen a la intensidad de lo vivido."

Norberto Fines no quiso decir al psiquiatra que el hecho se producía todas las noches. Y se dormía feliz sabiendo que Sarah no lo había abandonado.

LOS "CLODIONES"

El arquitecto se plantó: un cuarto de 15 metros no sería un cuarto sino un galpón. En un palacio, pase, pero en una residencia privada no. El propietario, a su vez, se mantuvo firme: la habitación tendría las dimensiones por él señaladas, el estudio-biblioteca y la sala de música dentro de un solo ambiente. La discusión se enardeció. A punto de romperse relaciones, la señora propuso una fórmula de avenimiento:

— Aquí, a los diez metros, podría abrirse un gran arco. Un solo escalón y dos patillas dividirían sin separar el Estudio y la Sala de Música que podrían abarcarse de una mirada.

Los contrincantes quedaron satisfechos. Y así fué cómo el inmenso Estudio-Biblioteca y la Sala de Música de los Montenivardo reunió dos ambientes en uno.

— Sentado frente a la máquina de escribir, antes de empezar sus relatos o en las pausas de descanso, el escritor podía avizorar todo lo grato a sus ojos: a la derecha los arbores del parque; a la izquierda la magnífica biblioteca de caoba nutrida de libros con ricos empastes; más allá el escritorio, el gran sofá y los dos sillones amarillos; luego el yeso original de una cabeza fantástica de Beethoven; esculturas y porcelanas diseminadas con buen gusto; un cuadro de Pieter; Codde, otro de un pintor italiano desconocido; una miniatura de Vernet. Luego las alfombras persas. Al fondo la gran chimenea flanqueada a la izquierda por el armario coreano de madera negra, olorosa, revestida de placas de bronce, y a la derecha por un moderno tocadiscos que acompañaba su trabajo. Divisaba todavía una parte del mueble tallado que guardaba la música clásica. ¡Qué idea genial de Malvina al sugerir el gran arco que dividía sin separar! Ahora podía ver todo en majestuosa perspectiva. Una mesita redonda en la sala de música sostenía una copia de Falconet que se perdía en la estancia.

Lo traía preocupado el vacío de los dos soportes o patillas en los cuales se apoyaba el arco de la sala de música. Pusieron floreros de diverso estilo que pronto fueron desechados. Luego un par de retratos que corrieron igual suerte. Las porcelanas podían ser volteadas al pasar. Ningún objeto cuajaba bien en las patillas que permanecieron vacías, silenciosas, a la espera de la pareja desconocida que debería poblarlos. Pero la pareja no llegó y durante varios años Alonso soñaba con hallar dos bustos de Goethe y de Shakespeare para ubicarlos en los poyos de la sala de música.

Tampoco los bustos fueron encontrados. Y por consejo de Malvina se resolvió dejar sin habitantes las dos patillas.

Pero cada vez que Montenivardo alzaba la vista y las apoyaturas del gran arco se le aparecían desnudas sentía una vaga desazón: su Estudio no sería completo en faltara ese par de objetos que terminaría con su desasosiego.

Al producirse la boya en la mina, Alonso quiso transformar la casa.

— Nuestra casa está bien como está, es muy linda y cómoda — alegó Malvina — mejor vamos a buscar muebles de calidad para reemplazar a los viejos.

Viajaron a Buenos Aires. Primero un corto descanso, luego a la búsqueda del nuevo mobiliario. Terminaron en "Maple": juegos de época, de estilo, modernos. Escogieron un living, un comedor, y dos alfombras de Smirna, además de otros muebles sueltos. Iban a retirarse, cuando al pasar por un desván en penumbra, Malvina se fijó en tres grandes broncees que apenas delataban su antiguo esplendor, pues ennegrecidos por el tiempo, uno de ellos roto o desarmado, caídos los tres en el suelo, yacían cubiertos de polvo.

— Proviene de un remate del palacio Anchorena — dijo el vendedor — y están en mal estado. No creo que les interese; además, por la guerra en Europa no se pueden exportar objetos de metal.

Alonso no reparó en los broncees. Mientras discutía con el vendedor sobre otros conjuntos y objetos para equipar su casa, Malvina examinaba, acucillada, los broncees caídos.

El instante en que Montenivardo estaba a punto de cerrar trato sobre dos bellas consolas de época, su esposa le tocó el brazo:

— Quisiera llevarme los broncees — dijo suavemente.

Alonso miró a su cónyuge sorprendido:

— ¿Esos vejestorios...?

— Los haremos restaurar y limpiar.

El vendedor los contemplaba con irónica sonrisa.

Viendo la vacilación del marido Malvina insistió:

— Las dos ánforas o aguamaniles quedarán muy bien sobre las patillas de la sala de música.

El argumento fué decisivo. Montenivardo dudaba que los viejos y astrosos bronce pudiesen recuperar su perdido esplendor, pero no podía negar nada a Malvina, su maravillosa consorte.

Adquirieron los tres bronce: una jardinera y dos altos aguamaniles que podrían tener hasta un metro de altura, por un buen precio. El empleado de "Maple" los juzgaba como piezas inservibles, seguramente castigadas ya en su balance.

Recogieron su recibo y los bronce quedaron en custodia en la tienda hasta que se levantara la prohibición de exportarlos.

Regresando a su país, Alonso preguntó a Malvina el por qué de su elección y sus temores de que los objetos adquiridos pudiesen lucir bien en el Estudio.

Malvina sonreía maliciosa:

— Son tres piezas soberbias. Cuando me agaché a examinarlas, descubrí unos bajorrelieves estupendos; y las tres están firmadas por Clodión.

¿Clodión, quien sería Clodión?

Buscando en los libros de historia del arte conocieron al artista. Claude Michel, llamado "Clodión", escultor francés, uno de los últimos artistas preferido por Luis XVI. Pertenece al rococó. Esculpió bustos, frisos de bacanales infantiles, y se especializó en escenas pastoriles y en figuras de niños. De gran delicadeza en el modelado sus obras son muy buscadas por los entendidos como la expresión final de ese arte refinado que cierra el período monárquico. Arte menor, sostienen algunos críticos, comparado con el de Goujon, Falconet y otros. Pero eruditos más ecuanímes sostienen que el arte de Clodión como el de los porcelanistas del siglo XVIII no se mide por la magnitud de sus obras, sino por la extraordinaria finura de sus composiciones y la extrema belleza de su plástica. Arte mayor dentro de lo figurativo a escala reducida.

Quedaron a la espera de los tres bronce, espera no corta ciertamente. Dos años después un amigo diplomático pudo traerles los "Clodión" de Buenos Aires.

Pesaban mucho. Vinieron cuidadosamente embalados. Mañana triunfal aquella de su ingreso a la casa de los Montenivardo.

Costó introducir los tres cajones de madera a la residencia. Alonso provisto de martillo y tenazas comenzó la apertura de los cajones mientras Malvina vigilaba que los tiernos niños no se aproximaran mucho:

— ¡Cuidado, pueden saltar clavos y astillas, más atrás!

Pero Juan José y Rosalinda hervían de impaciencia por conocer el contenido de los cajones de madera.

Los bronce salieron al sol pacheño en una mañana radiante de invierno. Reclinados contra la hierba verde, no lucían vistosos. Nadie se había preocupado de limpiarlos en "Maple": continuaban sucios, oscurecidos por el tiempo y el abandono, uno de ellos seguía roto o desarmado. La primera impresión fué desilusionante para Alonso. Los chicos, en cambio, se alegraron al descubrir las figuras infantiles jugando con animales y angelotes, y una ninfa que parecía presidir sus juegos.

Los "Clodiones" los bautizó Rosalinda.

— Se dice "Clodión", los Clodión, rectificó la madre.

Rosalinda, con lógica infantil, insistía:

— Si son tres, son los "Clodiones". Y así bautizados entraron a la casa de los Montenivarado.

Malvina se pasó todo el día limpiando una de las ánforas. Al anochecer, fatigada, mostró el fruto de su esfuerzo al marido: no resultaba muy acogedor, el bronce seguía sucio y no se notaba el contraste del amarillo del pedestal y de la parte superior y el café oscuro de la parte cincelada.

Alonso se acordó del marmolero Maritano, un italiano muy entendido y allí fueron los bronce para ser limpiados y restaurados por procedimientos especiales.

Diez días después los tres "Clodión" volvían a la casa como recién salidos del taller donde fueron fabricados: altivos, gallardos, deslumbrantes, recuperados en el esplendor de sus formas y colores. La jardinera colocada en la mesita central lucía magnífica con su friso oval de figuras infantiles prodigiosamente esculpidas, una ninfa caprina, y dos angelotes con sendas cornetas en los extremos. Una pieza soberbia.

De mayor majestad y belleza impresionante los dos aguamaniles que colocados sobre las patillas de la sala de música habían encontrado su morada natural. Esbeltos como husos tranquilos mezclaban trazos del barroco con detalles del rococó; formaban, verdaderamente, una pareja armoniosa que sorprendía al espectador. El bronce del pedestal y el coronamento con su gran asa rematada por un angelote y un ave, brillaban como si fuesen de oro. El friso intermedio, de marrón oscuro, repetía el motivo de los juegos o bacanales infantiles, niños divirtiéndose con una cabra y un perro, escenas que desde el primer instante se ganaron el afecto de Rosalinda y Juan José.

Estaban, ahí donde siempre debieron estar.

Alonso no pudo contener su admiración:

¡Que hermosos son, qué majestuosos! Parece que hubiesen sido hechos para estos poyos que los estaban aguardando...

Malvina sonreía feliz.

— Mereces un premio, descubridora. ¿Cómo imaginar que en el desván de Maple, en ese rincón oscuro y todavía detrás de la suciedad se ocultaban estas maravillas?

La esposa quería disimular su hallazgo.

— Es que yo me agaché a examinarlos, pude encontrar una firma al borde del zócalo esculpido, palpé los relieves y me dí cuenta que se trataba de un tesoro artístico.

— Tú eres la maga de los hallazgos — sentenció el marido. Y los Clodiones tu mejor conquista.

Cuando Montenivardo detenía su trabajo para contemplar la jardinera y los aguamaniles, se embelesaba: decididamente, en parte alguna lucirían con mayor prestancia que allí, al fondo, posados sobre las dos patillas de la sala de música.

Durante años los espléndidos bronces fueron el orgullo de los dueños de casa y la admiración de sus visitantes.

Mucho tiempo después los Montenivardo fueron a Europa. En Italia, franela, España, Inglaterra, Austria visitaron palacios y museos, admirando bellísimas obras de arte, pero nada igual a los tres bronces que enaltecían el Estudio de Alonso.

Volvieron a la Patria. Los niños crecieron, se hicieron adultos, fundaron hogares, reteniendo siempre la imagen de la casa paterna y de los Clodiones que encantaron su infancia.

— Alonso los veía con cariño en sus horas de trabajo. Malvina al limpiar el Estudio. Pero ambos sabían, sin necesidad de precisarlo, que la contemplación más honda se producía al escuchar música, cuando cogidos de las manos miraban a las tres pasmosas criaturas bronceas que una deidad secreta les reservara para ocupar sitio de honor en su mansión.

Hubo ocasiones en que apuros financieros pusieron en riesgo la existencia de los bronces: estuvieron a punto de deshacerse de ellos; felizmente el último instante una circunstancia inesperada alejaba el peligro y los Clodión seguían reinando en el Estudio de Alonso Montenivardo.

Pasaron los años. Un día llegó un francés, profesor de historia del arte y al conocer los bronces de Clodion dijo a sus dueños:

— Esto no tiene precio: son piezas únicas. ¡Y qué viaje hicieron, desde Paris hasta estas montañas!

Los Montenivardo salían de la madurez para entrar al tiempo crepuscular, mas se mantenían sanos, de aspecto juvenil. Entonces el rayo cayó a su hogar y el Señor se llevó a Malvina dejando al pobre Alonso sumido en pesadumbre.

El varón subsistió varios años a la desaparecida. Rehusó volver a casarse. La familia, los libros y el recuerdo de la ausente siguieron perfilando sus días.

En el Estudio veía sin ver la figura amada. Volvían su voz y su ternura. Los tres bronces, como tres amigos fieles, ponían en la evocación el brillo misterioso del amor feliz.

Envejeció con dignidad. Y una tarde escribiendo frente a su máquina sintió que el Estudio se transfiguraba: el arco de la sala de música se abría, se abría hacia los cielos, como un pórtico desmedido, los aguamaniles se movían como arcángeles crecientes y detrás de la jardinera Malvina le tendía los brazos anhelantes. Y así fué cómo Alonso y Malvina entraron a la eterna dicha custodiados por los tres Clodiones.

La presente primera edición de "EL IMPERIO QUE SUCEDIÓ AL IMPERIO". Es propiedad del Editor Rolando Diez de Medina, © 2007. La Paz - Bolivia

[Inicio](#)